

LA ESPAÑA MODERNA

...aste.
...oito
...el
...

AÑO 24,

NUM. 277.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS MEMORIAS DEL DR. D. FEDERICO RUBIO

PRÓLOGO

Con profunda emoción y gratitud recibí el honroso y lisonjero encargo de revisar y poner en cuartillas para la imprenta el manuscrito autógrafo de las *Memorias de niñez y juventud* originales del inmortal Dr. D. Federico Rubio, con quien tan prietos vínculos de cariño perdurable me unen. En el campo de los sentimientos coincidíamos siempre, y con frecuencia grandísima en la esfera de las ideas.

La revisión del original la he hecho al ponerlo en limpio para imprimirse. Leve cuanto grata ha sido mi modestísima obra.

Como borrador escrito con la enorme facilidad que para ello tenía el insigne maestro, quien jamás volvía a leer sus propios trabajos, ni aun para corregirlos, mi tarea se ha reducido a quitar una palabra repetida, poner un vocablo que faltaba, colocar la debida puntuación, completar con algún verbo una oración demasiado elíptica, etc.; pequeñeces, en suma, que no tocan a la redacción, y respetan en absoluto la frase y el pensamiento propios del escritor.

Esta obra póstuma e inédita consta de dos partes: *Niñez y Juventud*, una y otra divididas en párrafos numerados con cifras romanas, rotulados los últimos de la primera parte y casi

todos los de la segunda. He completado la rotulación poniendo los epígrafes que faltaban y tomándolos de frases textuales contenidas en el párrafo correspondiente, o bien de su idea madre. Para que no se le atribuyan esas útiles y sencillas adiciones mías, he señalado con un asterisco los epígrafes puestos por el mismo Dr. Rubio.

Si a lo antedicho se añade la dirección editorial y la corrección de pruebas, queda expuesto así por completo cuanto constituye la humilde labor que he realizado para darse a la estampa la obra más primorosa de mi venerado maestro y entrañable amigo del alma.

Aquí debiera terminar esta nota, con el carácter de mera advertencia preliminar a los lectores.

Mas, una voluntad superior a la mía me obliga, con dulce forzamiento, a que la noticia se alargue hasta Prólogo. Esa voluntad es la de la muy ilustre dama D.^a Sol Rubio, viuda de García del Busto, hija única del glorioso cirujano, escritor y filántropo; la cual señora, en cumplimiento del mandato paterno, costea la presente edición, que delata por sí misma la carencia de todo móvil de lucro, aun siendo honrado y respetable, como la ganancia mercantil. Quiere la cultísima dama que yo diga al público lo que acerca de esta obra de su amado padre le he dicho en el seno de la bondadosa y fina amistad con que D.^a Sol (c. p. b.) me honra y favorece.

He aquí la expresiva carta en que tiene a bien encomendarme todo lo antedicho:

«Sr. D. Luis Marco.—Amigo mío: Deseo cumplir con un deber publicando unas Memorias inéditas de mi amado padre (q. e. p. d.). ¿Quién como usted puede prestarme ayuda en esta obra piadosa? Usted, con su talento de escritor insigne, con el amor que conserva a su memoria, nunca desmentido, es el indicado para prestarme su apoyo, como siempre, desinteresado y leal.

»Guardo en el fondo de mi alma, impresas siempre, las pa-

labras que, pocas horas después de morir su maestro, escribía usted y publicaba por la noche *La Época*. Decían así: *No tengo que enseñar a los míos a quererte; tú solo hiciste que te amasen los seres a quienes amo y que me aman.*

»No fueron palabras vanas; usted y los suyos son los míos también, son los que me prestan amor y compañía, son los que me muestran a todas horas lo mucho que amaron a mi padre, queriéndome a mí inmerecidamente.

»¿Quiere usted ordenar las cuartillas escritas, corregirlas y poner Prólogo a la obra y, por tanto, ayudarme a publicar las «Memorias de un niño contadas por un viejo»?

»No dudo que lo hará, y será una prueba más de su adhesión y cariño a la hija de Federico Rubio.

»De usted siempre agradecida y afectísima,—*Sol Rubio*, viuda de García del Busto.»

Así como en Inglaterra es muy copiosa la literatura biográfica y en Francia lo es la autobiográfica total o parcial, en España escasean esos dos géneros de monografías históricas, particularmente el último.

Refiriéndome no más que a las de autores modernos, de gran talla literaria y social, sólo recordaré aquí las *Memorias de un setentón* (Mesonero Romanos), las de Alcalá Galiano, las del segundo marqués de Mendigorria (General Córdoba), las del poeta Zorrilla (*Recuerdos del tiempo viejo*), la obra de Cánovas *El solitario y su tiempo* (referente a su tío D. Serafín Estébanez Calderón); sin contar algunos otros libros relacionados con hechos políticos de un período contemporáneo, referidos por actores más o menos secundarios en los sucesos que narran con mayor o menor fidelidad.

Es una verdadera lástima que nuestros grandes hombres, en toda especie de elevadas actividades humanas, no hayan publicado sus *Memorias*.

Las de D. Federico Rubio tienen dos limitaciones voluntarias: primera, no abarcan toda su vida, sino sólo las épocas de

la niñez y de la juventud escolar; segunda, tampoco abarcan todos los aspectos de estas dos edades, sino únicamente el aspecto pedagógico en sus dos ramas fundamentales, la instrucción académica, la educación familiar y social. Ambas limitaciones constituyen el plan y la finalidad de las presentes *Memorias*, por deliberado y manifiesto propósito del autor.

Hijo y nieto éste de abogados y médicos y catedráticos, en plena clase media ilustrada, y aun ilustre, en plena Andalucía pintoresca, y en pleno período trágico de transición del régimen absolutista al régimen liberal, estos tres elementos mezclados íntimamente retratan no ya la vida de un individuo, antes de adquirir personalidad y relieve como los que, andando el tiempo, adquirió Rubio, sino a la vez y hasta con toques más briosos, si cabe, la vida nacional española y la vida regional andaluza, en ese período de transformación social, de lucha a muerte entre lo pasado y lo entonces venidero, actual hoy en nuestra patria.

¡La clase media! Ella misma se pone en solfa por boca de escritores de su propias filas, como una mezcla informe y compleja de intereses mezquinos, de ambiciones chicas, de miserias y vanidades combinadas en *lo cursi*, de aspiraciones sin límites a la riqueza y al poder, sin pujos de heroísmo ni de santidad, sin grandes vicios ni grandes virtudes, todo a ras del suelo; reptando o gateando para avanzar y subir sin gloria, por no poder correr, saltar ni trepar en el asalto a las alturas sociales; sabedora de que es ella la Democracia que vence por obra de la Revolución; y, no obstante su plebeya burguesía, despreciando y explotando a quienes económicamente están por bajo, a la vez que admirando y copiando en caricatura a la nobleza por ella derribada (luego de destruido el feudalismo por los reyes absolutos), para venir a parar ridículamente en excelentísimos e ilustrísimos señores, en aristócratas haitianos de nuevo cuño borroso, zafio y de baja ley, cual moneda falsa.

Y esa misma clase media tan heterogénea es en la presente

organización económica el nervio de la sociedad actual (como la clase proletaria es carne y sangre), con los títulos de agricultores, industriales, comerciantes, hombres de carrera, funcionarios, intelectuales (?)... y *clases directoras* burguesas, filisteas, beocias. Todo ello representa, no la totalidad de las energías y del trabajo social, pero sí la riqueza y la cultura nacionales.

Pues bien: la clase media, tan pequeña al parecer, individuo por individuo, tan grande en realidad por su empuje vital, lleva en la evolución de su existencia un sello tragicómico, dramático y no épico, intensamente humano, y sin reflejos o cambiantes semidivinos como los de las altas clases directoras antiguas, a quienes destronó y sustituyó en la vida social y política.

Es una existencia entreverada de lances ridículos con energías colosales, primero para sostenerse, luego para ir subiendo, al fin para llegar a las cumbres los que llegan. Es una vida de combates continuos en la conquista del pan nuestro de cada día, de las indispensables levita y chistera, hasta del frac y el clac, de los perifollos aparatosos para la mujer y las hijas, de la carrera fructuosa para los hijos, de la fama o la riqueza, del poder o de la gloria.

D. Federico Rubio pinta al vivo y del natural la clase media española en sus *Memorias*. Y la pinta en Andalucía, y la pinta durante la guerra entre lo antiguo y lo moderno en la España del 23 al 48 del pasado siglo.

De igual modo que la clase media es un semillero de contrastes vigorosos dentro de su, al parecer, monótona y hasta ramplona mediocridad, Andalucía es una comarca en que terreno y población tienen individualidad propia y profundos contrastes dentro de su, a primera vista, ligereza alada.

Marismas, llanuras, vegas, costas, montañas y serranías con tajos hondísimos y picos que ascienden a la región de las nieves perpetuas en un clima meridional; viñedos, olivares y dehesas, puertos exteriores e interiores, ríos navegables: todo

eso y mucho más, bañado en luz espléndida, en cuanto al terreno.

En cuanto a la población, bella y graciosa en todas las clases sociales, no meramente con gracejo natural, sino con una gracia que no necesita ser ática, pues le basta y aun sobra con ser andaluza; población ligera y superficial, alegre y gozadora, llena de imaginación y júbilo infantil, tiene a la par los más viriles, enérgicos, infatigables, talentosos, profundos y serios *caracteres* que en España ilustran todas las ciencias y las artes todas. De ese pueblo, tan oriental o tan africano, salen hombres de hierro con incrustaciones de oro, fuertes y bellos cual joyas de Zuloaga o armaduras del Renacimiento. Que son una minoría, se dirá; pero ¿dónde no son la minoría los grandes hombres, que siempre son a la vez grandes caracteres? Claro que el elemento regional común, lo típico vulgar, es la Andalucía de pandereta y cromo de cajas de pasas: lo pintoresco y de exportación, lo más burdo y falso, la caricatura de un país.

D. Federico Rubio es inimitable costumbrista andaluz en sus *Memorias*. Pinta al pueblo gaditano (y me pienso que al sevillano igualmente) como un Goya al madrileño casi por la misma época; las modificaciones traídas por el escaso intervalo de tiempo entre ambos, casi no son más que de indumentaria.

Y esto me trae a hablar de la época. La retratada por el Dr. Rubio, empieza tras la sublevación de Riego por la Libertad en España, y termina tras la sublevación de varias naciones de Europa por la Democracia en 1848. Es el período culminante de la guerra entre liberales y absolutistas, exaltados y moderados, cristinos y carlistas, progresistas y reaccionarios: liberales, exaltados, cristinos y progresistas, el régimen nuevo que nace; absolutistas, moderados, carlistas y reaccionarios, el régimen viejo que muere matando.

Al presentarnos a los exaltados como unos locos de atar, a los progresistas como unos tontos de capirote, al Ejército como

bandas pretorianas en busca de botín con los *pronunciamientos*, si quienes así hablan son liberales, resultan ingratos, olvidadizos e inconscientes; si son reaccionarios, dan la coz del asno, no al león moribundo, sino al enemigo victorioso, y están en su derecho... del pataleo.

Aquellos locos y aquellos tontos y aquellos pretorianos sublevados, con su entusiasmo *loco*, con su honradez *tonta*, con su valor y su sangre, con la pérdida de la libertad, la patria, los bienes de fortuna, la vida, el sosiego de la familia, con las lágrimas de los seres queridos y el sudor de la pelea cruenta, trajeron a España lo que tenemos de remozamiento y barniz moderno. Todo eso, que representa vigor, abnegación, grandeza de alma, persecuciones, destierros, llanto y miseria, cárceles y presidios, horca, garrote vil, fusilamientos, batallas campales, motines urbanos, todo eso constituye las gestas liberales en la generación heroica de la primera mitad del siglo XIX.

¡Qué cómodo es hoy ser o llamarse liberal o demócrata, socialista o anarquista! ¡Cuán pacífica y honestamente burgués todo ello, cuán manso y acomodaticio, cuán *burocrático* y *financiero*! Sí; riámonos de aquellos locos y tontos y pretorianos, bien repantigados nosotros en blandos sillones de accionistas, mano a mano con los enemigos eternos de aquello por lo que nuestros abuelos y padres sacrificaron todo lo suyo en bien de los demás.

Hijo Rubio de un compañero de Riego, al describir los años negros de su vida y familia, del *ayacucho* que sucede al *negro*, como consecuencia de las persecuciones políticas contra los liberales, nos hace ver la época triste y gloriosa de sus días de niñez y juventud en aquella riente y jocunda Andalucía, donde vino al mundo para ser su gala.

Sabido es que D. Federico Rubio nació en el Puerto de Santa María, el 30 de Agosto de 1827, y murió en Madrid, el 31 del mismo mes del año 1902, o sea cuando acababa de cumplir tres cuartos de siglo justos. Sus *Memorias* abarcan el período de su vida corrido hasta los comienzos del año 1850,

en que terminó en Cádiz su carrera de médico; en realidad, no son veintidós años, sino veinte, los de vida consciente recordada, pues la primera impresión de sus recuerdos, la más remota en su memoria senil, se refiere a cuando tenía cumplidos no más que los dos años iniciales de su existencia.

¿Cuándo escribió Rubio la presente obra? En ella dice él mismo haberla redactado a los sesenta muy cumplidos; lo cual, dada la precisión con que señala en el texto las edades de los personajes que menciona, indica haberse escrito por el año de 1888, probablemente poco antes de cumplir los sesenta y uno, al fin de la primavera y comienzos del verano.

Fuera de eso, no hay hechos contemporáneos de la fecha de la redacción más que la referencia a las hazañas de un perro (*el perro Paco*), y las hazañas de un bandido (*el Bisco del Borge*), mediante dos alusiones. He ahí cuanto puedo precisar: que las *Memorias* del Dr. Rubio fueron escritas pronto hará veinticuatro años cabales, en el momento de publicarse por el amor filial en el décimo año de la defunción del autor, cumpliéndose la voluntad manifestada por el escritor insigne de que no se diesen antes a la imprenta.

El fin de la obra es esencialmente pedagógico, narrando Rubio cómo y quiénes le instruyeron y educaron en su vida familiar, escolar, estudiantil y social, hasta la fecha en que iba a revalidarse para adquirir el título de Licenciado en Medicina. Analiza todos los momentos culminantes de su propia instrucción y educación, para sacar consecuencias trascendentales, útiles y prácticas en ese terreno de tamaño importancia para la patria. Tiene para ello que pintarse a sí mismo, que retratar a cuantos le rodearon en su país y en su época durante aquel período de rudo aprendizaje de la vida y estudio de una carrera universitaria.

De ahí resultan el color local gaditano y el sabor de época de transición política y social; color y sabor tan reales que constituyen el mayor encanto de este precioso libro, Biblia del buen decir.

Cosas y personas están enfocadas admirablemente, con vigor de pincelada franca y finura de toques a un tiempo, con justo y brillante colorido, firme dibujo, enérgico claroscuro, perspectiva lineal y aérea tan exactas como la realidad se representa estereoscópicamente en nuestras retinas. Las figuras (¡qué hermosa y varia galería de soberbios retratos!) son semblanzas vivientes; los fondos y accesorios son costumbristas, constituyendo en conjunto una serie pasmosa de cuadros de género, jugosos, plásticos, llenos de brío y delicadeza juntamente, como los de un maestro de los Países Bajos.

Cuando el Dr. Rubio teoriza y generaliza en sus reflexiones, el lector aprobará o desaprobará, según su particular criterio sobre todas o cada una de las ideas del pensador.

Mas, cuando Federico Rubio narra, describe, dialoga y pinta, aquí tienen que unirse todos los lectores para declarar que el artista, el escritor, el literato, son de primer orden en las letras españolas.

Léxico rico, sin rebuscamiento de vocablos; un decir fluido, sencillito, natural, claro, transparente, en el *registro medio* (el de los grandes cantores), que abrillanta las notas del registro alto y redondea las del registro bajo; donosura, gallardía, espontaneidad, agudeza, gracejo, suave ironía, benevolencia amable para las humanas flaquezas del prójimo, severa inflexibilidad consigo mismo, candor optimista sin enervamientos; fe en sí propio, fe en la tierra, fe en el cielo; robustez viril y delicadeza femenina en sentimientos y actos; juventud sana de cuerpo y alma; construcción sintáctica en estilo cortado y aun a veces elíptico; sobrio de adornos y afeites, enemigo de lo ampuloso, del estilo periódico, oratorio, florido, oriental, que tanto influye en la literatura española: todo esto veo y me asombra en las *Memorias* de D. Federico Rubio.

No hay ditirambo ninguno en este merecido y pálido elogio al escritor, ni me mueve la pluma el amor que tuve a su persona y guardo a su memoria querida. Honradamente he tratado en este Prólogo de huir del influjo avasallador del cariño, del

respeto, de la veneración, de la admiración al hombre y al sabio, para que en mis inspiraciones de lector no se reflejasen esos puros y nobles sentimientos y extraviasen la imparcialidad de mi modesto juicio literario personal, hasta por el motivo de que carezco de autoridad para hacer lo que se llama alta crítica a la moderna.

La obra del Dr. Rubio no es para los médicos, sino para el público general, desde quien sólo sepa leer hasta los que mejor saben escribir artísticamente. Para apreciarla no hace falta cultura general ni especial de ningún linaje. Y cuanto mayor en extensión e intensidad sea la cultura de quien leyere, más y mejores goces tendrá en la lectura de ella.

Si yo tuviese la autoridad literaria que necesitaría para emitir una opinión dogmática, diría que estas *Memorias* merecen ser clásicas porque lo son en sí mismas al aparecer. Pero esto incumbe decirlo, si así lo estiman justo, a nuestros grandes maestros en el pensar y en el decir. A ellos cedo respetuoso la palabra solemne y definitiva.

Yo abandono el proscenio saludando, me retiro por el foro y dejo que al fin se alce el telón; todo para regocijo del público amante de las grandes obras, escritas por los magnos ingenios en la rotunda y elegante habla española castiza.

DR. LUIS MARCO

MIS MAESTROS Y MI EDUCACIÓN

MEMORIAS DE NIÑEZ Y JUVENTUD

PRIMERA PARTE

LA EDUCACIÓN DE UN NIÑO, CONTADA POR UN VIEJO

INTROITO

Hace tiempo, me preocupa el problema de la Educación.

Acreció mi interés con la lectura del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que, llevando en nuestro país la bandera de los últimos adelantos pedagógicos, al tratar los múltiples temas que la misma entraña, ha aguijoneado mi perezosa voluntad hasta hacerla saltar y, sin poder contenerme, tomar la pluma y dejarla correr.

¿Cómo se educa al hombre? O lo que es lo mismo: ¿cómo debe educarse a un niño para que sea buen hombre? Este es el problema del *Emilio*, el problema que procura resolver la gran ciencia de la Pedagogía. Para hacerlo con acierto y fruto, trabajan muchos pensadores de buena voluntad. Déjolos en su noble labor. Quiero reducirme a más humildes propósitos: a averiguar, por la observación y la experiencia propias, cómo se ha educado a los niños en el tiempo en que yo lo era; y, para errar menos en las apreciaciones, cómo me han educado a mí, con lo cual podré hacer un estudio de auto-observación y de endo-observación u observación interna, que no considero de todo punto inútil para servir de dato a la Pedagogía general.

I

Mi primer recuerdo: un alfiler.

¿Cuándo, en qué época o edad de la infancia tiene el niño idea o conciencia de sí propio? Creo que este problema no deja de ser interesante.

Por mi parte, lo que puedo decir es que uno la idea primera de mi existencia con la del primer recuerdo. Antes de este recuerdo, nada sé de mí. Después de él, puedo dar cuenta, más o menos particularizada, de los distintos hechos, emociones y pensamientos que constituyen los eslabones de la cadena de la vida. ¿Prueba esto, por ventura, que antes de ese recuerdo no tuviera yo alguna idea de mí mismo? Creo que debía tenerla; pero no involucremos cuestiones de suyo complicadas; dejemos esto para luego. A partir de la observación de mí mismo, tengo que asignar hoy a mi conciencia la fecha del primer recuerdo mío que yo alcanzo.

¿Qué recuerdo fué éste? Allá va su relato. ¡Con qué viveza se presenta a la mente! ¡Cuántos otros de ayer los veo más borrados y confusos!

En un colchoncito extendido en el suelo, la cabecera tocando a la pared, en el centro de una alcoba blanca, con una puerta abierta al comedor, donde había una luz que dejaba colar tenue claridad en la estancia, acababa de acostarme mi bendita y entonces hermosísima madre. Me había desnudado, colocando las ropas en una silla baja, de asiento de anea. Cogíendome la mano, me persignó, diciéndome ella despacio las palabras para que yo procurara repetir las; me dió un beso y me dejó acurrucado.

No debí, como otras veces, quedar dormido: una pequeña cosa dura molestaba mi sien derecha, que apoyaba sobre la almohada; llevé allí la manecita, y los dedos asieron una diminuta y dura redondez; tiré de ella y salió un alfiler grande, que en

Andalucía llaman zanca o alfiler de a ochavo. Lo llevé a la boca y, sin saber cómo, se fué adentro. El temor más profundo se apoderó de mí: no sentía dolor ni molestia, pero esto no me tranquilizaba; creí firmemente que un alfiler tan grande, tragado, tenía que ser, sin remedio, causa de inmediata muerte. Pensé si gritar para que acudiese mi madre; no lo hice, reprimí el lloro. Razones que me impulsaron a guardar silencio: la idea de haber hecho una diablura; la de que nadie podría ya sacarme el alfiler del cuerpo, y que la cosa no tenía remedio. Entonces me encogí como un feto; hecho un ovillo y temblando bajo la cubierta de la cama, esperé la muerte... y me quedé dormido.

Desperté por la mañana, y fue gran sorpresa ver que no había muerto, al convencerme de que estaba bien y de que nada me dolía. Hagamos punto en el relato. He reflexionado muchas veces, en distintas edades, sobre él, y siempre he sacado iguales consecuencias.

Por el enlace de recuerdos sobre sucesos posteriores, por preguntas hechas a mi madre acerca de la camita en el suelo, la habitación contigua al comedor, la silla baja al lado derecho de la cabecera, etc., resulta que el caso ocurrió en la ciudad de Medinasidonia, hacia el otoño del 29, contando yo, por tanto, de veinticuatro a veinticinco meses: Quiere decir, que un niño de dos años, aun antes de poseer amplio lenguaje, tiene ya ideas y sentimientos suficientemente desarrollados para darse cuenta de los mismos y dejarlos indelebles en la memoria, como punto de partida de su existencia consciente.

He preguntado a hermanos de menor edad, a nietos y a otras personas cuya vida íntima me es suficientemente conocida, y en todos he comprobado que ese primer recuerdo se establece en la primera infancia. En mi hermano coincide a la misma edad; en los demás se advierte algún retardo, dependiendo, entre otras causas, de la ocasión de un accidente capaz de producir gran atención y pensamiento reflexivo sobre él.

Analicemos ahora el contenido del primer recuerdo.

Desde luego, supone necesariamente, a modo de imperativo categórico, que al ocurrir el lance ya tenía yo idea y conocimiento perfecto de mi madre, de mi cama, de mi habitación, de sus relaciones con la pieza contigua, de mi relación con todos esos objetos, de la luz natural, de la claridad emanada de la artificial; tenía también intuición de lo bien y de lo mal hecho, de la vida, de la muerte; y un sentir muy vivo del peligro, de su causa y sus efectos; y un sentir más vivo aún del susto de morir. Pero no resultan del análisis estas ideas y estos sentimientos tan sólo; hay además otros actos intelectuales superiores: la reflexión que hace guardar silencio, por el motivo bien fundado de que nadie podría sacarme el alfiler.

Luego es evidente que si yo no tengo hoy de mi madre una idea anterior a la de la noche en que tragué el alfiler, no es porque careciese entonces de su conocimiento, sino porque se me han olvidado la hora y el punto anteriores en que la llegué a conocer; y así puede afirmarse de lo demás enumerado. La solución de este asunto, por otra parte, no entiendo que sea tan difícil como a primera vista parece. Es un problema que se plantea en el hombre diariamente, hasta en su edad más avanzada. No hay día en que no pueda adquirirse algún conocimiento que, apareciendo como nuevo a nuestro juicio, no tiene nada de nuevo en realidad; sino sólo que se nos presenta entonces y se nos aparece con una luz más clara, porque, por cualquiera otra causa, fijamos más y mejor la atención en él.

Esto quiere decir que de lo inconsciente a lo consciente no hay solución, sólo hay una seriada gradación; y hasta en las mismas ciencias constituídas, labor la más alta y profunda del género humano, hay cosas meramente sentidas, cosas confusas, cosas sueltas, mal relacionadas, y otras (las menos) bien articuladas y sistematizadas.

Deseo que discurremos ahora sobre si tienen o no tienen valor y trascendencia para la vida práctica posterior las primeras impresiones. Como las mías quedan enumeradas en el

cuadro que he hecho de mi primer recuerdo, no creo difícil el contestar a la pregunta.

Me consta de ciencia propia y por experiencia personal que la nota más aguda que vibra en mí es el temor al peligro. No creo equivocarme si aseguro que el alfiler tragado desarrolló esta idiosincrasia particular; al menos, fisiológicamente, se explica bien el hecho.

No estoy tan cierto acerca de si el silencio reflexivo y que denota cierto esbozo así como de embrionaria prudencia, fuera ya cosa innata y natural, revelada por la ocasión, y que después no ha hecho más que volver a manifestarse; o si, por el contrario, el acto de reserva fue pauta para que en tiempos posteriores haya seguido siendo de carácter reservado. Lo que veo más claro es que el temor y la reserva son un sentimiento y una condición que se asocian naturalmente.

Sobre lo que no me queda duda es respecto a la trascendencia de mis dos contrarias y últimas impresiones: cuando me replegué y encogí esperando la muerte, y cuando me vi sano y salvo por la mañana.

Este rudo contraste, mezclado más o menos con los sentimientos que antes dejo analizados, han constituido, y aun en la vejez siguen constituyendo, los dos polos en que ha girado y gira actualmente mi vida en todos los trances apurados. Polos que se revelan con dos frases, que en casos tales, casi inconscientemente, escapan de mi boca: «De morir no ha de pasar. *Post núbila Foebus*»; o, lo que es lo mismo, echarse el alma a la espalda y no perder la esperanza.

II

Un cartucho de dulces.

Segundo recuerdo.—Es más confuso: debe corresponder a fecha muy posterior; se liga a un sentimiento mixto, físico-moral. Retrospectivamente evocado ahora, aparece como uno

de esos cuadros antiguos, de fondo oscuro, cuyas figuras sobrecargadas de sombras sólo permiten ver una nariz, una mano u otra pequeña parte, sin embargo de lo cual dejan declarar el asunto. Este recuerdo, pues, lo conservo como en dos partes: una perfectamente gráfica, y que podría dibujar; otra de fondo, que no se presta al dibujo, pero de existencia positiva en mi mente, y que completa el cuadro.

Un señor, del que sólo veo ahora la cara y una espada ceñida, me hace caricias; tómame en brazos y me saca a la calle, conduciéndome a una confitería; me sienta en el mostrador y me da un cartucho de dulces.

La espada, la cara del señor, el cartucho de dulces, el mostrador y la confitería están en mi memoria representativa vivísimos, hasta en sus más pequeños detalles, hasta en el talco dorado y plateado de las vitrinas y la caoba del mostrador.

La cara de mi obsequiante era un poco oblonga, de color claro encendido, nariz pequeña; labio superior, cubierto de espeso bigote castaño algo canoso, corrido a ambos lados con las patillas, cortadas a medio carrillo, en forma de chuleta. La espada era ceñida, con empuñadura de oro y nácar. Claro es que dicho señor debía de estar vestido de uniforme, debía de llevar en la cabeza algo correspondiente al mismo; y, sin embargo, es seguro que no atendí a estas particularidades, y, por consiguiente, no se revelan a mi acuerdo. Nótese ahora el contraste que sigue: el nombre de ese señor, primero de quien recibí un obsequio, y hacia el que sentí el primer movimiento de gratitud, no se me ha olvidado nunca: D. Benito Chaín.

El nombre lo recibí entonces, pues por tal órgano entran las impresiones fonéticas, pero en mí no existe crónica para ellas; así, no por representación, como sucede con la memoria de lo visual o de lo sentido cual emoción, sino por cálculo, asigno la época en que adquirí el conocimiento de dicho nombre. El hecho es que no lo he olvidado, y que resulta el primero inscrito en la lista de los nombres propios.

De D. Benito Chaín no vuelvo a hacer memoria ocular, y,

sin embargo, continuamos relaciones algún tiempo; pero por relatos a él referentes, de mis padres y otras personas afines, recogidos no sé cómo ni cuándo, soy la única existente hoy sobre la tierra que pueda dar algunas noticias de la biografía de dicho señor. Aquella primera emoción de gratitud que despertó en mi sér, quiero pagarla ahora, siendo la última onda, tenue y apagada, de la memoria de quien la produjo.

D. Benito Chaín era un Español natural de Chile; su familia, de las más antiguas, distinguidas y opulentas del país. Dedicado desde su juventud a la milicia, le sorprendió la sublevación separatista mandando cuerpo; no sólo permaneció fiel a la bandera que había jurado, sino que resistió y combatió por ella heroicamente. Perdida la campaña, vino a España con restos de otras tropas. Así dejó el país donde naciera, familia, deudos, inmensas propiedades y riquezas, para presentarse en la madre patria (que no conocía), con sólo su fiel espada, gloriosa, aunque no vencedora, y su empleo de Brigadier, ganado en los campos de batalla.

Infestada de contrabandistas y malhechores mucha parte de España, en ninguna había tomado el mal tan graves proporciones como en Andalucía. No individuos, no familias, no pueblos: comarcas enteras se dedicaban a la vida del contrabando, haciendo de él su casi exclusivo modo de vivir. Conventos, con sus guardianes a la cabeza, en vez de al coro, marchaban a las veredas y encrucijadas, montados a caballo sobre sus tercios, convirtiendo los claustros en depósitos de telas y tabacos. Pueblos en totalidad, con su aristocracia de aldea, nobles de blasones y aun titulados, alcalde, cura, alguacil y fiel de fechos, salían a los caminos, tapadas las caras con pañuelos de seda, a emular las glorias de José María.

Por más que la seguridad individual no se considerase entonces función del Gobierno, el escándalo por una parte, y por otra (más principalmente) la anulación de la renta de Aduanas, obligaron a tomar alguna determinación. Fue ésta, organizar un cuerpo de ejército, dividido en tres columnas o briga-

das. La correspondiente a la provincia de Cádiz recibió el nombre de 3.^a Columna móvil de Andalucía, confiriéndose el encargo de organizarla y mandarla al brigadier D. Benito Chaín, por su fama de hombre incorruptible, activo y bizarro. Esto debió de suceder el año 1828.

Al organizar la brigada, en el Puerto de Santa María, se encontró el Jefe con la necesidad de un Asesor. Había de perseguir el contrabando, tenía que descubrir y castigar, no sólo a los fautores, sino a sus jefes y directores; tenía que incoar procedimientos contra bandidos de baja y alta estofa; y para todo esto necesitaba un Abogado.

Tomó varios informes, y un día se anunció y presentó en casa de mis padres.

—Soy el Brigadier Chaín, necesito un Asesor para mi columna, y vengo a suplicarle que admita el cargo.

Mi padre quedó sorprendido de tan inesperada proposición, y tuvo que contestarle:

—Señor, ¿no sabe usted que estoy impurificado y que no puedo ejercer?

—Sí que lo sé. Como sé que es usted un negro de los más peligrosos de la Provincia; que fue usted el segundo de la partida de D. Pedro Valdés, fusilado hace poco en Algeciras; y que después fue usted ayudante de Riego y prisionero en Jódar.

—Pues bien, si usted lo sabe, sabrá que no sólo estoy bajo la vigilancia de la Autoridad, sino que incurriría en las penas que se imponen a los impurificados cuando quebrantan la condena.

—Eso queda a mi cargo: el régimen absoluto tiene sus ventajas, y una de ellas es que cada Autoridad puede hacer lo que quiera, sin darle cuenta a nadie. Yo soy el Jefe de mi columna, y en ella mando yo. Además, escribiré al Comandante general y al Ministro, que lo he nombrado a usted porque así conviene. Necesito un Abogado entendido, activo y que no se deje ganar por influencias ni dinero.

Se marchó, mandó un oficio a mi padre nombrándole Asesor, y así quedaron las cosas, a pesar de la impurificación.

Organizada la columna, se dividió en varias partidas, estableciéndose la plana mayor en la ciudad de Medina, adonde, por consiguiente, fué a vivir mi padre con la familia.

A fines de otoño del 29 se trasladó la plana mayor a Vejer, por conveniencia del servicio. Allí hubo de residir poco tiempo, no obstante lo cual corresponden á esa época mis 3.º, 4.º, 5.º y 6.º recuerdos.

III

Mujeres llorando.

Como al fin de una mañana y cercano el medio día, mi padre, tomándome de la mano, me condujo a una plaza cuadrada, terriza y muy bañada por el sol. En el frente principal, un edificio aislado, mayor y de mejor aspecto que los demás de la plaza. En la puerta, unos soldados. Mi padre dijo a uno:

—Tenga usted este niño, hasta que yo salga.

Y desapareció portal adentro.

El soldado, unas veces paseándome y otras cogiéndome en brazos, procuraba entretenerme.

Mi padre tardaba, y yo sentía, ora impaciencia, ora aburrimiento. Por la puerta aquella entraban y salían más gentes de lo que yo estaba acostumbrado a ver. Había transcurrido mucho tiempo. Mi impaciencia llegaba a punto de impulsarme a llorar, cuando un grupo más numeroso que los anteriores, del cual salían voces y gemidos, no sólo me distrajo, sino que absorbió del todo mi atención.

En el grupo venían unos presos, y tras ellos tres mujeres llorando a grandes gritos, haciendo exclamaciones y contorsiones suplicantes, de desesperación y de dolor.

No sé cómo me di cuenta, pero encontré cierta relación entre aquellas mujeres, aquellos presos, mi padre y D. Benito

Chaín. Sentí un movimiento de viva compasión hacia las que lloraban y se retorcían, otro de disgusto hacia mi padre y don Benito. Quedé triste largo rato, salió mi padre, me recogió y no recuerdo más.

Según se desprende del relato, fija este recuerdo, como los anteriores, una emoción profunda, una vibración de la sensibilidad interna, más viva que las ordinarias y de naturaleza distinta de las habituales.

La huella de compasión que tal escena produjo en mi espíritu quedó indeleble por todos los días de mi vida, dejándome desarmado para resistir la súplica llorosa de cualquiera mujer.

El trance más difícil en que puedo verme es que una mujer me pida así una cosa irregular. Me siento en casos tales sin fuerza para resistir; la lucha entre el deber y la conciencia de no poder sostenerme, me obliga a fingir enfado y falsa indignación, a levantar la voz para llamar con disimulo gente que corte la demanda y salir del apuro.

VI

Me confirman.

Hacia la misma época corresponde la primera imagen de un templo que conserva mi memoria: iglesia de una sola nave, el presbiterio dos o tres escalones elevado; una balaustrada lo separa de lo demás del templo. En su centro, a mi derecha, veo el cancel de madera que aísla la puerta principal; encima de ella, una gran ventana, lucerna circular cerrada por pequeños vidrios empañados.

No recuerdo quién me condujo, ni si había gente. En cambio, me parece de ha poco la siguiente escena: véome sentado, al lado del Evangelio, sobre el pasamano de la balaustrada; alguien me sostenía allí seguramente, quizá de mi propia familia, pero no guardo la representación. Sí veo salir por una pequeña puerta, del lado de la Epístola, un señor raro: ancho

por abajo, terminado en punta por arriba, que se viene a mí despacio, como de una sola pieza. Del señor sólo distinguía la cara, pequeña y arrugada. No sentí miedo porque relucía con sedas y dorados desde los pies á la cabeza. Lentamente llegó adonde yo estaba, y quedóse un rato delante de mí, como hablando para sí. Le miraba con extrañeza; me dió un golpecito en la mejilla, a modo de caricia, aunque con la cara seria, y en este punto se interrumpe el cuadro.

El lector habrá comprendido que se trataba del acto de mi confirmación. A él, seguramente, acudieron varias personas de mi familia, con los padrinos; debe notarse cómo, conservando la representación gráfica de tantas particularidades, queda el cuadro vacío de toda otra imagen de persona, fuera del señor Obispo; y es, sin duda, que la atención es la puerta de toda idea o todo conocimiento, así objetivo como subjetivo. Recuerdo, pues, lo que, por serme extraño y nuevo, movió mi atención; y quedaron borradas y vanas en absoluto todas las demás cosas que me eran ya conocidas y habituales.

La experiencia posterior de la vida me ha hecho advertir que a los niños nada les es tan fácil como *entender*; lo que les es difícil es *atender*. Por más que lo que acabo de decir me parece una verdad vulgar, tengo motivos para lamentarme de que, si no la ignoran, muchos parecen ignorarla.

He podido hacer, igualmente, otra observación baladí. Los niños no es por mala voluntad por lo que no atienden, sino por dos motivos distintos: por cansancio y agotamiento temporales, o por distracción; o, lo que es lo mismo, por hallarse solicitada su atención por muchos objetos a la vez. Son para ellos muchas cosas, y, por consiguiente, los niños efectúan un trabajo de atención tres o cuatro veces más grande que el de cualquier adulto.

V

Primer espectáculo.

Ignoro quién me ha conducido a un corral grande, limitado por viejos paredones. En su centro, con bastante número de bancos y de sillas, queda circunscrito un espacio circular, interrumpido a mi derecha.

Estoy sentado, así como otras gentes; por detrás del cerco hay también algunos espectadores de pie.

Un payaso toca una trompeta; sale una jaquilla enana, que cocea, persigue y muerde al trompetero; luego se amansa, entran en amigables coloquios y hace varias habilidades.

Después, una mona vestida de mujer, con papalina blanca y traje encarnado, absorbe mis potencias. Entiendo que es animal y que se parece á las personas. Salta por un aro, toca el violín y castañetea los dientes. Creció mi agrado cuando, saliendo al redondel un perro de lanas, la mona se montó en él, corrieron el circuito e hicieron otras gracias.

También salió de actor un oso, que se puso en dos pies, anduvo como un hombre y, con un palo al hombro, hizo el ejercicio.

No es fácil describir ciertas emociones; y, entre ellas, la más difícil de explicar puede que sea la emoción que produce lo grotesco. Sin embargo, opino que hay mucho campo que estudiar en estas particulares sensaciones endonérveas. De buena gana pensaría ahora sobre la materia, si no resultara extemporáneo y empalagoso.

Diré, sintetizando, que si me preguntaran en un examen: ¿Qué entiende usted por grotesco?, contestaría: Toda emoción semejante a la que se experimenta la primera vez que se ve una mona.

VI

Primera emoción estética.

La sirvienta me saca de paseo: llévame a una casa de pobre aspecto; la recuerdo muy bien. Pequeño zaguán oscuro. Abierto el portón, negro, entramos en un patio empedrado: un arriate, con unos cuantos matojos, unido a la pared de la derecha; al ángulo izquierdo del frente, una escalerilla de ladrillos. Subimos a su primero y único descanso. En él una puerta baja, por la que entramos en la primera habitación. Ya dentro, otra, como cocinilla, en comunicación hacia la derecha; aquí, una mujer entrada en años. Ella y mi sirvienta entablan amigable y larga conversación.

Me desasí de la mano de mi conductora; eché una mirada a la primera habitación; y como viera una ventana abierta frente a la puerta de entrada, me dirijo a ella. Aunque no muy alta, rebasa a mi estatura, y sólo alcanzo a ver el cielo. Con esto se aviva la curiosidad por asomarme. Hay una sillita próxima, arrimada a la pared. Empujo, la arrastro al sitio, súbome en su asiento, y recibo de pronto una grata impresión. La impresión del siguiente panorama: inmediatamente debajo de mi vista, un corral; otros mayores y menores, delante y a los lados; algún ruinoso cobertizo; caballetes de tejado, más altos y más bajos, corriendo a la derecha. Al frente, campo abierto, en diversos niveles; tangente a los corrales el descenso de una loma pedregosa, que aumenta la altura de mi punto de vista.

En el fondo algunos huertecillos, algo más grandes que los corrales, compartidos en cuadros y rayas de distintos verdes. Más allá un camino entre dos vallados, rotos por frecuentes portillos. En sus restos, chumberas lozanas de grandes palas verdes; en mayor número, otras secas y de las que apenas quedan más que los troncones. Luego campos amarillos, cam-

pos verdes y campos pardos, que se pierden y confunden poco a poco con el velo de neblina de un día cubierto y melancólico, de principios del tibio invierno de Andalucía.

Completa el cuadro una vieja, que, sentada en un burro y arrebuja la cabeza con su rojo zagalejo vuelto, transita por la hijuela, seguida de un muchacho a pie, y de un perrillo ruin con el rabo enroscado.

Muy grato debió serme aquel espectáculo imprevisto. Por vez primera, sin duda, había fijado la atención en cosas semejantes. Grata, melancólica y sencilla la impresión, todavía me agrada su recuerdo. Y ahora caigo en una particularidad que hasta aquí no había entendido: mi afición a descubrir el campo desde lugar cerrado; mi preferencia por los días de tibia luz amortiguada por las nubes.

Del relato resulta que a poco más de los dos años pude sentir una emoción estética. Si el hecho este no fuera de observación, y de mi propia observación, no lo creería. El sentido estético, es, quizá, el más superior de todos, el que tarda más en desarrollarse, y aun el que suele faltar en gran número de individuos. Por otra parte, es un sentido cuyas puertas son varias; y es común observar que unas están abiertas y otras cerradas en las distintas personas. Sin salir de mí, es singular el contraste. Quien sintió emoción estética movida por la visión de un paisaje natural, ha tenido cerrada la puerta musical hasta la edad de treinta años. Antes, la música me era indiferente, y hasta molesta, si proseguía mucho tiempo. Después de los treinta años comenzó a serme grata, aunque no han llegado a emocionarme más que ciertos cantos religiosos y la música guerrera.

Nada tan frecuente como encontrar individuos que tienen abierta la puerta musical hasta llevarlos de la emoción al éxtasis, y tienen cerrada la puerta de otras Bellas Artes, siéndoles indiferente que un cuadro, una escultura o un edificio sean mejores o peores, no alcanzando a diferenciarlos ni distinguirlos.

También es muy común que personas cultas y de alto sentido estético tengan cerrada la puerta de la contemplación de la naturaleza, viéndose que, lejos de agradarles, les resultan enojosos el campo, los paisajes y todo otro gran espectáculo natural. Los habitantes de Madrid, por lo común, pecan de esto.

La aptitud desarrollada para sentir los placeres dulces y sencillos, es el mejor antídoto de las pasiones y de los vicios groseros. Poseedores de esta verdad, es reprehensible que no se ponga más cuidado en desarrollar y cultivar el sentido estético en los niños.

Al presente, fuera de los profesores de la Institución Libre de Enseñanza, nadie piensa en esto. Antes al contrario, con la fatal y secular manía de enseñar la retórica y poética, la literatura, la música y el dibujo por preceptos, aburren a los niños; y en ellos agotarían todo sentimiento estético, si la sabia naturaleza no se opusiera a tan estúpida mutilación, iniciándolos en el arte por el intermedio de lo grotesco.

Efectivamente, obsérvese lo que pasa en los niños y en los pueblos nuevos, que vienen a ser pueblos niños. Pues los niños, como los pueblos incivilizados, sienten una atracción irresistible por lo grotesco. Los payasos, las pantomimas, las muecas, contorsiones y escenas ridículas, esas son las cosas que les agradan y que procuran con afán.

Nótese ahora que el arte, en sus comienzos, empieza también por lo grotesco. Díganlo si no las figuras que dibuja el niño con carbón en la pared. Díganlo el ídolo indio, el americano, las primeras deidades egipcias, la Proserpina española, los toros de Guisando, el tamboril y las danzas de negros, la huesera, el pito y el chinesco.

Es más: por todo el mundo está hecha y admitida la observación de que, cuando un pueblo civilizado retrograda, se marca, como el calor por un termómetro, por el retroceso de sus artes. Pues bien, el retroceso llega hasta a volver a lo grotesco. ¿Qué quiere esto decir? Pues declara que la emoción es-

tética empieza por la sensación más primitiva, más sencilla y natural: por el placer de la risa. De tal modo, el niño abre su sensibilidad subjetiva por el intermedio de la objetiva, creando así por el uso una función superior que lo perfecciona y dignifica.

Tengo por cierto que sin la conmoción que produjo en mi sensibilidad la mona habilidosa, sin la atención que desarrolló en mí el espectáculo, sin aquellos vagos pensamientos sobre si era un bicho o una criatura racional, mi espíritu no hubiera quedado predispuesto y apto para impresionarse por el primer paisaje desplegado a mi vista al asomarme a una ventana.

VII

En la amiga.

In diebus illis... Bueno es que empiece pedantescamente este recuerdo, puesto que va a relatar el primer paso de lo que entonces (¡ah, y ahora!) se entendía por *educación*.

Por aquellos días me llevaron a una *amiga*: quiere decir, a una especie de rudimentaria, natural y espontánea escuela de párvulos, que entonces se usaba, y de las que, de seguro, aún habrá muchas en España. Allá va la estereotipia que de la mía conservo grabada en la calva mollera.

En la acera de una calle excusada, un portalón inmenso por donde podría entrar una galera cargada. En el portalón un postigo, único que se abría y se cerraba, por el cual pasé a un corral largo y estrecho, cerrado por altos paredones. A la derecha (entrando) el dintel, peldaño y marco de una puerta sin puerta, esto es, libre al aire y demás elementos. Da acceso a una sala baja desmantelada; digo mal, en ella había una «arrajada» de cañas y un pollero de mimbres, ambos desalquilados de gallinas y pollos, o sea, de sus propios habitantes.

En dicha sala, a sus testeros, en el de la izquierda una co-

cinilla y en el de la derecha una puerta comunicante con otra habitación, en la que entré, y que constituía el local propiamente dicho de la *amiga*. Era de figura cuadrada, ni grande ni pequeña, iluminada por una alta ventana abierta. Su mueblaje, el siguiente: fila de sillitas corrida a los lados de las paredes; una más robusta y de más ancho asiento, aunque baja también, en el centro del testero. De las sillitas, unas estaban vacías, otras ocupadas por niños de mi edad próximamente. El asiento, de anea, perforado por un vano circular; debajo, entre las patas de la silla, un orinal. De brazo a brazo de la misma, un palo al través, circunscribiendo con el respaldo un lugar cerrado en el que el niño quedaba sentado y prisionero. En la silla central, una anciana pobremente vestida, que se levantó y adelantóse para recibir a su nuevo alumno.

La criada que me conducía llevaba en la mano izquierda una sillita de palos blancos y asiento de anea, semejante a las descritas, pero sin el consabido agujero. La maestra me miró, y tomando la silla, hubo de hacer reparos sobre la falta; la sirviente contestó que su niño era limpio y que pedía la ca..., a cuya razón la maestra me volvió a mirar, bajando y subiendo la cabeza, con cierto aire de consideración y respeto.

Hiciéronme tomar plaza en mi asiento. Me puse a examinar lo que me rodeaba, y como a poco concluyese la tarea, comencé a aburrirme; sentí después cierto malestar e impulsos de levantarme; al fin, no pude resistirlos y me puse de pie. La maestra, desde su sitio, dijo: «Niño, sentadito.» Aunque el tono fue algo amable, yo entendí que expresaba mandato, y me senté. La situación no podía ser más monótona ni desagradable. El olor de la estancia, empalagoso; algún chicuelo que lloraba; la maestra que procuraba sosegarlo: esto era todo. Gracias a Dios, dió una hora, levantóse la maestra y rezó el Bendito; algunos chiquillos le hicieron coro, y otros continuaron mudos o llorando.

Terminado el Bendito, fué la maestra describiendo el palo travesero de las sillas: los que sabían andar saltaron del asien-

to, yo eché a correr con más velocidad de la que correspondía a mis años. Salimos al corralón; unos a gatas y otros en pie, comenzamos a gritar, rodar y correr desatentadamente. En esto, se abría de vez en cuando el postigo; entraban una o unas mujeres, que, dirigiéndose al revuelto grupo, cogían una criatura y se la llevaban en brazos. Al fin llegó mi vez.

—Fulanito de Tal—gritó mi sirviente. Corrí a ella y me condujo a mi casa.

Pocos días (cuatro o cinco) duró mi educación en aquella pobre *amiga*, porque la Plana mayor, en su propio movimiento militar, dejó a Vejer y regresó a Medinasidonia.

No aprendí mucho que digamos; y, sin embargo, algo aprendí. Primero, la necesidad de estar sentado largas horas aguzó en mí la desagradable agitación de la impaciencia, y me hizo impaciente y defectuoso en tal respecto por todos los días de mi vida.

La impaciencia me hizo revoltoso, cuando antes lo era menos. Y un tantico ladino, pues al segundo día ya observé que la maestra solía dejarnos algunos ratos para entrar en la cocina, echar carbón o zangolotear la olla para que no se le pegasen los fréjoles; ello es que aproveché el primer momento para levantarme, correr por la academia y contagiar a otros párvulos de la aristocracia de los limpios, con lo que, percatándose la maestra, volvió enfadada y nos puso en orden, amenazándonos con una larga caña.

Aprovechando la lección, ya en otra ausencia me levanto quedo, con el dedo en la boca impongo igual conducta a mis cofrades, y salimos a la chita callando hacia el corral. Debióse de hacer la disimulada la maestra o transigió con aquella escapatoria, siquiera porque pecábamos con disimulo y sin escándalo. La cosa fué que ya al tercer día considerábamos las ausencias de la profesora como un derecho para irnos, sin empacho ni disimulo.

Aquella sociedad de pequeños libertinos la componíamos tres o cuatro de sexos diferentes, porque en las *amigas* se re-

cibían niños y niñas. Aunque la fisonomía de la infancia es común a los dos sexos, y en tal edad y por aquellos días vestíamos igual, de enaguillas unos y otras, yo (sin saber por qué) diferenciaba bien los niños de las niñas; no obstante, una observación, traída al azar, me preocupó curioso.

La arcajada y el pollero no estaban aquel día en la sala de entrada, sino en el corral, como su sitio propio. Ver la arcajada y ocurrírsenos meternos dentro, fue una misma cosa; y por asociación de ideas, vernos convertidos en gallinas y ocurrírsenos jugar a los pollitos, fue también cosa de un momento. No puedo recordar en qué consiste este juego infantil, pero sí recuerdo que nos sentamos apretados, tocando pie con pie unos con otros. Las cortas enaguillas y (aunque *limpios*) la maternal precaución de disponer abiertos los calzones para facilitar ciertos casos, púsome a la vista notables diferencias entre las Mariquitas y los Juanitos. No eché en saco roto la observación anatómica, y aun saqué consecuencias sobre su correlativa variante fisiológica en la emisión de la orina.

Resumen: en cuatro o cinco días aprendí en la *amiga* a ser impaciente, a ser travieso, a burlar la autoridad, a distinguir anatómicamente los sexos. Tales fueron los frutos del primer paso de mi *educación*.

VIII

El tío Mejía.

Otra vez en Medina, habitamos la misma casa: calle de la Loba. Apenas instalado, contraje el vínculo de mi primera amistad.

En la accesoria abierta a la calle, a la derecha de la acera de mi casa, hallábase establecido un puesto. Cualquier cosa pongo yo a que el lector que no sea andaluz ignora lo que sea un *puesto*, a secas, como no se trate de un puesto de periódicos.

Véase lo que en otra acepción significa en mi querida tierra. Un puesto es una pequeña tienda de materias varias, ya al aire libre sobre tablas o sobre el suelo, ya fijo en una humilde estancia de un inmueble.

La accesoria, en verdad, era corta y estrecha, sin ser más pródiga en altura; y ocasionaría chichones al inquilino, si no robara al suelo dos escalones bajo el nivel de la calle.

Como es consiguiente, la puerta de entrada era estrecha y baja, hallándose casi obstruída por vacías cajas de higos puestas boca abajo, a derecha e izquierda, dejando entre sí un ajustado paso.

Yacían sobre las cajas diversas mercancías, a saber: un lebrillejo con altramuces, un cajetín con piedras de encender, una esportilla con yesca de cardo, otra con torrados, un cajoncillo de pasas sequeranas. No era esto solo el surtido de la tienda; también había, colgados en la pared, alguno que otro soplador de esparto, cuatro o seis escobas de palma, un manojo de torcidas para candil y otro de amarillas pajuelas.

Como pasé por allí, se me antojaron los garbanzos, y me compraron un ochavo; el comerciante me lo dió colmado, y me fuí muy contento.

Naturalmente, quise repetir otros días el bateo; con lo cual llegué a entrañable conocimiento, y más que conocimiento, dulce e imperecedera amistad con el vendedor.

Me parece que le estoy mirando: apenas se destaca su figura, sentado en medio de la oscura tienda, sobre el mazo de un pitaco; pero, entrando, ya los ojos se acostumbran a la escasa luz, y puedo contemplar con deleite a mi viejo amigo. Alto, enjuto, encorvado por los años y el amor a la lumbre, inclínase sobre una cazolilla con picón encendido que le sirve de brasero. Parece el personaje que sirvió de original a los viejos de barro fabricados en Málaga para los Nacimientos de Navidad.

A las pocas visitas, no consintió en tomarme los ochavos. Rogaba a la criada que me dejase un rato; yo sentía bienestar

apoyándome en las rodillas de aquel viejo, y él debía experimentar cierta dulzura en verse acariciado por un niño. Nada más natural: anciano, solitario, sin familia, relegado en el comercio social al agujero obscuro de su tienda, seco de carnes, seco también de espíritu, debía sentirse, como una esponja seca, ávido del jugo de la juventud y hambriento de algún cariño.

Por mi parte, puedo decir que andaba a vueltas de mi madre para que me llevaran con el tío Mejía, cuyo era el nombre de mi pobre amigo. No sé su historia; moriría a poco que lo dejé de ver. Habría sido trabajador del campo, antes de que la edad lo inutilizara; quizá contrabandista. ¡Quién sabe! Aunque encorvado, su porte era noble; su rostro oval, a pesar de las arrugas, conservaba esa belleza viril propia de algunos tipos andaluces.

A veces interrumpía la paz de la entrevista algún muchacho mal criado o alguna traviesa criadilla, que, asomándose a la puerta gritaban:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

El viejo no hacía caso; pero, después de ocultarse un momento el interpelante tras el quicio de la puerta, volvía á aparecer y gritar:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

Y así, hurtándose y volviendo a aparecer con la pregunta, agotaban la paciencia de mi viejo y hubieran agotado la del santo Job. Hasta que saltaba, procurando correr para castigar al insolente, quien concluía la burla retirándose de espaldas, a modo de toreo, y repitiendo:

—Tío Mejía, ¿tiene usted una yesquita encendía?

A partir de esta fecha, que, según mis cálculos, debía de ser a primeros de Diciembre del 29, se multiplican mis recuerdos. Como materia de observación para inquirir el modo y manera en que va adquiriendo la criatura sus datos de conocimiento y empiezan a moverse los afectos, convendría seguir analizándolos; pero su misma abundancia haría pesado el asunto, y debe

la discreción poner sus límites. Saltaré por muchos, trayendo a cuento uno que sirva de jalón, marcando el fin del año.

IX

Temor e imprevisión.

Serían las primeras horas de la mañana, y a poco de levantado, oí unos berridos horrorosos que partían del patio de mi propia casa; habitaba el piso alto. Excepto en Cádiz, las casas de Andalucía constan, por lo común, de dos plantas: baja y alta.

Sentí miedo y también curiosidad. Vi cerrado el portón de la escalera, con lo que el susto disminuyó y acrecentóse la curiosidad. Los berridos iban apagándose; me atreví a asomarme a la cristalería del balconcillo que del corredor miraba al patio. Oía gente que hablaba en el corredor bajo de la derecha, a cubierto precisamente de mi visual. Pugnaba inútilmente por enterarme.

Pasó tiempo, y todo quedó en silencio. Por fin me decidí: arrastré una silla para aumentar sobre ella mi estatura, levanté el picaporte del portón de la escalera, retiré la silla, abrí la puerta una rajita, miré, escuché. ¡Nada!

Abro más, dudo, me atrevo y bajo el primer tramo, que formaba ángulo con el segundo. Apenas lo afronto, al llegar al descanso me sobrecoge un encuentro: dos hombres de mala traza están sentados en los primeros peldaños del segundo tramo. Quiero volverme y huir, pero no puedo; figúraseme cerrado el portón y que van a cogermé por la espalda. Pero me dan las suyas y no me han visto. Queda un espacio libre en el peldaño, por donde poder pasar. Pegado a la pared me deslizo callandito. Mas apenas rebaso la línea de los hombres, entiendo haber caído en el mismo peligro que temía: el dar la espalda a aquellos hombres. No encontré más remedio que seguir bajando, mirándolos disimulado con el rabillo del ojo.

¡Horror! El mismo horror me dió fuerzas. De aquellos hombres, feos, negros, patilludos y pringosos, estaba el uno escribiendo en un papel sobre la palma de la mano; el otro tenía en la derecha un tintero de cuerno y una romana entre las piernas. ¡En ambos se veía a la cintura un ancho y enorme cuchillo!

Los hombres, distraídos en sus cuentas, no me dijeron nada. Acabé de bajar, con la cabeza vuelta, sin perderlos de vista, esperando a cada momento que me echaran mano. Apenas estuve en el corredor, di á correr cuanto pude, viendo al pasar un cerdo abierto y colgado; tomé por un estrecho pasadizo que conducía al corral, para ganar la escalera excusada que desde él ascendía al comedor. Todo ello lo recorrí sin volver la cara; mas al llegar al descanso y encontrarme cerca de salvamento, di media vuelta para ver si me seguían; pero con tal desgracia y atolondro, que perdí pie y caí al suelo del corral. Carecía de balaustres la escalera, y quedaba más altura que mi cuerpo entre el piso y el pasamano.

A pesar de la elevación, no me hice daño: el suelo, terrizo, estaba removido por el cerdo y enfangado por la lluvia. Es más, no experimenté susto por aquello; sí lo sentí de verme menos lejos de los hombres, y emprendí de nuevo la subida con la mayor velocidad que pude.

El recuerdo transcrito manifiesta cuán desenvuelta y poderosa es la curiosidad en los niños: tan poderosa, que lucha con el miedo y hasta vence al terror. Si supiera aprovecharse la curiosidad de las criaturitas aplicándola a la educación, se obtendrían resultados sorprendentes.

Cosa extraña: cuando de otros sucesos anteriores, obtuve cierta enseñanza, ya intelectual, ya afectiva, del último no entendí la consecuencia. Alguien debiera haberme dicho:— «Niño, el temor imaginario trae peligros y daños efectivos.»

Advierte además la observación del caso, cómo la previsión es muy escasa o nula en la primera infancia. El niño siente lo presente, recuerda con conciencia o sin ella lo pasado y carece

aún del sentido de lo futuro. Sentí el peligro presente de volver la espalda, y no pude presentir que después de emparejar con los hombres aquellos, había de dársela necesariamente. En efecto; para adquirir la facultad y virtud de la previsión es necesario tener la facultad de ver en lo presente la imagen de lo futuro, y también de sentirla. Dicha propiedad sólo se adquiere por la experiencia. Un chiquitín se sube en una silla, se apoya contra el respaldo, pierde el centro de gravedad, cae y se asusta, ò se asusta y al mismo tiempo se hace daño. Como sólo se asuste, sin otras consecuencias, el suceso no le sirve de lección; antes bien, le estimula a repetir la diablura, por gozar de la atractiva emoción del susto desvanecido. Si se lastima, ya es otra cosa: le sirve de experiencia; y como la memoria del suceso no se borra, toma para otra vez sus precauciones; o lo que es lo mismo, pone su mente en relación con lo futuro.

Resulta poco eficaz el pretender que los niños sean precavidos por mera admonición: «¡Fulanito, estate quieto, que te vas á caer! ¡Fulanito, suelta esas tijeras, que te vas a pinchar!» Sobre que ellos se han movido otras veces y no han sufrido nada, y sobre que tienen en las manos las tijeras y no les pinchan, contradiciendo el presente que conocen al futuro que no sienten, desarrollan con esto un principio de incredulidad.

Por tanto, debe enseñárseles por experiencia, dejándoles subir a la silla, estar al aviso, recogerlos al caer y decirles: «Un niño se mató por subirse en una silla; si yo no estoy al cuidado, te haces daño.» Y respecto a la tijera, decirles: «Vamos a jugar con ella, tú me la das a mí y luego yo a ti.» Exclamando en el juego: «¡Ay! que me he pinchado. Mira, esto (poniendo la punta en su manita) pincha; juguemos con otra cosa.»

No entra en mi plan intentar nada que se refiera a la Pedagogía docente; pero han de perdonarme que en aquellos puntos donde advierta grandes vacíos, aunque sea enojoso, me

permita hacer ligeras indicaciones. La mayor parte de las desdichas de la vida proviene de tener atrofiado el sentido de lo inmediato futuro. El de lo mediato futuro o más remoto, es cosa de santidad, que también alcanzan por ciencia ciertos hombres en algunas esferas, verbigracia, la Astronomía, la Medicina y otras. Pero de lo futuro inmediato, todo sér racional, y aun muchos irracionales, tienen sentido; no hay más sino que en la inmensa mayoría de las criaturas es tardo en su aparición, y queda atrofiado por falta de educación y de ejercicio. Acerca de este particular de tanta monta, no conozco que se emplee más procedimiento que el de acostumbrar a los escolares a hacer imposiciones pecuniarias en las Cajas de Ahorros; y para eso, sólo se practica en las mejores escuelas de los países adelantados. Algo es, pero comparándolo con la magnitud e importancia del asunto, me parece muy poco.

Deben establecerse otros muchos ejercicios y prácticas para despertar el sentido antedicho, y en el mayor número de direcciones que sea posible: verbigracia, dándoles dinero para que compren el juguete o fruslería que apetezcan, con uno u otro motivo, se demorará que lo adquieran inmediatamente, facilitándoles así la ocasión de que pierdan la moneda o la gasten en otras fruslerías. Conseguido esto, se les hará pasar como al acaso por el punto donde se halle el juguete deseado, y a su petición para adquirirlo se les dirá: «Es muy bonito, haces bien en quererlo y en comprarlo; saca tu dinero.» El niño entonces echará de ver que lo ha perdido o gastado y que no puede adquirir lo que desea. Quizá llore y tome una perre-
ra, pero es necesario hacerse firmes y decirles: «No llores, yo te daré un realito cada día; y cuando reúnas los ocho que piden por el muñequito, te traeré para que lo compres.»

En otra dirección: «¿Ves este vaso de agua verde? ¿Ves ésta blanca? ¿A que te las hago negras?» Se vierte el agua de agallas en la disolución de caparrosa, y el niño quedará admirado de la realidad de la previsión. Otro día se le induce a que haga el milagro, y se le muestra en qué consiste, evi-

tando explicaciones. El talento, en puridad, sólo consiste en ponerse sobre el tiempo: es una facultad de previsión desarrollada.

El asunto lo he indicado, no más. No puedo omitir una cosa: es preciso dar a conocer al niño que él mismo es el principal factor de su destino.

X

Cama que anda.

Al rayar el día, una sensación de menudos golpecitos fríos en la cara me sacó del sueño. Me llevé la mano a ella y advertí humedad. Como aquello caía, miré al techo; y en lugar de su vista encontré el cielo, oscuro, lloviznando sobre mí. La extrañeza que esto me produjo calcúlela el lector. Busqué con la vista las paredes de mi habitación, y no estaban; miré al suelo, y había desaparecido. La cama no era la mía: otras cubiertas, más corta, más angosta. Mi confusión, lejos de menguar, crecía por momentos: la cama andaba, y yo en ella. Sentí que estaba suspendido en el espacio, y eché a llorar desconsoladamente.

—«¡Hijo, no llores!», gritó una voz, que era la de mi padre. Siguió momentáneo ruido de trote, y apareció junto al extraño lecho mi padre, montado en un caballo. Con el corazón oprimido continué sollozando, hasta que, poco a poco, re-
adquirí la calma.

Más tranquilo, quise darme cuenta de tan extraña situación. Procuré incorporarme cuanto pude: vi el pescuezo y la cabeza de un mulo; delante, un hombre a pie que lo llevaba del ronzal. En el mulo, dos capachos de mimbre de los que sirven para conducir sardinas, uno a la izquierda y otro a la derecha: el primero, convertido en cama provisional, y allí durmiendo mi hermana mayor, tapado el cuerpo con una manta; el segundo, dispuesto de igual suerte, era el que yo ocupaba

y me correspondía. Delante, algo más lejos, mi madre en un burro con jamugas y mi otra hermana al pecho.

Tranquilo ya de que no andaba perdido por los aires y que caminaba acompañado de mis padres, como siguiera lloviendo, metí la cabeza bajo la manta; y el cuneo del mulo en el capacho me produjo sueño.

Al parar la caravana desperté. No llovía entonces, el cielo continuaba ceniciento. Bajaron a mi hermana y a mí del alto mulo y nos sentamos en el banco de una venta. Sobre una mesilla desataron los picos de una servilleta: apareció liada en papeles una tortilla, frutas y pescado frito.

A pesar del camino y de la hora, no tenía hambre. La profunda emoción de la mañana, el cambiado aspecto de mi padre que parecía pensativo, el besar y estrechar mi madre a mi hermana mayor y a mí con inusitada frecuencia y con los ojos llorosos, todo esto producía cierto no sé qué, anulando la alegría infantil que tanto excitan las novedades. Poco después volvimos a la marcha, ocupando nuestras respectivas posiciones.

Vendría a ocurrir lo relatado hacia Enero del año 30. Después de comer, la tarde se hizo corta y oscureció en el camino. Aunque menudo, llovía a ratos y a ratos escampaba. Temía perderme en la oscuridad, y escuchaba atento el paso de las caballerías; no oyendo la de mi padre, daba voces llamándole y me contestaba cerca: «Aquí voy, aquí voy.»

Más entrada la noche, el pisar de las bestias se hizo ruidoso de cuando en cuando; saqué la cabeza, y vi que habíamos entrado en un pueblo. Me pareció mayor que Medina. Las puertas a la calle, abiertas; bastantes zaguanes, limpios y alumbrados. Sin embargo, en algunos sitios se metían en fango las caballerías, hasta el punto de atascarse el burro que conducía a mi madre. Al fin, llegamos a una calle aún más fangosa que las otras. Nos paramos ante la puerta de una casa. Salió una familia, y dieron muchos abrazos a la mía. Entráronme en brazos, y en los que me cogieron me cogió el sueño.

XI

«¡A casa, a casa!»

Recuerdo el despertar al otro día. Una sala grande, con bastantes cuadros; en el suelo una cama, ya deshecha y desierta; yo en otra, con mi hermana. Grité, y vino al punto mi madre. En tres o cuatro días no cambió la situación. ¡Estaba extraño aquello!

La casa era hermosa, mucho mayor y más noble que la de la calle de la Loba. Los muebles me llamaban la atención: mesas doradas, con tablero de piedra de bonitos colores; sillones grandes, de caoba; aparadores y vitrinas, de metal y cristales; cuadros grandes cubriendo las paredes. Todo eso era nuevo para mí, y me hacía andar curioso y embobado. El ajuar de mi casa era el de un impurificado convertido a la vida militar: alguna cama de bancos y tablas, unas mesas de pino mayores y menores, varias sillas del Norte y media docena de baúles forrados de pellejo.

El nuevo mobiliario me atraía, despertando cierto respeto de superioridad hacia sus dueños. Hasta aquí, todo iba bien.

Pero mi madre extremaba cada vez sus caricias y lloraba tomándome en su regazo, sin poder contenerse. Las señoras de la casa hablaban con mi madre, procurando consolarla. Me quitaban de su falda; hacían también por acariciarme y distraerme. Alguna vez me preguntaron: «¿Te quieres quedar con nosotras?» Respondí que no, llorando y alargando los brazos a mi madre, como si fuese a perderla para siempre.

Otra vez oí «cárcel», «Malvar», «desterrado», y todo esto me daba mala espina, haciéndome andar receloso. Cuando, a fuerza de obsequios y estampas y de llevarme a la cuadra para ver el caballo, o al corral para enseñarme los palomos y las gallinas, echaba de ver que me habían separado de mi madre, pugnaba por volver adonde la había dejado.

Así amaneció el quinto día. Una como doncella preferente, cuarterona y bien vestida, fué quien logró adquirir algún tanto mi confianza. Ella era la que me enseñaba el borriquito chico, animal de mi predilección entonces y que aún en la actualidad conserva mis mayores simpatías; ella la que me sacaba á la puerta de la calle, ponía el babero y daba de comer con su propia mano.

La tarde antes habló de un huertecito, con unos árboles preciosos que daban manzanas y otros peras; algunos, bolitas de oro; y unos cuantos, preciosísimos juguetes. Entré en deseos de ver el huerto, y convinimos en que me levantaría temprano, me vestiría e iríamos a él.

En efecto, me despertó y levantó. Nada noté: mi hermana quedaba dormida; mi madre se había levantado antes, según costumbre. Cogióme en brazos y me sacó a la calle; en ella estaba un burro con jamugas, atado a la ventana; no necesité más.

—¡No voy, me engañas! ¡Mamá, mamá!

Retorciéndome hacia atrás y hacia adelante, forcejeaba y gritaba desafortunadamente.

¡Qué no sufrirían mis padres, que no se habían atrevido a verme para evitar la violencia de la separación, al oír mis gritos desgarradores!

La doncella, en aquel difícil trance, fue valiente: no retrocedió, porque ya era imposible retroceder. Me alejó de tal manera, sin cesar de decirme que no me engañaba y que lo del huerto era verdad. Salió al campo; la lucha, al forcejear por escaparme, agotaba mis fuerzas. Los gritos eran ya roncocos y ahogados; la impotencia rindió al cuerpo, sin rendir la voluntad, y me dejé conducir.

Llegamos al cabo a un bonito huerto, que efectivamente tenía naranjos, perales y granados. No es bueno mentir a las criaturas: con la verdad basta. No estaban los árboles de las bolitas de oro ni de los muñecos, con lo cual adquirí el conocimiento lógico que antes sentía instintivamente. En vano fue

que me dijera que árboles de tanto valor podían robarlos, que el hortelano los tenía guardados, y que no tardaría en llegar con la llave. Volví a protestar, de la única manera que puede hacerlo un niño: renegando, llorando y pataleando. La crisis fue más corta; estaba agotado y sucumbí al cansancio.

—«¡A casa, a casa!» exclamaba sin violencia y más bien suplicante: «¡a casa!»—«Allá vamos», contestaba la buena de Gertrudis, que debió de padecer mucho aquel día.—«¡A casa!» Y salió del huerto como entramos, llevándome en sus brazos. Anduvo el campo, entró en una calle, luego en otra larga, y así fuimos mucho rato. Conocí que alargaba el camino y que tardábamos más en el regreso que en la ida. Sólo podía reiterar mi súplica angustiosa: »¡A casa, a casa!» Gertrudis temería llegar antes de que mis padres hubieran tenido tiempo para irse.

Al fin, llegamos. Llamó a la campanilla del portón, y salió a recibirnos la familia de la casa.—«¡Mamá, mamá!» Soltáronme y salí corriendo por en medio de todos.—«Ha salido, pero vuelve pronto»—me contestaron.—«¡Papá, papá!», y corrí a la sala: las camas habían desaparecido.

No es posible pintar mi desconsuelo. Largo rato anduvo la familia rodeándome y detrás de mí, para amenguar o distraer mi desolada pena; mientras más hacían, más aumentaban mi dolor. Afligidos también, y viendo que todo era inútil, tomaron el buen acuerdo de dejarme solo.

XII

Trinidad Malvar.

Este verdadero drama infantil necesita ligeras explicaciones.

Por aquel tiempo se había recrudecido la persecución a los liberales. Fernando VII nombró un intendente de policía *ad hoc*, para que purgara de negros la provincia de Cádiz. Iba

revestido de toda clase de poderes, al igual de los ministros, y superior a toda otra autoridad civil, militar y judicial.

A poco de instalado, olfateó a mi padre, averiguó su paradero y dirigió a D. Benito Chaín la orden que sigue:

«Inmediatamente que reciba V. S. el presente mandato, constituirá V. S. en prisión segura a Don J. R. y L., asesor de su columna, y sin pérdida de tiempo lo hará conducir, convenientemente custodiado y bajo la más estrecha responsabilidad de V. S. a la cárcel de Jerez de la Frontera, recogiendo el competente recibo del alcaide, con el visto bueno del comandante de armas.—TRINIDAD MALVAR.»

D. Benito Chaín se puso lívido y luego rojo, echó tacos y venablos, pensó escribir a Malvar y al ministro; pero después de pensado, escuchando los consejos de mi padre, vió que todo era inútil, contraproducente, y que sólo sería parte a aumentar los rigores de la pena. Pero no consintió prender al asesor ni mandarlo escoltado. Aceptó mi padre el beneficio, constituyéndose preso bajo palabra de honor. Así dejó de ser asesor, a pesar de D. Benito Chaín.

El mismo día mandó a Jerez, con el ordinario, unos baúles con la ropa de la familia, y a la madrugada del siguiente me despertaba la frialdad de la lluvia, viajando sobre un mulo en un capacho de sardinas. Por la noche de aquel día, después de saludar a la familia a cuya casa fuimos, se presentó en la cárcel: quedó preso, y mandó el recibo con un propio a D. Benito Chaín.

Ejercía el cargo de comandante de armas D. Tomás de Castro, comandante de realistas; hallábase emparentado con la familia de que éramos huéspedes.

Tan feliz casualidad, hizo que, a pesar de obrar en su poder una orden muy severa de Malvar para que al hacérsele entrega del preso lo mantuviese así, esperando sus órdenes y rigurosamente vigilado, a ruegos de la familia, y no obstante sus contrarias opiniones, casi fanáticas por cierto, pretextando para sí que mi padre era militar, lo hizo conducir al cuartel de

realistas; y ya en él, bajo palabra de honor, le permitió salir hasta que el intendente dispusiera.

Como había decretado la prisión tan sólo por sospechas, no viendo términos para poderle ahorcar, esperó a mejor ocasión, reduciéndose entretanto a mandarlo desterrado a Morón, bajo la vigilancia de las autoridades y los frailes, y así no perderlo de la mano. Recibida la orden, mis padres se vieron forzados a dividir la familia. A la hermana mayor le cupo en suerte ser recogida por la abuela materna; a mí, quedarme en Jerez en la casa donde me hallaba. Mis padres marcharon con la niña de pecho a cumplir el destierro.

XIII

Inducciones.

Si del recuerdo anterior al que se acaba de relatar sacamos por consecuencia que la previsión se desarrolla tardíamente, del contenido del último resulta, entre otras cosas, que el niño a las proximidades de los dos años y medio puede ya gozar de la facultad de la inducción, que en la jerarquía psicológica parece ser una de las más elevadas facultades.

En efecto, nada resulta tan difícil como hacer bien una inducción. Atender, *atender con atención*, que es un principio de observación, comparar, sentir la relación conforme o disconforme de dos o más objetos entre sí, enjuiciar, en una palabra, y hasta deducir o sacar de una cosa algunas de sus partes, todo esto es fácil relativamente, y nadie duda que puede hacerlo un niño tan pequeño. Pero ¿inducir? Preciso es un hecho de observación autógena e interna para dejarlo establecido. ¿Y qué clase de inducción? Porque debe advertirse, que hay muchas clases de inducciones. Las hay directas, indirectas, por lógica natural y por malicia.

En toda inducción entran dos elementos: uno ideal y otro sentimental o de sensibilidad interna. Así, pues, para inducir

no basta la razón, es preciso que se asocie a ella el *sentir*, esto es, cierto vibrar artístico. Concluir de la vista de un burro con jamugas que mis padres iban a abandonarme, examinado bajo el aspecto exclusivamente racional, no tiene congruencia; pero si se agrega el elemento de vibración sentida o de vibraciones seriadas y correlativas, como en el caso relatado, se verá lógicamente y se explicará fisiológicamente por cualquiera la exactitud de la inducción.

Observando en otros niños los primeros indicios de esta facultad, me ha parecido encontrarlos en la *malicia*. Esta condición del niño revela los primeros pasos como inciertos, y, por consiguiente, torpes, de la facultad de inducir.

Atribuyo la precocidad ofrecida en mi individuo al alfiler tragado, que, por el mero instinto de conservación, puso en commoción varias facultades y afectividades de mis centros psicofísicos; y a la circunstancia de ser ya poseedor de la sensibilidad estética, según he dado cuenta.

XIV

Una explicación.

Deseara pasar por alto ciertas relaciones que a nadie pueden interesar y que me son penosas. Pero exponer cómo me he educado y en qué consistía la educación de mi tiempo es imposible, si suprimimos el medio externo de la vida, las condiciones particulares y generales en que la educación se desarrolla.

XV

Dos cariátides.

A solas, sin mis padres y hermanas, una vez que cesaron las solicitudes de la familia de la casa, cambió mi género de pena: de exasperada y protestadora, vino a melancólica.

El «ya no tiene remedio», no me consoló, pero me hizo re-

signado. La duda de si volvería a ver a mis padres llevaba y traía mis esperanzas, conmoviendo el dolor con las olas del mar que se abisman y suben. Aunque más quedo, seguía llorando. Lloraba y pensaba, primero en mis padres, después en mis padres y en mi situación, más tarde en mi situación y en la familia de la casa. A medida que pensaba, se iba interrumpiendo el llanto por intervalos mayores. Al principio andaba vivo por las galerías del patio, como si fuese en busca de mis padres; después, de menos a más lento. Por fin, me detuve ante dos cariátides de piedra, que adornaban las claves de dos arcos de la galería, una de mujer y otra de hombre. La pareja trajo a mi pensamiento al señor y a la señora de la casa; y con ese pensar vino otro: el de que había hecho mal rechazando sus caricias. Entonces, cabizbajo, fuí aproximándome al dintel de la puerta de la sala donde se hallaban, pegándome al quicio sin atreverme a entrar. No tardaron en advertirlo, y llamáronme con dulzura. Entré despacio, con la cabeza baja, reprimiendo los últimos pucheros.

XVI

La familia Torres.

La gran influencia que la nueva familia ejerció en mi educación obliga a darla a conocer.

Allá, por el año 20, descollaban entre los estudiantes de Derecho de la Universidad de Sevilla, si no por más estudiosos, por más vivos, alegres y gallardos, D. Ramón de Torres y mi padre. De igual edad, el uno de Jerez, el otro del Puerto de Santa María, simpatizaron porque en muchas cosas se parecían y en muchas otras desemejaban. La amistad llegó a tan estrecha, que mi padre quería a Ramón sobre sus propios hermanos, y éste a aquél, cuanto un amigo puede querer a otro. Tan vecinos el Puerto y Jerez, concluída la carrera y licenciados ambos, continuaron sus estrechas relaciones, jamás luego interrumpidas hasta la muerte.

Torres, por liberal, pasó en la primera época sus apuros, aunque su temperamento y sus condiciones, pasada la edad estudiantil, lleváronle al campo moderado, con lo que gozó de una paz octaviana. Mi padre comenzó con los exaltados y concluyó con los progresistas, con lo que pasó la aperreada vida que puede suponerse.

Las amistades de los condiscípulos trascendieron a las familias. A los padres de Ramón se les caía la baba con la gracia simpática de Pepe, y como cosa propia se dolían de que fuese de opiniones exaltadas.

La señora madre de D. Ramón era el miembro más importante de la casa. Matrona de tipo fino, tez blanca, ojos azules, carácter pronto y enérgico, corazón excelente, dominaba a todos.

Su marido, la bondad y afabilidad personificadas; estas mismas condiciones le hacían posponer su voluntad a la de su esposa. Demasiado obeso, tenía los hábitos reposados de su temperamento y posición de propietario. Carecía de opiniones políticas. Religiosísimo sin ser fanático, oía diariamente la primera misa, rezaba mucho, leía las horas y no se le caía el breviario de la mano.

Aparte de Ramón, tenía otro hijo y una hija: Joaquín, médico, pero que no ejercía; la hija, soltera, y por la época a que me refiero, de edad de veinte años.

XVII

Gama de afectos.

Un niño chiquitín, en una familia sin pequeños, pronto se abre paso. Agregábase el ser hijo de unos amigos muy queridos y en situación desgraciada. En la familia sentí la varia escala de la gama de los afectos. La señora me tomó un amor vehemente; el señor, un afecto dulce y de constante altura; Joaquín adquirió hacia el niño un cariño profundo, desigual y

a veces exaltado; el del compañero de mi padre era diverso: se mantenía a cierta distancia, no me festejaba tanto, aunque sentía y me mostraba agrado. Paréceme que su actitud quería reemplazar la ausencia de mi padre, tomando la seriedad que se necesita para que los niños conozcan la superioridad y no se suban a las barbas.

Quizá el mismo día, o al siguiente, ya los había calificado y puesto nombres: llamé a la señora *Mamá abuelita*; al señor, *Papá abuelito*; al condiscípulo de mi padre, *El caballero*; a los otros dos hijos (así, con *sans-façon*), Joaquín y Concha a secas.

Y estos nombres seguí usando, menos el del *Caballero*, que troqué cuando adulto por el suyo propio de Ramón; hasta que uno tras otro fueron desapareciendo por la muerte.

XVIII

La caverna del dragón.

Tomado el terreno, no por eso me consideré dueño de la casa. La idea de que no era la mía, llevábame a guardar ciertos miramientos, a no ser exigente, a no alborotar demasiado. Por otra parte, el alma continuaba templada por la pena. A veces la desechaba con la distracción y temporal olvido, a veces se despertaba espontáneamente o por cualquiera cosa.

La casa era grande. Andaba por aquí y por allí; aquella libertad me complacía, y así no experimentaba impaciencia ni inclinación a las travesuras. «Es un niño bueno», exclamaban con frecuencia, y muy particularmente la *Abuelita*. Llevábanme al corral, en el que estaban la cuadra y la puerta de la bodega. El corral y la cuadra eran mi dicha. Aquí el borriquito chico; aquí la jaca negra, reluciente y hermosa; aquí el borrico pío, grande como un mulo, blanco casi todo, salpicado de manchas negras. Allí las gallinas y los pollitos recién nacidos; allí también, huraña y con las alas cortadas, una cigüeña flaca y langaruta, de patas sobre un palo atravesado de pared

a pared en un rincón, y que nos miraba con desconfianza, moviendo el pico a modo de veleta, marcando siempre al paso nuestra dirección.

Y para que nada faltase, allí la puerta entornada de la bodega, por cuya rendija salía un olor extraño, fuerte y atractivo, y por la que se entreveían indecisas tinieblas; cuyos misterios aumentaron con la siguiente advertencia de Joaquín, que me llevaba de la mano:

—Niño, no entres ahí, que hay un dragón.

Nada faltaba al alimento de un espíritu infantil: seres vivos diversos, prontos a saciar curiosidades y a satisfacer el apetito que siente el niño por el comercio de la vida; tinieblas misteriosas, excitadoras de la curiosidad y pábulo a imaginaciones y conjeturas.

Después de mucho rato me sacó Joaquín del corral, trayéndome por el propio camino de un callejón, un pasillo y su ensanche final en cierta especie de estancia de comunicación con el resto de la casa. En dicha estancia existía un brocal enrejado, correspondiente a un estrecho pozo. Joaquín también me dijo:

—Niño, este agujero es la caverna donde habita el dragón de la bodega; no te acerques, no te coja.

Contraproducente advertencia para suplir la previsión, como se verá después.

XIX

El placer de la venganza.

Al otro día me quedé un momento solo. El borriquillo, la jaca, los pollitos, parecían llamarme a grandes voces del deseo: nada más natural. Tenía que pasar por la estancia del agujero del dragón, y me espeluznaba. Se repitió una escena semejante a la de la matanza del cerdo; y, como entonces, venció el deseo al temor.

Con la espalda pegada a la pared, doy vuelta al pozo, y una vez en el pasillo, echo a correr; atravieso corriendo el callejón, descerrojo la puerta del corral, entro rápido y echo la aldabilla en un momento; respiro; me vuelvo con alegría para ir hacia la cuadra, cuando en el mismo punto la flacucha cigüeña, que me ve solo, se precipita de una zancada sobre mí, hiriéndome con su pico en la flexura del párpado superior izquierdo. Doy un grito, llévome la mano al ojo, me vuelvo de espaldas, pego la cara a la puerta del corral, abro y salgo huyendo y llorando.

A mi grito acudió la familia. Grandes fueron el susto y la ansiedad al verme el ojo cubierto por la sangre. Lávalo Joaquín presuroso, reconoce que el pico ha penetrado por encima y no está herido el globo; me pregunta si veo con él, y le contesto afirmativamente. Me preguntan cómo ha sido aquéllo; digo que la cigüeña.

Joaquín toma un palo y se precipita hacia el corral.

A mí me dió alegría: sentí por vez primera el placer de la venganza.

XX

«Sana, sana, culito de rana.»

En unos días, no volví solo al corral. Cuando entré, aprovechando una ida del mozo de la cuadra, no estaba la cigüeña. Pregunté por ella al criado, quien me contestó:

—A esa bruja la han matado.

Lo sentí; tuve, pues, concepto de la injusticia, por la desproporción de la pena. Y, sin embargo, ¡cuánto tarda el hombre en corregirse! Por una coincidencia singular, puedo apreciarlo.

Ya en edad proveyta, hallábame en el campo con mis nietos. Mi nieta, por entonces poco mayor de un año, salió a la puerta de la hacienda. De una tropa de gansas destacóse una,

que con cuello tieso y alas batientes se arrojó sobre la criatura, tirándola un picotazo. Mi nieta gritó, de ese modo con que piden auxilio las criaturas; al grito, salí corriendo y la encontré desemblantada.—¿Qué te ha sucedido?, pregunté. Apenas sabía hablar aún, y señalándome la boca del estómago, me contestó:—*Papá, pipí pupa*. Monté en cólera, y con el revólver solté un tiro al pájaro; no le di, le disparé el segundo. Iba a tirar el tercero, cuando, calmado el primer raptó, eché de ver que era yo tan ganso como la gansa y que obraba sin reflexión, por mero impulso.

La satisfacción producida por la venganza es un asunto que merece atención seria. Implica necesariamente que en la naturaleza humana existe innato un mal sentimiento. La observación demuestra que ya se patentiza en la primera edad. Debe de ser, pues, y lo es en efecto, un sentimiento atávico que viene heredándose de padres a hijos desde los tiempos salvajes. Entonces, si bien se mira, no existiendo más garantía de seguridad individual que la fuerza de cada uno, era consiguiente el estado de lucha; de ahí los temores y sufrimientos de la derrota, y, por tanto, el placer de la victoria, asegurado con la satisfacción de la venganza. Aún, al presente, no consiguen la ley ni la justicia defender de la lesión moral; y por eso subsiste imperante la costumbre del duelo.

De todas maneras, es de esperar que tan avieso sentimiento vaya menguando a medida que la acción de la justicia social se perfeccione. Para conseguirlo, conviene también que la Pedagogía fije más su atención sobre este punto, y no se contente con decir: «Los niños no deben ser vengativos.» Importa sobre todo desterrar ciertas costumbres que tienden a fomentar el espíritu de la venganza.

Frecuentemente, cuando un niño cae o tropieza con un mueble y se lastima, se echa mano, para acallarlo y consolarlo, de dos recursos singulares.

El primero consiste en encararse con el mueble en que el niño tropezó o con el piso donde cayó, y darles golpecitos con

la mano a manera de azotes, diciendo: «¡Toma, toma, pícaro, por haber lastimado al niño.» En efecto, suele verse que el niño atiende y suspende el llanto, consolado por el placer de la venganza. Nadie que posea sentido común dejará de conocer la brutalidad del procedimiento, y cuán eficaz resulta para alimentar y desenvolver ese mal instinto, que la educación debe proponerse atenuar; y, si le es posible, extinguirlo.

Por venir a pelo, quiero también indicar otro procedimiento más inocente, pero no menos curioso, que se emplea para tranquilizar a los niños cuando se lastiman. Frótanles con la mano la parte dolorida, leve y velozmente, al mismo tiempo que les dicen: «Sana, sana, culito de rana.»

Dicha práctica, que sin sentido y por mera tradición viene empleándose desde sabe Dios cuándo, ofrece más qué pensar de lo que su simplicidad aparente manifiesta. Constituye nada menos que uno de los pocos ensalmos que nos quedan de las primeras épocas humanas. Lo juzgo tan antiguo como el canto del sueño y el de la muerte. Es ensalmo perfecto, por constar de dos partes: una locutiva y otra de acción o ceremoniosa. La locutiva, el «sana, sana, culito de rana». La ceremoniosa, el fricciónar la parte dolorida rápida y suavemente. Considero del mayor interés el asunto, porque, en cosa tan oscurecida por el tiempo, este ensalmo completo, milagrosamente salvado de la ruina de los siglos, viene a ser como un monumento desenterrado que nos revela con cierta claridad la naturaleza y virtud de ellos.

Efectivamente, éste, al menos, no resulta una nonada; tiene la virtud de acallar y consolar a los niños de su dolor, cuando se lastiman. ¿Cómo y por qué? He ahí el misterio, la virtud. El hecho es que los niños callan. Pero no quedemos atónitos y con la boca abierta. La virtud es indudable. Respecto al misterio, el cómo y por qué, oigamos a la esfinge: «Sana, sana, culito de rana.»

El niño necesita creer. Cree desde que nace: de ahí su credulidad; no hay niño escéptico. Al decirle «sana, sana», cree

que va a sanar y se pone en aptitud de sugestión. Prolóngase el tiempo de ésta por el agregado de la frase (1), que vibra en su oído con la cadencia rítmica, parando la vibración en otra semejante por la consonancia *culito de rana*. La idea de sanar, la fe que presta, la métrica y la consonancia, reúnen cuanto es posible reunir para efectuar un acto de sugestión. Añádase a esto que el niño separa la atención de su dolor para fijarlo en esas palabras extrañas y algo maravillosas por su misma incongruencia.

Pero, por si no bastara, todavía queda la parte de acción o ceremonia: la fricción ligera y suave sobre el punto dolorido; remedio fisiológica y terapéuticamente mucho más eficaz y científico que el *árnica* y otras insulseces que suelen recomendar algunos sabios. En efecto, la fricción sobre la parte dolorida es un remedio instintivo, cuya utilidad no se ha reconocido por la ciencia de un modo perfecto hasta hace poquísimos años, dando lugar a una rama de la terapéutica, bautizada hoy con el nombre de *amasamiento*.

XXI

Cuentos de abuela.

Pasé felizmente el año 1830. Con frecuencia me llevaban al campo; en él sentía un bienestar indefinible, ese placer que sienten los pájaros y los niños, el placer de la vida.

Conviene que la educación tienda a hacer buenos a los hombres, pero también a ser felices. Y para esto considero capital el desenvolver en ellos la afición y el placer de los goces campestres. Son infinitos: la siembra de árboles y flores, la cría de animales, la salida y puesta del sol, los paisajes, la caza y pes-

(1) Aún es más larga la frase en Madrid, pues yo la he oído así, de niño: «Sana, sana, culito de rana; si no sanas hoy, sanarás mañana.»—L. M.

ca, la merienda con hambre después del ejercicio, las carreras al aire libre, salvar un río a nado con las ropas en la cabeza, ascender una loma empinada, rodar por otra suave; todo esto y mil cosas más templan el espíritu infantil virilmente, desarrollan el amor a la libertad y a la vida, por el placer inefable que en vivir se experimenta. Ninguna mejor gimnasia física y moral.

Hoy que la edad y los trabajos han apagado todos mis deseos, conservo vivo el de la vida campestre; y a ella me entregaría, como un mozo al amor, si los deberes no me ataran al vivir urbano.

En mi tiempo, sólo se entendía por educación lo que resultará de mis apuntes. Gracias a que la naturaleza llenó los vacíos y corrigió tantas absurdidades. Digo que el campo me educó suficientemente para corregir muchos entuertos surgidos de la escuela. No adelantemos los juicios.

En este año, tercero de mi vida, se acumulan tantísimos recuerdos, que es imposible enumerarlos, ni menos relatarlos. En lo que tengan de más influencia educativa, unos corresponden a sucesos, emociones e impresiones que ya he indicado, venidos por la acción del campo y su propia libertad sobre mi espíritu; otros proceden de la influencia del amoroso trato familiar, y muy especialmente de los cuentos.

La *Abuelita* me acostaba todas las noches en una camita baja, al lado de su cama; me hacía persignar y rezar el Bendito, y allí permanecía queda hasta sentir la acompasada y suave respiración que declara que el niño se ha dormido. Tardé en hacerlo una vez, y la abuela se puso a contarme un cuento. ¡No le cayó mala lotería! Desde aquel punto hasta cumplidos cinco años no la dejé respirar, si no me contaba uno o más cuentos cada noche.

Agotó su repertorio, que por cierto no era pobre, y hasta se convirtió en autora fecunda de este género literario. La blanda arcilla no se presta y amolda a la mano del alfarero, como mi sér entero al influjo de aquellas relaciones.

Ya sea por ellas mismas, ya por las circunstancias en que se encuentra un niño, cuando entrando en reposo su inervación muscular, por el cercano sueño, parece reconcentrar toda la atención y toda la sensibilidad en los centros cerebrales, el hecho evidente es que a esas horas un cuento resulta en sus efectos lo que un drama representado por buenos actores, en un buen teatro y con magníficas decoraciones, respecto a otro ejecutado por una compañía de la legua en el mesón de un lugar. Bien dirigido, nadie sabe adónde podría alcanzar el cuento como instrumento de educación.

Deploro no acordarme de las particularidades y trama de los mismos. No es extraño, luego se verá por qué; mas importa poco el caso. Con relación a mis impresiones, puedo dividirlos en varias clases: *inocentes*, como el cuento de las hormiguitas; *cómicos*, cual el del pobre zapatero que se encuentra un tesoro; *dramáticos*, como el de las matitas de albahaca; *heroicos*, cual el del infante de la estrella de oro; *fantásticos*, como los de brujas, duendes y mágicos.

Realmente, todos me gustaban; pero cada clase producía efectos muy distintos. Prefería, con mucho, los *heroicos*; y esta preferencia deja fuera de duda que el gusto nace hecho en la criatura, cosa que contradice en redondo el apotegma admitido generalmente de que el «gusto se hace». El gusto se perfecciona; pero, como todo asunto de sensibilidad subjetiva, está inmanente en el individuo. Ahora bien, lo que no sé es el motivo de mi ánimo para esa preferencia. Pensando ahora sobre tan curioso tema, veo entre los cuentos *heroicos* que me referían y las novelas que criticó Cervantes, cierto parecido, digo mal, identidad. Los cuentos esos resultan verdaderos bocetos de historias de Caballería; a detenerme en la materia, quizá pudiera probar que fueron como el huevo de donde surgieron dichos libros.

Al influjo de aquellas relaciones, mi espíritu se ampliaba saliendo al exterior: quería volar por aquellos espacios imaginarios, penetrar en los castillos murados, con la paloma men-

sajera que afirmaba la fidelidad amorosa del valiente caballero y anunciaba la próxima libertad de la cautiva. Como el del héroe, se contraía mi brazo en la ocasión de dar cuchilladas y mandobles. Ya me sentía volar sobre el caballo, y hundir el acicate en sus ijares; siendo la particular que esa especial sensación todavía de viejo lo experimento muchas veces, en esos intervalos indecisos entre el sueño y la vigilia.

Así como esos cuentos me exteriorizaban, en cierta manera, poniendo en energía actual todas mis afectividades y potencias, cual una luz que, apagada, se enciende de pronto y llena un gran espacio, así, por contrario modo, los cuentos de brujas y de duendes me replegaban y encogían.

He extraviado algo la primera idea. Iba a decir que mi gusto decidido por los cuentos *heroicos* pudiera proceder de la particular tensión de mi sensibilidad debida al atavismo; sin duda, mis antecesores la templaron así, con la lectura de los libros de Caballería.

Andando el tiempo, no dudo que podrá sacarse gran partido de todo esto, no sólo para la educación y la instrucción, sino como medio terapéutico para corregir ciertas direcciones morbosas que en su afectividad suelen presentar los niños, y que más tarde los constituyen, ya en huraños, ya en egoístas, ya en irascibles, ya en indiscretos, ya en groseros, ya en hipocondríacos y neuropáticos para toda la vida.

XXII

Reconcomios.

Las simpatías del niño trascendieron a las personas anejas de la familia. La *Abuelita* tenía un hermano casado, que carecía de hijos. Experimentaba, tanto como su señora, esas ansias que producen los deseos insatisfechos.

—Déjame el niño, para que lo vea María—rogaba con frecuencia a su hermana, consiguiéndolo a veces.

—Déjame por un día;—y así llegó a suceder que, al enviar por mí, alargaran el plazo.

No hay que decir si el *tío Periquito* y la *tía Mariquita* me tratarían a cuerpo de rey.

La Nochebuena de aquel año la pasé en su casa. Me compraron, armaron y regalaron un lucido Nacimiento, una zambomba y una pandereta. Mi felicidad llegó a su colmo. Vino la Pascua con sus tortas, dulces y festejos.

Tío Periquito y *tía Mariquita* eran unos labradores de los más ricos de Jerez. Hermosa casa, extensos graneros, cuadras llenas de hermosísimos caballos, desahogados corrales bien empedrados y limpios, abundantes oficinas para las necesidades de la labor.

Vi un patio lleno con una manada de pavos. Allí observé la singularidad de cómo alargaban y encogían el rojizo moco, y cómo lo variaban de color, del encarnado al morado y del morado al blanquecino: unos, macilentos; otros, que de pronto hacían *tac* y me asustaban, ahuecando las alas y desplegando la cola en forma de abanico.

Luego, la *tía Mariquita* entró con una larga tira de papel y empezó á leer:

Cuatro a las Capuchinas.

Cuatro a Santo Domingo.

Cuatro a las Franciscas.

Dos a mi confesor.

Dos al médico.

Dos a D. Mateo, el escribano.

Dos a mi abogado D. Julián.

Dos a mi cuñado D. Ramón.

Dos a D. Fulano.—Y así sucesivamente.

A cada nombre, yo esperaba con inquietud oír pronunciar el de mi padre; pero pasaban y pasaban otros, y el de mi padre no venía.

Cuando terminó con el último pavo y el último nombre, volvió *tía Mariquita* las espaldas. Yo sentí una de las impre-

siones más singulares, de pena, enojo y disgusto; era la primera vez que la experimentaba de su especie: la impresión de preterición, de amor propio ofendido y de desaire.

No se había acordado de mi padre. Olvidé, sin duda, que mis padres estaban desterrados a muchas leguas. Pero el caso manifiesta que, transcurrido un año, los conservaba en los pliegues más reconditos del corazón. Salí del corral y entré mohino en las habitaciones.

Hubieron de notar mi aspecto, y me preguntó el tío Periquito:—«¿Qué tienes?» Y yo contesté:—«¡A casa de Abuelita!»

Y como continuara así, repitiendo lo mismo, me llevaron a la calle de Piernas.

La susceptibilidad, esa especie de pasión indefinida y tan compleja, se desenvuelve muy precozmente en las criaturas. Si en mí se manifestó a los tres tres años y cuatro meses, sería porque no ocurriera antes una ocasión que la provocara. La he observado en niños de menos edad, en mi nieto, siendo aún de pecho (podría tener diez u once meses), con el motivo siguiente: volvía yo de un viaje, y traía varias «maritatas», como recuerdo a la familia.

Trajéronme los nietos, y comencé a sacar de la maleta sus regalos. Dió la casualidad de que venían encima los de mi nieta. Extraje una muñeca, y se la di; su hermano, en brazos del ama, miró la muñeca con interés. Saqué un cochecito, y lo entregué a la nieta; extraje otro juguete, y resultó también de los dedicados para la niña. El niño sufrió conforme el segundo. Pero al tercero rompió a llorar, al punto mismo que el ama, no distraída como yo e intimada con los sentimientos de la criatura, exclamó sulfurada y encendida:—«¡Todo para la niña, y nada para mi niño!»

Pronto los tranquilicé, mostrando los juguetes que le correspondían.

Desde el punto que sentí la impresión aquella, vine a ser muy susceptible. Esta pasión es tan compleja, que la conside-

ro como la más varia, más diversa, más difícil de apreciar y analizar en los matices de sus numerosas modalidades. Baste recordar el sinnúmero de palabras, frases y figuras que emplean los idiomas para significar esa pasión.

Del que la sufre, se dice en castellano: susceptible, impresionable, sentido, sensible, puntilloso, delicado, picado, picajoso, quemado, requemado, volado, enojado, lastimado, resentido, etiquetero, desairado, menospreciado, preterido, ofendido, desatendido, olvidado, desconsiderado, postergado, etc. Y no bastando esas palabras, muchas de ellas impropias por tener diversas acepciones y ser todas metafóricas (lo cual prueba la falta de precisión con que se lucha para expresar netamente dicho sentimiento), todavía echamos mano de frases no menos equívocas, impropias y metafóricas, como: amor propio herido, punto de honra, sentimiento de dignidad, volver por sus fueros, humo por las narices, fino de epidermis, blando de sensibilidad, suprasensible, y otras. Todo esto demuestra que hay una deficiencia en el lenguaje.

Ciertos afectos y pasiones tienen un signo fonético propio y bien definido, sin otra más acepción, por ejemplo: amor, odio, ira, envidia, codicia, etc. Pero ese sentir que se experimenta, como yo cuando el regalo de los pavos y mi nieto cuando el reparto de los juguetes, ¿por qué no ha de tener un nombre propio, neto y exclusivo? «Sentimiento» se le dice; y «sentimiento» es una voz genérica que corresponde lo mismo al amor que a la amistad, al odio que a la impaciencia.

Bien es cierto que recibe una acepción particular cuando trata de ese particularísimo que nos ocupa. Pero, ¿sentimiento de qué? Para mi uso, lo distinguiría perfectamente llamándolo el sentimiento de pavo. Sin duda, sería muy conveniente darle otro nombre más propio y también más particularizado que el que, a falta de otro, resulta imperfecto en el lenguaje corriente.

Pocas cosas hay tan difíciles como inventar y hacer aceptar una palabra. Sin embargo, las ciencias, descubriendo ob-

jetos nuevos, se ven obligadas a inventarlas, y muchas luego las recibe el habla corriente.

Respecto a ese sentimiento especial de que tratamos, no hay duda que se necesita una palabra propia, y que ha de inventarse cuando por el estudio de los estados de ánimo sean éstos más conocidos.

Para mí, el de que hablo ahora es un estado pático interior, muy profundo: puede constituir una enfermedad del espíritu, y de aguda y transitoria hacerse crónica; no veo inconveniente en denominar a dicho afecto, hasta nueva orden y de un modo interino, *impatía*.

Abordo los inconvenientes del pedantismo, porque sin eso no podría expresar lo que se me ocurre acerca de tan importante materia.

Pero, siendo cosa larga, antes de entrar en ella no quiero diferir otra observación que surge del relato: esa impresión de resentimiento es tan fuerte, que borra los anteriores sentimientos de gratitud.

Cuando tantos agasajos y consideraciones personales acababa de recibir, una supuesta desconsideración meramente imaginativa, puesto que mis padres no podrían recibir pavos encontrándose ausentes; un mero olvido a lo sumo en caso posible, mueve en mí un fuerte, íntimo, doloroso, exasperado y despechado sentimiento de ofensa, que me hace no sólo olvidar la gratitud, sino trocarla en desafecto.

¿Qué misterios son éstos del corazón humano? ¿Es mala índole de mi particular naturaleza? ¿Es un resorte universal en todas las criaturas? ¡Cuánto hay que observar y estudiar en todo ello!

Y que ese sentir vicioso tiene una fuente pura, no hay que dudarlo. Ser sentido, ser delicado, ser pundonoroso, constituyen modos afectivos virtuosos. ¡Cuán grosera y bestial sería sin ellos la especie humana!

Pero, como todo afecto puro, ofrece gran aptitud a la desarmonía. Resulta en esto lo que en las obras de arte delica-

das, donde el más leve defecto las echa a perder. Así, el amor se convierte en pasión y se transforma en odio; el instinto de conservación, en cobardía; el sentido de previsión, en avaricia; la dignidad, en fatua vanidad.

Diría que mi nieto mostró su estado de ánimo como fisiológico, su sentimiento era sano; y que yo lo experimenté patológico, enfermo. ¿Por qué la variante en mi nieto y en mí? El temperamento en mi nieto es más dulce, no es sanguíneo; el mío es más arrebatado, como sanguíneo y nervioso.

Además, mi nieto no había estado en ninguna *amiga*. Yo en ella, atado a una silla y sin poder moverme, quedé impaciente, y por tanto, dispuesto a dispararme cual un arco de acero en forzada tensión.

Ahora bien; dejemos las palabras «sentido, resentido, delicado, pundonoroso, digno, etc.», para el sentimiento puro fisiológico, y adoptemos la palabra *impatía* para que sirva de signo matriz de sus diversos estados patológicos.

Curándome poco de rigorismos etimológicos, para adaptarme a la varia procedencia de nuestro idioma castellano, con lo cual será más fácil que se comprenda la significación de las nuevas palabras, de *impatía* pueden inducirse el verbo *impatir* y todos sus correlativos tiempos; quedando ese sentir indubitado y especialísimo en posibilidad de expresarse locutivamente de un modo preciso, neto y sin tener que apelar a dudosas anfibologías.

Será de igual manera posible significar esa multitud de grados diversos del movimiento pasional de que se trata, quedando lleno el vacío que advertimos.

Impato o *impatible* podrá decirse de aquel que sea susceptible, ocasionado o fácil para experimentar esa emoción.

Impato, el acto de raptó interior que se experimenta. Nótese la semejanza de esta palabra con la corriente y usual de «ímpetu». Adviértase que ímpetu es un movimiento anímico fuerte, pero que viene del interior al exterior y desarrolla una fuerza que se exterioriza; tanto, que en el ímpetu hay explo-

sión y a veces acometida externa a persona o cosa, o cuando menos descarga por voces, interjecciones o esfuerzos musculares; mientras que el *ímpato* corresponde a un movimiento interno que no se exterioriza, sino que más bien se interioriza, determinando un fenómeno lógico que se expresa muy bien diciendo de él que es un ímpetu para adentro o un ímpetu al revés.

Impático expresará al tocado de ese vicio afectivo.

Impatonil podrá decirse del tan en extremo susceptible a la emoción, que se mueva por un nada o por mera sospecha de motivo infundado que su propia mente fragua. Vendrá a representar con signo propio lo que hoy queremos indicar con la palabra «quisquilloso».

Impatiforme significará el dado a impresionarse por motivos de forma exterior, cual el que hace cuestión grave de amor propio lo que se refiere a las cosas de etiqueta. Nótese que la palabra «etiquetero» la usamos en nuestro lenguaje corriente en dos sentidos: uno, que se aplica a los que son muy dados a las ceremonias de la etiqueta, y si, por observarlas, se hacen empalagosos, ceremoniosos o etiqueteros; el otro sentido es referente a los que en cualquiera omisión de forma, sea real o supuesta, que con ellos se tenga, sienten una exagerada emoción de amor propio ofendido. Convendría, pues, dejar la palabra «etiquetero» para la primera acepción, y la de «impatiforme» para la segunda.

Impatuoso es grado y afectibilidad algo parecidos a los anteriores, pero distante de ellos; se refiere al «*impático*» por exceso de inflación y vanidad.

Impatidor debe decirse de ciertos individuos que tienen la mala condición de provocar el *impatismo* en las personas a quienes tratan. Es un defecto grave, muy común, y que, a falta de palabra que lo signifique, ha procurado expresarlo la necesidad del común sentir, por medio de frases más o menos precisas, diciendo, por ejemplo: «¡Qué cargante es Fulano! Don Zutano no habla sino hiriendo. El señor de Tal me en-

cocora, sin saber por qué. Don Mengano tiene la virtud de ofender a todo el mundo.» Etcétera.

Cuánto importa al pedagogo, al padre, a la madre y al tutor del niño meditar sobre el punto que tratamos, para poder estudiar en la criatura la manera cómo siente esos efectos y los grados en que los siente, no cabe ponderarlo. Basta saber que, de un lado, podrá dar lugar a que salga un hombre delicado, sentido, pundonoroso, apto para toda honradez y empresa noble; mientras que, de la misma fuente, puede salir un hombre susceptible, puntilloso, cócora, antipático, insoportable, ofensor de la dignidad de los demás y (lo que es peor aún) rencoroso, y más tarde vengativo y criminal.

En efecto, la *impatia*, moviendo hacia adentro la sensibilidad, concentra el sentimiento, predispone a la tristeza crónica, a la envidia, a la malquerencia, al resentimiento torvo y mudo, que a ciertos organismos los lleva a fraguar proyectos de rencor y de venganza.

Sobre todo, no se reprima al niño: desenvolvamos en él la cualidad de la franqueza; que no guarde nada en su interior. Observadle; y si no declara lo que siente, investigadlo y declarádselo vosotros para que se acostumbre a sentir hacia afuera. No reprimáis sus ímpetus: el ímpetu es lo contrario al *impato* y su mejor medicina; el impetuoso podrá ser violento, pero siempre es noble. El *impato* viene siempre a rencoroso y vengativo. El impetuoso, luego del raptó, se calma, y con educación suave, él mismo se corrige. El *impato* va de más en más, hasta ser un desdichado.

Se ha dicho por alguien que cada escuela abierta cerraba un presidio. Es inexacto: en las escuelas no se educa. En la educación, lo de menos es enseñar; lo de más, lo esencial, es modelar los afectos y hacerlo prácticamente.

La mayoría de las criaturas nacen para el bien; pero de éstos, muchos aberran por circunstancias externas. Otros, ya por atavismo, ya por defecto orgánico, nacen para el mal. De los aberrados, no hay que decir si pudieron haberse librado de

su destino. Pero aun respecto a los atávicos y orgánicos, no debe perderse la esperanza. Yo la tengo de que, andando el tiempo, ha de surgir una rama de la frenopatía, que se ocupe, no ya en curar al loco de la inteligencia, sino al pático de los afectos en su infancia. El opio, las preparaciones de bromuros y otras drogas, los cuentos y espectáculos apropiados, la diética, etc. (y aun las operaciones quirúrgicas), podrán lograr, una vez hecho el diagnóstico de una enfermedad afectiva, corregirla y curarla.

XXIII

Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Entrando en el año 31, en cuyo mes de Agosto hube de cumplir los cuatro de mi existencia, no encuentro en sus recuerdos sucesos culminantes que referir, de esos que son como llaves maestras del corazón y de la inteligencia del niño.

No obstante, es evidente que el tiempo no pasó en balde. La influencia del cariño de la familia adoptiva, el recuerdo de la propia, las frecuentes idas al campo, mi afición a los cuentos y demás medios externos, fueron ahondando las buenas y las malas disposiciones que ya conocen los lectores. Sobre dos pequeñeces quiero hacer punto y aparte.

Es la primera, que hacia esta época vine a ser un preguntón insoportable. No me acercaba a persona de mi confianza que no le preguntase alguna cosa, y que, obtenida la respuesta, no repitiese otra pregunta sobre ella, y así hasta el infinito, concluyendo el interrogatorio con la paciencia del interrogado, que al fin ponía término al asunto con esta frase, singular por el tono algo amostazado con que la pronunciaba:

—¡Caramba con el niño, que es más preguntón que un fraile!

Efectivamente, he observado en todo el curso de mi vida que los niños son muy curiosos y, por tanto, preguntones. No

era esa condición mía exclusiva, es propia de la edad. Todo es nuevo, se presentan muchas cosas ignoradas; de consiguiente, entra el deseo de saberlas y viene en pos la serie de preguntas.

Un niño de tres años me preguntó cierto día:

—¿Por qué las ratas tienen rabo?

Yo le contesté:

—Porque se les prolongan las vértebras del espinazo.

—¿Qué son vértebras?

—Son—le dije—unos huesos pequeños que se unen en fila y forman el rosario del caparazón. ¿No has visto tú el caparazón de un pollo o de un conejo guisado?

—No—contestó el niño.

—¿Y la espina grande de un pescado?

—Sí.

—Pues esas son las vértebras—le dije yo.

—¿Y para qué sirven las vértebras?

—Pues sirven para armar el esqueleto.

—¿Y qué es el esqueleto?

—El caparazón de los huesos; los huesos unidos, pelados de carne.

En este punto, el niño calló. Y cuando yo me creía *aprobado*, por haber respondido a las preguntas, después de un momento en que pareció reflexionar, me dijo:

—¿Y por qué se les alargan las vértebras?

A cuya última pregunta vinieron las *calabazas*, porque tenía que contestarle:

—Pues... hijo, no lo sé.

Mi nieta me dió aún calabazas más redondas, teniendo la misma edad. La paseaba de la mano por el campo.

—Papá Quico, ¡un bicho!

—Ese bicho es un escarabajo.

—¿Y por qué lleva esa pelota?

—No me lo ha dicho, ni he leído si para comérsela cuando tenga hambre; pero supongo que será para poner dentro los huevos.

Me miró sorprendida, y me dijo:

—¿Son gallinas?

—No, pero todos los animales ponen huevos; aunque a algunos no les salgan del cuerpo, sino que se les quedan dentro. Pero al escarabajo le salen fuera, y los ponen dentro de esa bolita de estiércol, para que, con el calor, se animen y salgan los escarabajitos chicos.

—¿Salen de huevos los bichos?

—Sí, todos, y aun los que no son bichos: hasta tú y papá Quico.

Y saltando por una serie de preguntas que ella se tuvo que hacer y contestar a sí misma, en silencio, sin continuar el proceso inmediato de su curiosidad, me preguntó de pronto:

—Y el primer huevo, ¿quién lo puso?

Aprovechemos esta preciosa cualidad de los niños, para instruirlos y educarlos. Ellos van rápidamente a lo último, al *por qué*. Y, sin apagar ese deseo de saber esencial, convendrá declararles que en el *por qué* de las cosas somos tan ignorantes como ellos, pero que en el *cómo* y relación de las cosas entre sí sabemos bastante más; y que eso se averigua y aprende, no sólo preguntando, sino observando, mirando las cosas con reflexión y cuidado. Sería un ejercicio utilísimo y capital, cuando un niño nos haga una pregunta fácil de contestar, que no lo hiciéramos inmediatamente, sino que pusiéramos al niño en el camino de hacer, con nuestra ayuda, por sí mismo, la averiguación. Por ejemplo, en el caso de la pregunta de la rata, haber contestado:

—Pues mira, no lo sé; pero mañana encargaremos que nos traigan un animal con rabo, un conejo que compren en la plaza, y así veremos por qué la rata y el conejo y otros animales tienen rabo.

Estoy seguro de que el niño ansiará la venida del nuevo día, y que asistirá gustoso y será un actor útil de una disección en que, insensiblemente, y sin trabajo, aprenderá lo que es piel,

músculo, hueso, tendón, vértebra y la constitución del rabo y de la columna vertebral.

Tampoco dudo de que, a pocas investigaciones en uno u otro sentido, adquirirá la pauta inicial para la investigación independiente, discurrirá por sí mismo, y no se verá reducido al papel de repetidor o de mona intelectual, que es adonde lleva y llega la malhadada educación que pretendieron darme.

La segunda pequeñez se refiere a la honda afición que sentí a ciertos animales, y que, por ser también condición general de todos los niños, es importante examinar.

Reflexionando sobre las gratas y atractivas impresiones que me producían los animales, columbro en ellas una raíz muy honda; y puesto que el fenómeno es común a todos los niños, conviene ver en qué puede consistir y si es susceptible de aplicación educativa.

Sin duda, lo veo bien, la atracción depende del apetito de superioridad y de dominio que toda criatura trae innato, al verse cerca de poder satisfacerlo.

Podrá el sér humano parecerse anatómica y fisiológicamente cuanto se quiera a los demás animales; pero, en cuanto a una determinada categoría de sus afectos, hay tanta o más distancia que entre las facultades intelectuales del llamado irracional y las del racional.

Sea como quiera, el hombre está sobre la tierra para llenar una misión que le es exclusiva, única en mi concepto que establece la divisoria irreductible entre él y el resto de la naturaleza, así animada como inanimada: esa misión es la de dominar el espacio y el tiempo; o, lo que es lo mismo, vencer en lucha a la fatalidad, ser libre.

Como este es el ideal innato que persigue, claro está que aun hoy día no ha llegado a alcanzarlo como colectividad; pero, si bien se examina, no queda duda de que empieza a lograrlo parcialmente, y casi del todo, por ciertos y determinados individuos, aunque escasos.

El más escéptico no podrá desconocer ni negar que el hom-

bre civilizado es menos esclavo de la naturaleza y está menos sujeto a la fatalidad del espacio y del tiempo que el habitante de las selvas.

Poco a poco hemos venido conquistando y dominando lo fatal, o sea la naturaleza bruta. El que camina en ferrocarril se coloca sobre el tiempo y el espacio lo que va de diferencia entre el año que se emplearía para ir a pie de Lisboa a Rusia y los pocos días en que ahora puede recorrerse igual distancia. Colón, descubriendo América, dominó la tierra; con el telégrafo eléctrico tenemos prisionero el espacio y el tiempo en una de sus formas de mayor interés para la vida libre.

Tales hechos prácticos y evidentes son nada, comparados con los triunfos sorprendentes que sobre la Naturaleza hemos de alcanzar, tan sorprendentes que pasarían por quiméricos si hoy se anunciaran.

Volviendo al punto de partida, digo que mi atracción o afición a los animales procedía de la ocasión que daban para satisfacer la propia inclinación de posesión y de dominio sobre aquellos seres.

El apetito éste se despierta en el niño y se acentúa por contraste. Siéntese débil, inferior y dependiente de los humanos que le rodean. Ve autoridad en el padre, en la madre, en los parientes, en los amigos de la casa; por todas partes se ve rodeado de personas de mayor fuerza y de mayor inteligencia. Sólo advierte cierta inferioridad en los sirvientes: por eso los niños prefieren hallarse en las cocinas a estar en las salas, y el trato de los criados al de los amigos de la casa; pero todavía no quedan satisfechos con los servidores, viendo en ellos algo menos, pero no materia de posesión y perfecto dominio. Este deseo lo sienten plenamente realizado en su comercio con los vivos irracionales, y el niño goza inconscientemente (sin explicarse el por qué, pero goza); él, subordinado e inferior a los demás humanos, se ve jefe, superior y dueño de otras criaturas.

Observemos cuidadosamente al niño en el ejercicio de su

imperio; nada podrá dar a conocer mejor su naturaleza. En él veréis al hombre del porvenir: en él se declarará bueno, humano, compasivo; en él también, duro, despótico, tirano. Ya veréis el niño que se priva de los postres, para regalar con ellos al animal amigo; ya le veréis, con maligna frialdad, punzarle los ojos con una aguja.

Gracias a Dios, yo no recuerdo haber caído en tales excesos; sin embargo, como se verá más adelante, cuando tenga que referirme a sucesos de alguna mayor edad, tendré que acusarme también de algún pecado de tiranía. Respecto a la a que ahora me refiero, bien puedo referir mis impresiones.

Las gallinas me gustaban, pero no las apetecía. Los pollitos eran mi deleite; mas al cogerlos y poseerlos me parecían poca cosa: así como si, siendo mujer, me deslumbrase una joya, que, examinada, resultase de piedras de Francia solamente. Los palomos, hermosísimos, ¡cuánto los apetecía para mí! Pero volaban y no se dejaban coger. Les echaba migas de pan y aun de bizcocho; bajaban a picarlas, y cuando, cerca ya de ellos, yo me inclinaba para pasarles la mano y hacerles una caricia, ¡ingratos! volaban, mirándome desde el tejado.

El caballo, ¡oh, el caballo!, hubiera constituido mi fortuna. Pero había en él mucho de brutal para mis tiernas fuerzas. La cigüeña me había hecho más cauto y receloso; así, me acercaba al caballo guardando respetuosa distancia. Procuraba seducirlo hablándole de lejos y enseñándole un pedazo de pan. Aquí las cosas no pasaban a mayores, excepción hecha de cuando llegaba el mozo de cuadra a echar el pienso; momento en que aprovechaba la coyuntura para acercarme más, y andando días, hasta para darle alguna palmadita en el arranque de los brazos.

En fin, ya que no con el caballo, me atreví con el borrico pío, manso y burro de bien como el mejor del mundo. Amaba más al borriquito chico; pero, inestable y travieso, se me huía y acercaba; y con sus morisquetas y respingos, conocía yo que, sin mala intención, podría lastimarme.

La dificultad misma del pleno dominio aumentaba mis empeños. De ello saco que debe ser malísimo para la educación satisfacer el deseo en los infantes inmediatamente, tanto porque pierden su resorte, cuanto porque predispone al hastío y más tarde a la infelicidad mayor que hay en el mundo: la infelicidad de los felices.

Con estos antecedentes se podrá calcular cuánto placer recibiría una tarde, al traerme un criado del campo una avefría que cogió viva, y a la que recortó las alas para que no se escapase. Más pequeña, parecíase a una paloma. Tenía plumas blancas, otras tornasoladas entre azules y negras, brillantes. La cogí entre las dos manos; la besaba y metía su pico entre mis labios. Quise darle de comer, no quiso; agua, tampoco. Estaba triste, tanto como yo alegre; me daba pena. Quise darle a entender que no temiese, que yo era su amigo, que la quería y la trataría muy bien, pero nada; sin duda, el animalito, separado de los suyos, sentía la pena que yo cuando las circunstancias me separaron de mis padres.

«Mañana estará alegre», pensé, y seguí con mi avefría, sin dejarla un momento.

Llegó la noche, y quisieron encerrarla dentro de un canasto. No lo consentí: era mía, y defendí mi derecho, de tal modo, que la familia transigió.

Desnudáronme, me acostaron, recé el Bendito y otra oración al Angel de la Guarda, que me habían enseñado. Aquella noche no pedí los cuentos. Me acosté con el pájaro, le di besos, lo acurruqué conmigo, teniendo la precaución de dejarle la cabecita fuera del embozo, y me dormí tan feliz como la madre que da el primer pecho a su recién nacido.

Al despertar por la mañana, los ojos y el pensamiento se abrieron para mi ave; y ¡ah, horror! estaba muerta, debajo de mi propio cuerpo, con la cabeza aplastada; y una mancha de sangre seca en la sábana y en mi camisa, denunciándome como asesino.

XXIV

No quiero amigas.

—A este niño es necesario enseñarle ya la doctrina—dijo un día D. Ramón.

—Es muy chiquitín—contestó la *Abuelita*; además, sabe persignarse y el Bendito, y otras cosas que yo le enseñé al acostarlo.

—No basta, mujer; no digo a nosotros, a los padrinos que no viven con los niños les ordena la Iglesia que, a falta de los padres, enseñen la doctrina a sus ahijados.

La razón no tenía vuelta de hoja, y dieron con mi cuerpo en otra *amiga*.

Era peor y era mejor: peor, porque no había corral ni aire libre; mejor, porque siquiera a los chiquitines se nos ocupaba en algo. Eso sí, sentaditos horas mortales.

En coro se nos hacía persignar: la maestra, atenta a la colocación de los dedos, corregía las imperfecciones. También a coro rezábamos el Bendito y la Salve y el Padrenuestro, llevando la voz la misma maestra.

En la pared pendían algunos cartones con dos o tres abecedarios, presididos por una cruz que daba comienzo a ellos. A la cruz se le llamaba *Jesús María*.

Con la caña, indispensable cetro de las maestras de su especie, señalaba a la cruz, y los niños en coro pronunciaban *Jesús María*. Acto seguido señalaba la *a*, y los chicuelos debíamos repetir *aaa*, y así sucesivamente. El *Jesús María* lo aprendí, pero no las letras; porque, no atendiendo a la caña, sólo cuidaba de repetir con los demás párvulos el sonido que pronunciaba la maestra.

Concluidos tan sanos ejercicios, se daba reposo a las labores; pero, eso sí, cuidando de que los niños no hiciesen ruido ni se

movieran. Luego, vuelta a empezar con el persignado y el Bendito, con la caña y el *Jesús María*.

Alguna que otra vez, consentía la disciplina alguna indulgencia mayor: como, por ejemplo, dejarnos echar la madejita; cosa que aprendí desde la «cunita» a «los cordeles», mientras que en el abecedario no pasé del signo de la cruz.

A pesar de mi humildad, tenía aversión a ir a la amiga; y, aunque no protestaba y me dejaba conducir, la *Abuelita* conoció el sacrificio y decidió suspender mi *educación*. Protestó el esposo; volvió a apelar a la autoridad de la Santa Iglesia; pero, como la *Abuelita* era de carácter más enérgico, dijo que no, y quedé libre y otra vez feliz.

XXV

La vendimia.

No sólo iba al campo cuando solía ir la familia, sino también todos los sábados en que el capataz pagaba los jornales, llevándome él montado en el borrico pío y delante yo, sujeto entre sus brazos. No hay que decir que Orihuela (tal era su nombre), antiguo y honrado sirviente, me cobró mucho cariño, y que yo le correspondía.

Por la vendimia, la temporada era más larga. Todos permanecíamos en el campo, excepto D. Ramón y *El Caballero*: el uno quedaba atendiendo a la casa y el otro a su bufete, si bien el último iba los sábados por la tarde para regresar el domingo por la noche.

La casa de la viña no podía ser más pequeña. En una sola estancia hallábanse el lagar y la bodega de los mostos, y las tinetas y los demás utensilios de labor; sin embargo, en los pequeños claros y en una pequeña cuadra, aseada y habilitada para el efecto, dormíamos perfectamente. ¡Qué feliz se puede ser con poco!

No sé, pero hay operaciones tristes y operaciones esencial-

mente alegres. Quizá ninguna tanto como la vendimia. Es bello el ver salir una cuadrilla de hombres, uno tras otro, por la estrecha vereda, con la tineta vacía en la cabeza; verlos llegar al tajo, repartiéndose e inclinándose cada uno hacia su cepa, separar las anchas hojas y descubrir los nutridos racimos que penden como tetas henchidas de dulce zumo; llenar las tinettas hasta el colmo, volver con ellas otra vez en fila, guardando firme equilibrio en la cabeza del vendimiador, para vaciarlas sobre el redor de esparto, colocado en el almijar para el oreo. Luego, aboca la noche. Los redores se vierten en el lagar. Dos robustos trabajadores, casi desnudos, hacen muestra de sus varoniles y vellosos miembros; sus herrados zapatones chascan estrujando las uvas, y corre el sudor por sus nobles cuerpos en tanto corre por el caño el mosto bullidor. Retíranse fatigados, sustituyéndolos dos parejas que amontonan la estruja a la machina, sujetándola por larga cinta de estera, montan la ruda tuerca sobre el husillo, atraviesan las dos largas palancas y comienzan a tirar al compás de hondos jipidos. Fuerza, trabajo, fruto recogido, madre naturaleza, industria humana: ¡oh, cuadro encantador! ¿Cómo he de olvidarte?

Concluída la faena, los pisadores y estrujadores van a la gañanía, desarrollan su lecho de anea y se acuestan, roncando apenas echados; mientras que los restantes viñadores, sentados sobre un cantero tendido o sobre un taburete de pitaco, cuentan historias, o recitan o leen un romance, a la luz indecisa del humoso candil.

¿Qué aprendí en mi segunda amiga? ¿Qué en la vendimia?

En la amiga, a aburrirme y hacérseme odiosa la escuela, el *Jesús María* y echar la madejita.

En la vendimia, a placermé la dulce sobriedad, a despreciar el lujo impertinente, a amar el trabajo, a simpatizar con el trabajador, a conocer una industria agrícola de la que penden el presente y el porvenir de mi querida tierra. Y luego, cierta cosa misteriosa, un no sé qué literario: o los romances son España, o yo me sentía un pedazo de romance.

XXVI

«¡Vaya un niño delicado!»

Me daba muy bien cuenta de mi situación. Oía decir: «¡Pepe es muy loco!» Ese Pepe era mi padre. Por otra parte, eso era lo mejor y más cariñoso que se podía entonces decir de un exaltado; o, lo que es lo mismo, de un liberal dispuesto siempre a sacrificar su reposo, su fortuna, su vida y su familia por el triunfo de la suspirada Libertad, y sin cuyos heroicos esfuerzos estaríamos todavía en aquella odiosa situación de los Felipes y Fernandos.

Que no debía abusar, que necesitaba hacerme grato, lo tenía muy sabido y procuraba atemperar a ello mi conducta.

Lo primero era la *Abuela*, ya porque sentía su amor como más vehemente, ya porque conocí que era el verdadero jefe de la casa. Mi afecto seguía después para Joaquín: era el menos en la familia, pero, después de su madre, es el que me demostraba más ternura. Venían luego *El Caballero*, el Sr. D. Ramón, y su hija, la última.

Al levantarme, recibir las caricias de la *Abuelita* y corresponderlas, iba de habitación en habitación de cada uno, dándoles los buenos días y haciéndoles una visita: primero a ver al *Caballero*; en seguida, a la hermana y a Joaquín; por último, a D. Ramón, cuando volvía de misa, por levantarse con el alba, oír las cinco o seis primeras diariamente en los frailes de Santo Domingo, y no volver a casa hasta las diez de la mañana.

Un día, al entrar en el cuarto de Joaquín, éste debió de estar de mal humor (aunque bueno y cariñosísimo conmigo, era desigual); el caso fue que, en vez de recibirme con agrado, me dijo: «¿A qué vienes aquí? ¡Vete!» Añadiendo a la palabra la acción de empujarme.

Lo de los pavos no fue nada, para el *impato* que aquello

me produjo. Salíme al corredor, y en el ángulo de sus paredes ceñí mi cuerpo como si quisiera que la tierra me tragase. No lloré; aunque dolor, arretrato, enojo, sentimiento, pena, y todo unido, parecía conjurarse y recorrer desde los dedos al corazón y desde la cabeza a las entrañas.

Pensé y decidí irme de allí, huir de la casa, marcharme en busca de mis padres. Pero, no sabía dónde estaba Morón, ni por dónde se iba; en la lucha, no pudiendo vencer, quedé abatido bajo el peso de mi dolor, no resignado como al tragar el alfiler; y es que hay penas que siente la criatura más vivas y profundas que el presentir la muerte.

Pasada una hora larga, salí de mi rincón; aunque procuraba reprimirme y recatarme, Concha salió al paso, y al verme así, me preguntó: «¿Qué tienes?» Sin poderme contener, salió un puchero, y dije: «¡Que Joaquín me ha echado!» A lo que contestó: «¡Vaya un niño delicado!» Con lo cual volví a caer en lo profundo.

No sé cuánto duraría el estado agudo, porque de estas cosas, como de otras muchas, se sabe dónde empiezan, pero no dónde acaban. Lo que puedo decir es que la *impatia* me quedó crónica hasta hace poco, en que ya a la vejez, convencido de que nada valgo y que es necio el amor propio, he logrado poner a raya el dolor de sus heridas; y aun a veces me complacen, porque la experiencia me ha enseñado que las alabanzas de la amistad, o sirven poco o perjudican, mientras que las ofensas, si son injustas, no deben mellar el ánimo de los fuertes, y si justas, han de aceptarse con resignación como suprema enseñanza para corregirnos.

No obstante la *impatibilidad* á que quedé sujeto, seguí amando á Joaquín, sin conservarle rencor, ni disminuir en nada mi afecto hacia él. Pero, eso sí, me quedó cierto rescoldo perseverante, que me llevó al propósito de ser algún día superior a él.

FEDERICO RUBIO

(Continuad.)

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA

EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

II

Acaso las reflexiones que vengo haciendo puedan parecer a alguien de un cierto carácter morboso. ¿Morboso? ¿Pero qué es eso de la enfermedad? ¿qué es la salud?

Y acaso la enfermedad misma sea la condición esencial de lo que llamamos progreso, y el progreso mismo una enfermedad.

¿Quién no conoce la mítica tragedia del Paraíso? Vivían en él nuestros primeros padres en estado de perfecta salud y de perfecta inocencia, y Jahwé les permitía comer del árbol de la vida, y había creado todo para ellos; pero les prohibió probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Pero ellos, tentados por la serpiente, modelo de prudencia para el Cristo, probaron de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y quedaron sujetos a las enfermedades todas y a la que es corona y acabamiento de ellas: la muerte, y al trabajo y al progreso. Porque el progreso arranca, según esta leyenda, del pecado original. Y así fué cómo la curiosidad de la mujer, de Eva, de la más presa a las necesidades orgánicas y de conservación, fué la que trajo la caída, y con la caída la

redención, la que nos puso en el camino de Dios, de llegar a Él, y ser en Él.

¿Queréis otra versión de nuestro origen? Sea. Según ella, no es en rigor el hombre sino una especie de gorila, orangután, chimpancé o cosa así, hidrocefalo o algo parecido. Un mono antropoide tuvo una vez un hijo enfermo, desde el punto de vista estrictamente animal o zoológico, enfermo, verdaderamente enfermo, y esa enfermedad resultó, además de una flaqueza, una ventaja para la lucha por la persistencia. Acabó por ponerse derecho el único mamífero vertical: el hombre. La posición erecta le libertó las manos de tener que apoyarse en ellas para andar, y pudo oponer el pulgar a los otros cuatro dedos, y coger objetos y fabricarse utensilios, y son las manos, como es sabido, grandes fraguadoras de inteligencia. Y esa misma posición le puso pulmones, tráquea, laringe y boca en aptitud de poder articular lenguaje, y la palabra es inteligencia. Y esa posición también, haciendo que la cabeza pese verticalmente sobre el tronco, permitió un mayor peso y desarrollo de aquélla, en que el pensamiento se asienta. Pero necesitando para esto unos huesos de la pelvis más resistentes y recios que en las especies cuyo tronco y cabeza descansan sobre las cuatro extremidades, la mujer, la autora de la caída, según el Génesis, tuvo que dar salida en el parto a una cría de mayor cabeza por entre unos huesos más duros. Y Jahwé la condenó, por haber pecado, á parir con dolor sus hijos.

El gorila, el chimpancé, el orangután y sus congéneres deben de considerar como un pobre animal enfermo al hombre, que hasta almacena sus muertos. ¿Para qué?

Y esa enfermedad primera y las enfermedades todas que se le siguen, ¿no son acaso el capital elemento del progreso? La artritis, pongamos por caso, inficiona la sangre, introduce en ella cenizas, escurrajas de una imperfecta combustión orgánica; pero esta impureza misma, ¿no hace por ventura más excitante a esa sangre? ¿No provocará acaso esa sangre impura, y precisamente por serlo, a una más aguda cerebración? El

agua químicamente pura es impotable. Y la sangre fisiológicamente pura, ¿no es acaso también inapta para el cerebro del mamífero vertical que tiene que vivir del pensamiento?

La historia de la Medicina, por otra parte, nos enseña que no consiste tanto el progreso en expulsar de nosotros los gérmenes de las enfermedades, o más bien las enfermedades mismas, cuanto en acomodarlas á nuestro organismo, enriqueciéndolo tal vez, en macerarlas en nuestra sangre. ¿Qué otra cosa significan la vacunación y los sueros todos, qué otra cosa la inmunización por el trascurso del tiempo?

Si eso de la salud no fuera una categoría abstracta, algo que en rigor no se da, podríamos decir que un hombre perfectamente sano no sería ya un hombre, sino un animal irracional. Irracional por falta de enfermedad alguna que encendiera su razón. Y es una verdadera enfermedad, y trágica, la que nos da el apetito de conocer por gusto del conocimiento mismo, por el deleite de probar de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal.

Παντες ανθρωποι του ειδεναι ορεγονται φυσαι, «todos los hombres se empeñan por naturaleza en conocer». Así empieza Aristóteles su *Metafísica*, y desde entonces se ha repetido miles de veces que la curiosidad o deseo de saber, lo que, según el Génesis, llevó á nuestra primera madre al pecado, es el origen de la ciencia.

Mas es menester distinguir aquí entre el deseo o apetito de conocer, aparentemente y a primera vista, por amor al conocimiento mismo, entre el ansia de probar del fruto del árbol de la ciencia, y la necesidad de conocer para vivir. Esto último, que nos da el conocimiento directo e inmediato, y que en cierto sentido, si no pareciese paradójico, podría llamarse conocimiento inconciente, es común al hombre con los animales, mientras lo que nos distingue de éstos es el conocimiento reflexivo, el conocer del conocer mismo.

Mucho han disputado y mucho seguirán todavía disputando los hombres, ya que a sus disputas fué entregado el mun-

do, sobre el origen del conocimiento; mas dejando ahora para más adelante lo que de ello sea en las hondas entrañas de la existencia, es lo averiguado y cierto que en el orden aparente de las cosas, en la vida de los seres dotados de algún conocer o percibir, más o menos brumoso, o que por sus actos parecen estar dotados de él, el conocimiento se nos muestra ligado a la necesidad de vivir y de procurarse sustento para lograrlo. Es una secuela de que aquella esencia misma del sér, que, según Spinoza, consiste en el conato por perseverar indefinidamente en su sér mismo. Con términos en que la concreción raya acaso en grosería, cabe decir que el cerebro, en cuanto a su función, depende del estómago. En los seres que figuran en lo más bajo de la escala de los vivientes, los actos que presentan caracteres de voluntariedad, los que parecen ligados a una conciencia más o menos clara, son actos que se enderezan a procurarse subsistencia al sér que los ejecuta.

Tal es el origen que podemos llamar histórico del conocimiento, sea cual fuere su origen en otro respecto. Los seres que parecen dotados de percepción, perciben para poder vivir, y sólo en cuanto para vivir lo necesitan, perciben. Pero tal vez, atesorados estos conocimientos, que empezaron siendo útiles y dejaron de serlo, han llegado a constituir un caudal que sobrepuja con mucho al necesario para la vida.

Hay, pues, primero, la necesidad de conocer para vivir, y de ella se desarrolla ese otro que podríamos llamar conocimiento de lujo o de exceso, que puede a su vez llegar a constituir una nueva necesidad. La curiosidad, el llamado deseo innato de conocer, sólo se despierta, y obra luego que está satisfecha la necesidad de conocer para vivir; y aunque alguna vez no sucediese así en las condiciones actuales de nuestro linaje sino que la curiosidad se sobreponga a la necesidad y la ciencia al hambre, el hecho primordial es que la curiosidad brotó de la necesidad de conocer para vivir, y este es el peso muerto y la grosera materia que en su seno la ciencia lleva; y es que aspirando a ser un conocer por conocer, un conocer la verdad por

la verdad misma, las necesidades de la vida fuerzan y tuercen a la ciencia a que se ponga al servicio de ellas, y los hombres mientras creen que buscan la verdad por ella misma, buscan de hecho la vida en la verdad. Las variaciones de la ciencia dependen de las variaciones de las necesidades humanas, y los hombres de ciencia suelen trabajar, queriéndolo o sin quererlo, a sabiendas o no, al servicio de los poderosos o al del pueblo que les pide confirmación de sus anhelos.

¿Pero es esto realmente un peso muerto y una grosera materia de la ciencia, o no es más bien la íntima fuente de su redención? El hecho es que es ello así, y torpeza grande pretender rebelarse contra la condición misma de la vida.

El conocimiento está al servicio de la necesidad de vivir, y primariamente al servicio del instinto de conservación personal. Y esta necesidad y este instinto han creado en el hombre los órganos del conocimiento, dándoles el alcance que tienen. El hombre ve, oye, toca, gusta y huele lo que necesita ver, oír, tocar, gustar y oler para conservar su vida; la merma o la pérdida de uno cualquiera de esos sentidos aumenta los riesgos de que su vida está rodeada, y si no los aumenta tanto en el estado de sociedad en que vivimos, es porque los unos ven, oyen, tocan, gustan o huelen por los otros. Un ciego solo, sin lazarillo, no podría vivir mucho tiempo. La sociedad es otro sentido, el verdadero sentido común.

El hombre, pues, en su estado de individuo aislado, no ve, ni oye, ni toca, ni gusta, ni huele más que lo que necesita para vivir y conservarse. Si no percibe colores ni por debajo del rojo ni por encima del violeta, es acaso porque le bastan los otros para poder conservarse. Y los sentidos mismos son aparatos de simplificación, que eliminan de la realidad objetiva todo aquello que nos es necesario conocer para poder usar de los objetos a fin de conservar la vida. En la completa oscuridad, el animal que no perece, acaba por volverse ciego. Los parásitos, que en las entrañas de otros animales viven de los jugos nutritivos por estos otros preparados ya, como no nece-

sitan ni ver ni oír, ni ven ni oyen, sino que, convertidos en una especie de saco, permanecen adheridos al sér de quien viven. Para estos parásitos no deben de existir ni el mundo visual ni el mundo sonoro. Basta que vean y oigan aquellos que en sus entrañas los mantienen.

Está, pues, el conocimiento primariamente al servicio del instinto de conservación, que es más bien, como con Spinoza dijimos, su esencia misma. Y así cabe decir que es el instinto de conservación el que nos hace la realidad y la verdad del mundo perceptible, pues del campo insondable e ilimitado de lo posible es ese instinto el que nos saca y separa lo para nosotros existente. Existe, en efecto, para nosotros todo lo que, de una o de otra manera, necesitamos conocer para existir nosotros; la existencia objetiva es, en nuestro conocer, una dependencia de nuestra propia existencia personal. Y nadie puede negar que no pueden existir y acaso existan aspectos de la realidad desconocidos, hoy al menos, de nosotros, y acaso inconocibles, porque en nada nos son necesarios para conservar nuestra propia existencia actual.

Pero el hombre, ni vive solo ni es individuo aislado, sino que es miembro de sociedad, encerrando no poca verdad aquel dicho de que el individuo, como el átomo, es una abstracción. Sí, el átomo fuera del universo es tan abstracción como el universo aparte de los átomos. Y si el individuo se mantiene por el instinto de conservación, la sociedad debe su sér y su mantenimiento al instinto de perpetuación de aquél. Y de este instinto, mejor dicho, de la sociedad, brota la razón.

La razón, lo que llamamos tal, el conocimiento reflejo y reflexivo, el que distingue al hombre, es un producto social.

Debe su origen acaso al lenguaje. Pensamos articulada, o sea reflexivamente, gracias al lenguaje articulado, y este lenguaje brotó de la necesidad de transmitir nuestro pensamiento a nuestros prójimos. Pensar es hablar consigo mismo, y hablamos cada uno consigo mismo gracias a haber tenido que hablar los unos con los otros; y en la vida ordinaria acontece con fre-

cuencia que llega uno a encontrar una idea que buscaba, llega a darla forma, es decir, a obtenerla, sacándola de la nebulosa de percepciones oscuras a que representa, gracias a los esfuerzos que hace para presentarla á los demás. El pensamiento es lenguaje interior, y el lenguaje interior brota del exterior. De donde resulta que la razón es social y común. Hecho preñado de consecuencias, como hemos de ver.

Y si hay una realidad que es en cuanto conocida obra del instinto de conservación personal y de los sentidos al servicio de éste, no habrá de haber otra realidad, no menos real que aquélla, obra, en cuanto conocida, del instinto de perpetuación, el de la especie, y al servicio de él? El instinto de conservación, el hambre, es el fundamento del individuo humano; el instinto de perpetuación, el amor, en su forma más rudimentaria y fisiológica, es el fundamento de la sociedad humana. Y así como el hombre conoce lo que necesita conocer para que se conserve, así la sociedad o el hombre, en cuanto sér social, conoce lo que necesita conocer para perpetuarse en sociedad.

Hay un mundo, el mundo sensible, que es hijo del hambre; y hay otro mundo, el ideal, que es hijo del amor. Y así como hay sentidos al servicio del conocimiento del mundo sensible, los hay también, hoy en su mayor parte dormidos, porque apenas si la conciencia social alborea al servicio del conocimiento del mundo ideal. Y ¿por qué hemos de negar realidad objetiva a las creaciones del amor, del instinto de perpetuación, ya que se lo concedemos a las del hambre o instinto de conservación? Porque si se dice que estas otras creaciones no lo son más que de nuestra fantasía, sin valor objetivo, ¿no puede decirse igualmente de aquellas que no son sino creaciones de nuestros sentidos? ¿Quién nos dice que no haya un mundo invisible e intangible, percibido por el sentido íntimo que vive al servicio del instinto de perpetuación?

La sociedad humana, como tal sociedad, tiene sentidos de que el individuo, a no ser por ella, carecería, lo mismo que este individuo, el hombre, que es a su vez una especie de sociedad,

tiene sentidos de que carecen las células que le componen. Las células ciegas del oído, en su oscura conciencia, deben de ignorar la existencia del mundo visible, y si de él les hablasen, lo estimarían acaso creación arbitraria de las células sordas de la vista, las cuales, a su vez, habrán de estimar ilusión el mundo sonoro que aquéllas crean.

Mentábamos antes a los parásitos que, viviendo en las entrañas de los animales superiores de los jugos nutritivos que éstos preparan, no necesitan ver ni oír, y no existe, por lo tanto, para ellos mundo visible ni sonoro. Y si tuviesen cierta conciencia, y se hicieran cargo de que aquel a cuyas expensas viven cree en otro mundo, juzgaríanlo acaso desvaríos de la imaginación. Y así hay parásitos sociales, como hace muy bien notar Mr. Balfour (1), que, recibiendo de la sociedad en que viven los móviles de su conducta moral, niegan que la creencia en Dios y en otra vida sean necesarias para fundamentar una buena conducta y una vida soportables, porque la sociedad les ha preparado ya los jugos espirituales de que viven. Un individuo suelto puede soportar la vida y vivirla buena, y hasta heroica, sin creer en manera alguna ni en la inmortalidad del alma ni en Dios, pero es que vive vida de parásito espiritual. Lo que llamamos sentimiento del honor es, aun en los no cristianos, un producto cristiano. Y aun digo más, y es: que si se da en un hombre la fe en Dios unida a una vida de pureza y elevación moral, no es tanto que el creer en Dios le haga bueno, cuanto que el ser bueno, gracias a Dios, le hace creer en Él. La bondad es la mejor fuente de clarividencia espiritual.

No se me oculta tampoco que podrá decirseme que todo esto de que el hombre crea el mundo sensible, y el amor el ideal, todo lo de las células ciegas del oído y las sordas de la vista, lo de los parásitos espirituales, etc., son metáforas. Así es, y no pretendo otra cosa sino discurrir por metáforas. Y es que ese

(1) The Foundations of Belief, being notes introductory to the study of theology by the Right Hon. Arthur James Balfour.

sentido social, hijo del amor, padre del lenguaje y de la razón y del mundo ideal que de él surge, no es, en el fondo, otra cosa que lo que llamamos fantasía o imaginación. De la fantasía brota la razón. Y si se toma a aquélla como a una facultad que fragua caprichosamente imágenes, preguntaré qué es el capricho, y en todo caso, también los sentidos y la razón yerran.

Y hemos de ver que es esa facultad íntima social, la imaginación que lo personaliza todo, la que, puesta al servicio del instinto de perpetuación, nos revela la inmortalidad del alma y a Dios, siendo así Dios un producto social.

Pero esto para más adelante.

Y ahora bien; ¿para qué se filosofa?, es decir, ¿para qué se investiga los primeros principios y los fines últimos de las cosas? ¿Para qué se busca la verdad desinteresada? Porque aquello de que todos los hombres tienden por naturaleza á conocer, está bien; pero, ¿para qué?

Buscan los filósofos un punto de partida teórico o ideal a su trabajo humano, el de filosofar; pero suelen descuidar buscarle el punto de partida práctico y real, el propósito. ¿Cuál es el propósito al hacer filosofía, al pensarla y exponerla luego a los semejantes? ¿Qué busca en ello y con ello el filósofo? ¿La verdad por la verdad misma? ¿La verdad para sujetar a ella nuestra conducta y determinar conforme a ella nuestra actitud espiritual para con la vida y el universo?

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filosofa el hombre.

Y no quiero emplear aquí el yo, diciendo que al filosofar filósofo yo y no el hombre, para que no se confunda este yo concreto, circunscrito, de carne y hueso, que sufre de mal de muelas y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal, para que no se le confun-

da con ese otro yo de matute, el Yo con letra mayúscula, el Yo teórico que introdujo en la filosofía Fichte, ni aun con el Único, también teórico, de Max Stirner. Es mejor decir nosotros. Pero nosotros los circunscritos en espacios.

¡Saber por saber! ¡La verdad por la verdad! Eso es inhumano. Y si decimos que la filosofía teórica se endereza a la práctica, la verdad al bien, la ciencia a la moral, diré: y el bien ¿para qué? ¿Es acaso un fin en sí? Bueno no es sino lo que contribuye a la conservación, perpetuación y enriquecimiento de la conciencia. El bien se endereza al hombre, al mantenimiento y perfección de la sociedad humana, que se compone de hombres. Y esto, ¿para qué? «Obra de modo que tu acción pueda servir de norma a todos los hombres», nos dice Kant. Bien, ¿y para qué? Hay que buscar un para qué.

En el punto de partida, en el verdadero punto de partida, el práctico, no el teórico, de toda filosofía, hay un para qué. El filósofo filosofa para algo más que para filosofar. *Primum vivere, deinde philosophari*, dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo, antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego. Buen ejemplo de esto último, aquel terrible ironista ateniense que fué Sócrates, y de quien nos cuenta Jenofonte, en sus «Memorias», que de tal modo le expuso a Teodota la cortesana las artes de que debía valerse para atraer a su casa amantes, que le pidió ella al filósofo que fuese su compañero de caza, *συνθηρατής*, su alcahuete, en una palabra. Y es que, de hecho, en arte de alcahuetería, aunque sea espiritual, suele no pocas veces convertirse la filosofía. Y otras en opio para adormecer pesares.

Tomo al azar un libro de metafísica, el que encuentro más a mano, *Time and Space, a metaphysical essay*, de Shadworth H. Hodgson; lo abro, y en el párrafo quinto del primer capítulo de su parte primera, leo: «La metafísica no es, propia-

mente hablando, una ciencia, sino una filosofía; esto es, es una ciencia cuyo fin está en sí misma, en la gratificación y educación de los espíritus que la cultivan, no en propósito alguno externo, tal como el de fundar un arte conducente al bienestar de la vida.» Examinemos esto. Y veremos primero que la metafísica no es, hablando con propiedad—*properly speaking*,—una ciencia, «esto es», *that is*, que es una ciencia cuyo fin, etcétera. Y esta ciencia, que no es propiamente una ciencia, tiene su fin en sí, en la gratificación y educación de los espíritus que la cultivan. ¿En qué, pues, quedamos? ¿Tiene su fin en sí, o es su fin gratificar y educar a los espíritus que la cultivan? ¡O lo uno o lo otro! Luego añade Hodgson que el fin de la metafísica no es propósito alguno externo, como el de fundar un arte conducente al bienestar de la vida. ¿Pero es que la gratificación del espíritu de aquel que cultiva la filosofía, no es parte del bienestar de su vida? Fíjese el lector en ese pasaje del metafísico inglés, y dígame si no es un tejido de contradicciones.

Lo cual es inevitable, cuando se trate de fijar *humanamente* eso de una ciencia, de un conocer, cuyo fin esté en sí mismo, eso de un conocer por el conocer mismo, de un alcanzar la verdad por la misma verdad. La ciencia no existe sino en la conciencia personal, y gracias a ella; la astronomía, las matemáticas, no tienen otra realidad que la que como conocimiento tienen en las mentes de los que las aprenden y cultivan. Y si un día ha de acabarse toda conciencia personal sobre la tierra; si un día ha de volver a la nada, es decir, a la absoluta inconciencia de que brotara el espíritu humano, y no ha de haber espíritu que se aproveche de toda nuestra ciencia acumulada, ¿para qué ésta? Porque no se debe perder de vista que el problema de la inmortalidad personal del alma implica el porvenir de la especie humana toda.

Esa serie de contradicciones en que el inglés cae, al querer explicarnos lo de una ciencia cuyo fin está en sí misma, es fácilmente comprensible tratándose de un inglés que ante todo es hombre. Tal vez un especialista alemán, un filósofo que

haya hecho de la filosofía su especialidad, y en ésta haya enterrado, matándola antes, su humanidad, explicara mejor eso de la ciencia, cuyo fin está en sí mismo, y lo del conocer por conocer.

Tomad al hombre Spinoza, a aquel judío portugués desterrado en Holanda; leed su *Ética*, como lo que es, como un desesperado poema elegíaco, y decidme si no se oye allí, por debajo de las escuetas, y al parecer serenas, proposiciones expuestas *more geométrico*, el eco lúgubre de los salmos proféticos. Aquella no es la filosofía de la resignación, sino la de la desesperación. Y cuando escribía lo de que el hombre libre en todo piensa menos en la muerte, y es su sabiduría meditación no de la muerte, sino de la vida misma—*homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat et eius sapientiam non mortis, sed vitae meditatio est. Ethices pars. IV, prop. LXVII*—cuando escribía, sentíase, como nos sentimos todos, esclavos, y pensaba en la muerte, y para libertarse, aunque en vano, de este pensamiento, lo escribía. Ni al escribir la proposición XLII de la parte V de que «la felicidad no es premio de la virtud, sino la virtud misma», sentía, de seguro, lo que escribía. Pues para eso suelen filosofar los hombres, para convencerse a sí mismos, sin lograrlo. Y este querer convencerse, es decir, este querer violentar la propia Naturaleza humana, suele ser el verdadero punto de partida íntimo de no pocas filosofías.

¿De dónde vengo yo y de dónde viene el mundo en que vivo y del cuál vivo? ¿Adónde voy y adónde va cuanto me rodea? ¿Qué significa esto? Tales son las preguntas del hombre, así que se liberta de la embrutecedora necesidad de tener que sustentarse materialmente. Y si miramos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto el deseo de conocer un porqué como el de conocer el para qué; no de la causa, sino de la finalidad. Conocida es la definición que de la filosofía daba Cicerón llamándola «ciencia de lo divino y de lo humano, y de las causas en que ellos se contienen», *rerum divinarum et humanarum, causarumque, quibus hae res continentur*; pero en realidad,

esas causas son, para nosotros, fines. Y la Causa Suprema, Dios, ¿qué es sino el Supremo Fin? Sólo nos interesa el porqué en vista del para qué; sólo queremos saber de dónde venimos, para mejor poder averiguar adónde vamos.

Esa definición ciceroniana, que es la estoica, se halla también en aquel formidable intelectualista que fué Clemente de Alejandría, por la Iglesia Católica canonizado, el cual la expone en el cap. V del primero de sus *Stromata*. Pero este mismo filósofo cristiano—¿cristiano?—en el cap. XXII de su cuarto *stroma*, nos dice que debe bastarle al gnóstico, es decir, al intelectual, el conocimiento, la gnosis, y añade: «y me atrevería a decir que no por querer salvarse escojerá el conocimiento el que lo siga por la divina ciencia misma; el conocer tiende, mediante el ejercicio, al siempre conocer; pero el conocer siempre, hecho esencia del conociente por continua mezcla y hecho contemplación eterna queda sustancia viva; y si alguien por su posición propusiese al intelectual qué prefería, o el conocimiento de Dios o la salvación eterna, y se pudieran dar estas cosas separadas, siendo, como son, más bien una sola, sin vacilar escogería el conocimiento de Dios». Que Él, que Dios mismo, a quien anhelamos gozar y poseer eternamente, nos libre de este gnosticismo o intelectualismo clementino!

¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde voy, de dónde viene y adónde va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero, ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido. Y hay tres soluciones: a) o sé que me muero del todo, y entonces la desesperación irremediable, o b) sé que no muero del todo, y entonces la resignación, o c) no puedo saber ni una ni otra cosa, y entonces la resignación en la desesperación o ésta en aquélla, una resignación desesperada, o una desesperación resignada, y la lucha.

«Lo mejor es—dirá algún lector—dejarse de lo que no se puede conocer.» ¿Es ello posible? En su hermosísimo poema «El

sabio antiguo» (*The ancient sage*) decía Tennyson: «No puedes probar lo inefable (*The Nameless*), oh hijo mío, ni puedes probar el mundo en que te mueves; no puedes probar que eres cuerpo sólo, ni puedes probar que eres sólo espíritu, ni que eres ambos en uno; no puedes probar que eres inmortal, ni tampoco que eres mortal; sí, hijo mío, no puedes probar que yo, que contigo hablo, no eres tú que hablas contigo mismo, porque nada digno de probarse puede ser probado ni des-probado, por lo cual sé prudente, agárrate siempre á la parte más soleada de la duda y trepa á la Fe allende las formas de la Fe!» Sí, acaso, como dice el sabio, nada digno de probarse puede ser probado ni des-probado

*for nothing worthy proving can be proven,
nor yet disproven;*

pero podemos contener a ese instinto que lleva al hombre a querer conocer y sobre todo a querer conocer aquello que a vivir, y a vivir siempre, conduzca? A vivir siempre, no a conocer siempre como el gnóstico alejandrino. Porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es anti-racional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti-vital. Y esta es la base del sentimiento trágico de la vida.

Lo malo del discurso del método de Descartes no es la duda previa metódica; no es que empezara queriendo dudar de todo, lo cual no es más que un mero artificio; es que quiso empezar prescindiendo de sí mismo, de Descartes, del hombre real, de carne y hueso, del que no quiere morirse, para ser un mero pensador, esto es, una abstracción. Pero el hombre real volvió y se le metió en la filosofía.

«*Le bon sens est la chose du monde la mieux partagée.*» Así comienza el «Discurso del Método», y ese buen sentido le salvó. Y sigue hablando de sí mismo, del hombre Descartes, diciéndonos, entre otras cosas, que estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía; que se complacía sobre

todo en las matemáticas, a causa de la certeza y evidencia de sus razones, y que veneraba nuestra teología, y pretendía, tanto como cualquier otro, ganar el cielo, *et prétendais autant qu'aucun autre à gagner le ciel*. Y esta pretensión, por lo demás creo que muy laudable, y sobre todo muy natural, fué la que le impidió sacar todas las consecuencias de la duda metódica. El hombre Descartes pretendía, tanto como otro cualquiera, ganar el cielo; «pero habiendo sabido, como cosa muy segura, que no está su camino menos abierto a los más ignorantes que a los más doctos, y que las verdades reveladas que a él llevan están por encima de nuestra inteligencia, no me hubiera atrevido a someterlas a la flaqueza de mis razonamientos, y pensé que para emprender el examinarlos y lograrlo era menester tener alguna extraordinaria asistencia del cielo y ser más que hombre.» Y aquí está el hombre. Aquí está el hombre que no se sentía, á Dios gracias, en condición que le obligase á hacer de la ciencia un oficio—*métier*—para alivio de su fortuna, y que no se hacía una profesión de despreciar, en cínico, la gloria. Y luego nos cuenta cómo tuvo que detenerse en Alemania, y encerrado en una estufa, *poêle*, empezó á filosofar su método. En Alemania, ¡pero encerrado en una estufa! Y así es, un discurso de estufa, y de estufa alemana, aunque el filósofo en ella encerrado, un francés que se proponía ganar el cielo.

Y llega al *cogito ergo sum*, que ya San Agustín preludia; pero el *ego* implícito en este entimema, *ego cogito, ergo ego sum*, es un *ego*, un yo irreal o sea ideal, y su *sum*, su existencia, algo irreal también. «Pienso, luego soy», no puede querer decir sino «pienso, luego soy pensante»; ese sér del soy, que se deriva de pienso no es más que un conocer; ese sér es conocimiento, mas no vida. Y lo primitivo no es que pienso, sino que vivo, porque también viven los que no piensan. Aunque ese vivir no sea un vivir verdadero. ¡Qué de contradicciones, Dios mío, cuando queremos casar la vida y la razón!

La verdad es *sum, ergo cogito*, soy, luego pienso, aunque

no todo lo que es, piense. La conciencia de pensar, ¿no será ante todo conciencia de ser? ¿Será posible acaso un pensamiento puro, sin conciencia de sí, sin personalidad? ¿Cabe acaso conocimiento puro, sin sentimiento, sin esta especie de materialidad que el sentimiento le presta? ¿No se siente acaso el pensamiento, y se siente uno á sí mismo á la vez que se conoce y se quiere? ¿No pudo decir el hombre de la estufa: «siento, luego soy»?; o «quiero, luego soy»? Y sentirse, ¿no es acaso sentirse imperecedero? Quererse, ¿no es quererse eterno, es decir, no querer morir? Lo que el triste judío de Amsterdam llamaba la esencia de la cosa, el conato que pone en perseverar indefinidamente en su sér, el amor propio, el ansia de inmortalidad, ¿no será acaso la condición primera y fundamental de todo conocimiento reflexivo ó humano? Y no será por lo tanto la verdadera base, el verdadero punto de partida de toda filosofía, aunque los filósofos, pervertidos por el intelectualismo, no lo reconozcan?

Y fué además el *cogito* el que introdujo una distinción que, aunque fecunda en verdades, lo ha sido también en confusiones, y es la distinción entre objeto, *cogito*, y sugeto, *sum*. Apenas hay distinción que no sirva también para confundir. Pero a esto volveremos.

Quedémonos ahora en esta vehemente sospecha de que el ansia de no morir, el hambre de inmortalidad personal, el conato con que tendemos a persistir indefinidamente en nuestro sér propio y que es, según el trágico judío, nuestra misma esencia, eso es la base afectiva de todo conocer y el íntimo punto de partida personal de toda filosofía humana, fraguada por un hombre y para hombres. Y veremos cómo la solución á ese íntimo problema afectivo, solución que puede ser la renuncia desesperada de solucionarlo, es la que tiñe todo el resto de la filosofía. Hasta debajo del llamado problema del conocimiento no hay sino el afecto ese humano, como debajo de la inquisición del porqué de la causa no hay sino la rebusca del para qué, de la finalidad. Todo lo demás es o engañarse o querer enga-

ñar a los demás. Y querer engañar a los demás para engañarse a sí mismo.

Y ese punto de partida personal y afectivo de toda filosofía y de toda religión es el sentimiento trágico de la vida. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

ALFONSO X EL EMPLAZADO

NOTICIAS ACERCA DE UN MILAGRO

Si muy diferentes y contradictorios son los juicios que sobre el Rey Sabio se han emitido al considerarle como político y guerrero, habiendo quien pone en la cuenta de la poca fortuna los males y desastres que Castilla sufriera en su reinado, y no en la de la ineptitud del soberano, por punto general es recibida sin discrepancias la opinión que hace devotísimo y fervoroso creyente al décimo Alfonso castellano. Y en verdad que, aparte otros actos suyos que pudieran alegarse, bastarían las *Cantigas* para justificar con sobra tal fama.

Mas no ha corrido ésta, desde los tiempos en que vivió y reinó el hijo de San Fernando hasta los presentes, tan unánimemente inmaculada, que no se haya lanzado sobre ella acusación que la empañe y disminuya. «*Si yo estuviera con Dios cuando formó el mundo y todas las cosas que en él son, muchas menguas que se hicieron no se hubieran hecho*», dicen que dijo Alfonso X, juzgando la obra del Hacedor Supremo.

¿Qué fundamento tiene esta acusación? ¿Pronunció realmente Alfonso X tal frase? ¿Es solamente una imputación calumniosa? Menéndez Pelayo, en su *Historia de los Heterodoxos españoles* (1), califica de «cuentecillo absurdo» todo esto, y

(1) T. I, cap. VII, nota de la pág. 589.

añade que «cuanto sabemos de Alfonso X, príncipe piadosísimo, pugna con semejante desahogo temerario». Y el Sr. Amador de los Ríos, en su *Historia crítica de la Literatura española* (1), dice que «si esta invención puede correr todavía entre los extraños, no es lícito tolerarla por más tiempo entre nosotros».

Rotundamente adverso es, pues, el parecer de tan insignes maestros. Y si no yerran, como en principio ha de suponerse, ¿cuál es el origen de esta fábula? ¿Cómo se formó? ¿De dónde partió la invención, al decir de Amador; el *cuentecillo*, según la irónica frase de Menéndez Pelayo? ¿De qué manera llegó a correr con visos de veracidad? ¿Qué textos o pruebas hay en favor y en contra del hecho? ¿Qué historiadores lo acogen? He aquí una serie de cuestiones, algunas de las cuales van a servirnos de materia para este trabajo.

Tanto el Sr. Amador de los Ríos, como D. Marcelino Menéndez Pelayo, refiriéndose al Marqués de Mondéjar, señalan a Pedro IV de Aragón como autor de la imputación, que, llevado de su carácter envidioso, lanzó contra Alfonso X, forjando, al propio tiempo, el hecho que la justificaba.

En efecto, D. Gaspar Ibáñez de Segovia, en sus *Memorias históricas del Rey D. Alfonso el Sabio* (2), inserta al final lo que titula *Apéndice en que se desvanece la falsa calumnia con que intentó ofender el Rei D. Pedro IV de Aragón la fama de nuestro Príncipe* (3). Pero Mondéjar, no sólo no presenta pruebas de que así sea, limitándose a consignar que Zurita es el que lo dijo, sino que añade que él «no lo ha hallado en la *Crónica que escribió en lemosin*» (4). Y Zurita por su parte escribe: «Por esta causa escriben algunos autores, y entre ellos el rey don Pedro el quarto de Aragon, que fué tan insolente y arrogante

(1) T. III, cap. IX, pág. 448, nota 2.

(2) *Memorias históricas del Rei D. Alonso el Sabio*.—Madrid, 1777.

(3) Págs. 637 á 648.

(4) Pag. 638.

por la grande noticia que tuvo de las ciencias humanas, y por los secretos que supo de naturaleza, que llegó a dezir en menosprecio de la providencia y suma sabiduría del universal Criador, que si él fuera de su consejo al tiempo de la general creacion del mundo, y de lo que en él se encierra, y se hallara con él, se uvieran produzido y formado algunas cosas mejor que fueron hechas, y otras ni se hicieran, o se emendaran y corrigieran» (1). Esto es lo que inserta Mondéjar; pero el documentadísimo historiador aragonés añadió algo más que interesa grandemente á nuestro fin, y que luego veremos.

Muy poco concreta nos parece la forma de aludir usada por Zurita; pero sea como quiera, lo indudable es que hasta la segunda mitad del siglo xiv (Pedro IV reinó de 1336 á 1387), y corrida, pues, una centuria de la muerte del Rey Sabio, el hecho no consiguió los honores de ser recibido en las páginas de una obra histórica, pues como observa ya Mondéjar y repite el insigne autor de los *Heterodoxos*, ni la Crónica de Alfonso X, ni ninguno de los escritores contemporáneos de éste, hablan de ello.

Discurriendo Mondéjar sobre cuál sea el punto de arranque de lo que también él apellida *cuento*, escribe que «no parece dudable que se fraguaría en tiempo del mismo Rei D. Alfonso por alguno de tantos beneficiados suyos, que no sólo faltando a la obligación de agradecidos, sino á la natural de vasallos, siguieron la rebeldía del Infante D. Sancho, o para pretextuar su tyránica inobediencia, o para defender la injusta solevación propria con intento de desautorizar á D. Alonso con tan sacrílega calumnia, i hacer assi menos reparable su delito», y que conservada por el vulgo, tan dado a recibir como buenos los hechos que van «en desdoro y deshonor ageno», llegó «a noti-

(1) *Anales de la Corona de Aragon*, compuestos por Gerónimo de Zurita, Cronista de dicho Reyno.—Zaragoza, 1610, folio 274 v.º, cap. XLVII, lib. III, t. I.

cia del Rei D. Pedro IV de Aragon; cuyo piadoso genio la autorizó con su testimonio» (1).

Forjado así el hecho, pues a nuestro entender no anda descaminado el autor de las *Memorias históricas*, al creer que en aquella lucha de padre e hijo encontró su semilla la falsedad, hipótesis que se robustece recordando que, en opinión de Menéndez Pelayo, la conveniencia de cubrir su causa con el pabellón de la legalidad llevó a los partidarios del rebelde Sancho hasta forjar un Código, el «Espéculo», elaborado así el hecho, decimos, un escritor del siglo xv, Rodrigo Sánchez Arévalo, Obispo de Palencia, lo acogió en su obra *Historia Hispánica* (2), pero añadiéndole pormenores y rodeándolo de circunstancias tales, que lo convierten en una verdadera leyenda de carácter sobrenatural o milagroso.

En efecto; después de dar noticia de la frase atribuída a Alfonso X, hace un relato por demás interesante. A un caballero, llamado Pedro Martínez de Pampliega, ayo del Infante Don Manuel, se le apareció en sueños un ángel para decirle que «en el consistorio divino» se había fulminado terrible sentencia contra el desventurado monarca castellano, condenándole á morir desheredado y de cruel muerte por haber juzgado de aquella manera las obras divinas, «que son perfectísimas y criadas con suma sabiduría, peso, número y medida». Inútil fué que el dicho caballero se presentara en Burgos, donde se hallaba el Rey, al cual refirió la visión, exhortándole a que se retractase, pues el Soberano, «de quien estaba muy apoderada la vanidad, haciendo burla del caballero, le echó de sí, y volvió a repetir aquellas palabras sacrílegas», conducta en que reincidió, pasados no muchos días; pero hallándose ya en Segovia, con un ermitaño «de muy santa vida», que, favorecido

(1) Ob. y lugar citados, párrafo XI, pág. 648.

(2) *Historia Hispánica*. Roma, 1469.— Cap. V de la parte 4.^a, folio 83 vuelto. Puede verse esta obra en la Bib. Nac., Sección de incunables,

sign. $\frac{1}{2.081}$

por el cielo con análoga revelación, acudió también ante el contumaz blasfemo en demanda de que se arrepintiera. Menester fué que aquella noche se desencadenara furiosa tempestad, acompañada de «vientos y tantos truenos, rayos y relámpagos que parecía hundirse el cielo», y que en el cuarto del Rey cayera una centella que abrasó sus vestidos y los de la Reina, para que aquél, aterrorizado, enviase en busca del ermitaño, «a cuyos pies se postró el Rei luego que le vió, diciéndole: «Yo soi el que pequé», haciendo contrito humilde confesión. Y era de ver, al decir del Obispo, cómo «segun se dava grandes golpes de pecho con abundancia de lágrimas, se iba amansando la tempestad», «y assi no alzó los ojos del suelo hasta que cessó enteramente el furor de la tormenta; y mereció conseguir por la humildad, lo que por la vana presuncion de sí mismo havia desmerecido».

He ahí el sencillo hecho atribuído al décimo Alfonso de Castilla, elevado ya a la categoría de hecho político de gran trascendencia para la marcha toda de los destinos de Castilla, y del cual derivaron, además, tres señalados milagros de ejemplaridad enorme. La fábula, una vez comenzada a tejer su trama de caracteres sobrenaturales, no había de pararse.

Y así fué. No muchos años después (1), el eruditísimo Rodríguez de Almela, capellán de la Reina Católica, en su *Valerio de las Historias*, nos presenta de nuevo el suceso, relatóndolo en forma que no se aparta substancialmente de la que acabamos de ver. Tan sólo difiere en afirmar que Pedro Martínez fué primeramente a dar cuenta de la revelación al Infante D. Manuel, por cuyo consejo fué luego á Burgos en busca del Rey; en convertir al ermitaño en «frayle menor», y en suponer que como consecuencia del espanto que puso la tempestad en el ánimo del Rey, al «otro dia en público confesó

(1) En 1471 fué compuesta, y publicada por primera vez en Murcia en 1487, según dice Amador en la nota de la pág. 310 del tomo VII de su citada obra, rectificando al paso á la Real Academia, que atribuyó esta obra a Fernán Pérez de Guzmán.

aquél pecado de blasfemia y soberbia que dixo contra Dios. E tal miedo ovo... que por facer enmienda á Dios embio sus mensageros allende el mar con grande haver, por le traer el cuerpo de Santa Bárbara, y non pudieron auer» (1).

También es de notar que aparece más insistentemente la idea de la trascendencia de la falta del monarca, no en el orden puramente religioso, sino en el de la vida terrena de Alfonso X, y en el de su destino como supremo director de la vida del pueblo castellano. Y así vemos que Almela, después de hacer decir al ángel que «en el cielo era dada sentencia, que el Rey D. Alfonso muriese desheredado y oviese mal fin», y «que si se arrepintiese de lo que dixera y ficiesse penitencia, que luego la sentencia seria revocada y le faria Dios merced»; para más afirmar la conminación, pone en boca del fraile la siguiente seca amenaza: «Si no que no dubdasse que Dios no mostrasse sobre él su poder.»

Iba, pues, adquiriendo consistencia la fábula, que, al tener cabida en las páginas de historiador tan erudito y escrupuloso como Almela, parece recibir patente de limpieza.

Menos, mucha menos importancia tendría que Fr. Alonso de Espina, en su *Fortaleza de la fe*, diera franca entrada a la leyenda, pues no fué muy cuidadoso seleccionador de la materia histórica con que compuso su obra. Mas la forma completamente nueva que da a la narración del hecho, bastaría para que paráramos en ella un poco la atención, si no hubiera, además, una gran semejanza entre el relato de Espina y el que nosotros hemos hallado, y que luego hemos de reproducir. Esta es la razón que hace preciso que transcribamos íntegro el no muy extenso texto de la mencionada obra. Dice así: «También se lee en las Crónicas que este Rey D. Alfonso X dijo cierta blasfemia contra Dios; conviene a saber, que si

(1) Valerio de la Historia de la Sagrada Escritura, y de los hechos de España. Recopilado por el Arcipreste Diego Rodríguez de Almela, Capellán y Cronista de la Reyna Doña Isabella Católica. Nueva edición, etc. Madrid, MDCCXCIII.—Lib. IX, tit. V, cap. V, pág. 359.

hubiera estado con Dios cuando crió el mundo, no hubieran pasado adelante muchos defectos que allí se cometieron. Por cuyas palabras, estando un día rezando en su oratorio delante de una imagen de Nuestra Señora, se le apareció un ángel, que de parte de Dios le reveló la sentencia de muerte que había de suceder dentro de treinta días inclusive, como le aconteció; porque dentro del término señalado por el ángel pasó de esta vida y fué sepultado junto a su padre el Rey San Fernando en la Iglesia Mayor de Sevilla» (1).

Muchas son, como se ve, las diferencias que separan este relato de los anteriores. Según él, para nada intervinieron terceras personas. Fué el propio monarca quien tuvo la revelación. Y la ira divina dióse á conocer terriblemente. La amenaza de muerte no se hizo depender del arrepentimiento del blasfemo. Sin abrir paso a la indulgencia, el ángel anunció el fin del desventurado Rey, «que había de suceder dentro de treinta días inclusive». Acaso porque el tremendo fallo en su laconismo encerraba la más evidente prueba del poder divino, ningún signo exterior de éste hubo de seguir á las palabras del mensajero. Y así aparece en el relato de Espina, desprovisto el hecho de aquellas tempestades y rayos que tanto carácter dan á los que antes hemos expuesto.

El diligentísimo Zurita, después de lo que ya conocemos, escribe: «... en que parece manifiestamente que por tan grande blasfemia como esta permitió Nuestro Señor que se conociese quan perverso juicio y entendimiento fué el suyo (de Alfonso X) y fué desheredado de sus reynos y desamparado de todos los Príncipes Christianos y que faltase en la quarta generacion la línea de sus sucesores: y assi cuenta un Autor antiguo de las cosas de Portugal, que fué revelado a la Reyna doña Beatriz su madre, por una griega gran hechicera y por

(1) *Fortalicium fidei contra indeos sarracenos*, etc. En la Sec. de incunables de la Bib. Nac. hay dos ejemplares, signs. $\frac{I}{292}$ y $\frac{R}{14.709}$.

diversas visiones que avia de morir desheredado» (1). El sesudo cronista aragonés, sobrio en la exposición del hecho y parco extremadamente en sus detalles, agrega, sin embargo, dos notas y hace una referencia que merecen señalarse. La trascendencia del acto pecaminoso realizado por Alfonso X, va extendiendo su radio de alcance. Si antes dejó de ver un acto apuntado tan sólo en la partida de los débitos de la conciencia del monarca, para trocarse en delito cuya sanción llega hasta la esfera política, en las palabras de Zurita la responsabilidad aumenta, crece, se extiende a los descendientes de Alfonso X que faltarán «en la quarta generacion». Véase cómo la idea de la responsabilidad por un movimiento de repercusión se transmite nada menos que hasta la cuarta generación del responsable, viniendo así a dar amplia cabida a la herencia moral.

Es asimismo curioso en el texto de Zurita que éste diga que «fué revelado a la Reyna doña Beatriz su madre, por una griega, gran hechicera, y por diversas visiones», pues para nada aparece en los anteriores autores el nombre de la piadosa Princesa de Suabia, quien, y es extraño, recibió noticia de la condena de su hijo, no por un ángel, sino por una hechicera griega, lo cual da un marcadísimo sabor supersticioso a la leyenda. ¿Cómo aquella devotísima dama no fué avisada por mensajero divino? ¿Cómo, en cambio, prestó oídos a una embaucadora?

Y, por último, ¿qué historiador antiguo «de las cosas de Portugal» es ése á que alude Zurita?

Finalmente, un notable historiador, no tan conocido y estudiado como debiera serlo, Colmenares, en su *Historia de Segovia*, hace el relato siguiendo a Almela, y añade: «Muchas historias nuestras dexan de escribir este caso como otros mu-

(1) *Anales de la Corona de Aragon*, compuestos por Gerónimo de Zurita, Chronista de dicho Reyno.—Zaragoza, 1610.—Folio 274 vuelto, cap. XLVII, lib. III, t. I.

chos. Pero escritores advertidos le escribieron para confusión de sabios presumidos. Frai Alonso de Espina, en su *Fortalicio de la Fe*, aunque diferencia el modo: Vna Historia mui antigua, manuscrita en papel y letra de aquel tiempo, que tenemos en nuestra libreria, le refiere como dexamos escrito: Don Rodrigo Sanchez, Obispo de Palencia, en su *Historia Latina de España*: señalando que fué antes que partiesse a coronarse Emperador: El Autor del *Valerio de Historias Escolásticas*, Diego Rodriguez de Almela, Arcipreste de Val de Santivañez, que publicó Fernan Perez de Guzman: El Maestro Pedro Sanchez de Acre, en su *Historia Moral y Filosófica*: Gerónimo de Zurita, en sus *Anales de Aragon*: Juan de Mariana, en su *Historia de España*: y Pisa en la de *Toledo*: y Juan Cuspiniano, en sus *Césares*. Y sobre todo la tradicion constante de nuestra ciudad y señales del suceso: estas son las roturas que hizo el rayo y se ve hoi en la parte interior de la bobeda, que es de fortissima canteria, en la sala nombrada del Pabellon, por semejarle su fábrica, y se mostrava por la parte de fuera en la media naranja hasta que se empiçarro por los años de 1590. Y aunque no emos visto autor que señale el año del suceso; le ponemos en este de 1262, porque todos escriben que desde este caso descaeció la grandeza del Rey, y su buen gobierno, sucediéndole todo mal; y su Chronica refiere que estando en nuestra Ciudad en este mismo año le llegaron avisos de tropel» (1).

Aparte la fijación de la fecha del suceso, Colmenares ofrece la novedad de decir que el fraile francisco de que habla Almela, era «Fr. Antonio, nombrado de Segovia, por ser natural de nuestra ciudad, de cuya santidad escriben las historias franciscanas»; pero Mondéjar rechaza esto, probando que tal monje había muerto en 1248, bien en Aix (Provenza), ya en Acqs (Gascuña).

(1) *Historia de la Insigne Ciudad de Segovia y Compendio de las Historias de Castilla*: Autor, Diego de Colmenares, etc.—Madrid, 1640.—Cap. XXII, párr. XII, pág. 222.

Por lo demás, Colmenares, que procuró documentarse escrupulosamente para su obra, trata de ampararse con la autoridad, no sólo de historiadores conocidos, sino hasta con testimonios contemporáneos. No sabemos cuál sea esa Historia «mui antigua manuscrita en papel y letra de aquel tiempo», pues ya hemos dicho, siguiendo a Menéndez Pelayo, que no sabemos de ningún escritor de la época de Alfonso X que mencione el suceso. La referencia de Colmenares está hecha del modo harto vago, entonces tan frecuente, que no permite hacer conjeturas, ni aun siquiera relacionarla con la que Zurita hemos visto que hace a un historiador de Portugal (1).

He ahí, pues, todo el proceso, la evolución toda del hecho en sus momentos de interés, en las fases que marcan su génesis completa. Desde la acusación lanzada por Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, hasta que Colmenares lo recoge y pretende cimentarlo en documentada base, hay una cristalización perfecta de lo que Mondéjar cree que naciera en tiempos del propio Rey Sabio con el carácter de calumnia engendrada por la ingratitud, «esparciéndola por el vulgo, cuya habituada credulidad de quanto resulta en desdoro i deshonor ageno, la fué conservando de unos en otros como tradicion assegurada y constante». Si tal fué el origen y tal el intento (y repetimos que no se nos antoja descaminada la hipótesis), preciso es reconocer que el éxito coronó la obra, pues acabamos de ver cómo no tuvieron reparo en admitirla y autorizarla, incluyéndola en sus libros, escritores como Rodríguez de Almela, Zurita y Colmenares, cuyo prestigio sólido de historiadores arranca precisamente de la tenaz escrupulosidad con que procuraron tamizar los hechos que habían de encontrar hueco y asilo en los folios de sus obras.

*
* *

(1) Las demás autoridades que cita no añaden nada que interese, y por tal razón las omitimos.

Investigaciones encaminadas a otros fines nos han hecho tropezar con un curioso relato del supuesto milagro. Se trata de un códice del siglo xv (1), existente en la Biblioteca Nacional, donde, entre otros varios documentos, se halla el que refiere este suceso. Su no muy larga extensión nos mueve a transcribirlo íntegro. Dice así:

«Sabado dose dias de abril era de mil et trescientos i veynte dos annos este dia aora de terciã en la çiuçdat de seuillia el Rey Don Alfonso auya (2) oydo mysa. Et entro asu camara afaser oraçion a vna ymagen de Sta. M.^a segunt que lo auya acostumbrado de luengo tiempo. Et estando en oraçion vino a desora un resplandor de claridat que paresçia seer resplandor como de fuego i en esta dicha claridat paresçio en ella vna cara dangel muy fermoso i luego que el Rey esto uyo (3), fue muy espantado et dixo: coniurote (4) de parte de myo sennor Jesu-Cristo que me digas que cosa eres. Spiritu bueno ó malo. Et el angel le dixo: non temas ca mensagero so cierto que vengo aty segun que agora veras. Tu sabes muy bien que en tal dia como oy en esta çiuçdat estando atu tabla. Et començesti dixir blasfemando i dixisti que sy tu estudieras con Dios quando formo el mundo et todas las cosas que en el son que muchas menguas que y fisieron que se non ficieran. De la qual razon, pero mucho adios padre. Et ouo (5) de-

(1) Pertenebió a la Real Biblioteca. Lleva hoy en la Nacional la signatura núm. 431, y es un precioso códice de hermosa letra de comienzos del siglo xv, con iniciales y epígrafes en colores, y que ostenta como título general: «Estos son los capítulos del libro del fuero que dió el Rey Don Fernando al Concejo de Burgos, etc.» El relato que nos ocupa se halla en los folios 172 vuelto a 174 vuelto. Copia de éste es el que se halla en el Ms. núm. 751.

(2) Había.

(3) Vió.

(4) Conjúrote.

(5) Ovo, tuvo.

llo muy grant sanna (1). Et por esta rason el alto Sennor dio luego sentençia contra aty que asy como desconocisti del que el te fiso et crio i te dio onrra que asy te fuesse desconoscido. Et que de ty salliesse i descendiesse i que fuesses baxado i tirado de la onrra y estado que tenyas. Et asi acabasses tus días. La qual sentençia fue luego reuelada por vn angel a vn frayre agustin que estaua en molina en su çella (2) estudiando en el sermon que auya de faser otro dia i este frayre dixolo en confession asu prior i el prior dixolo luego al Infante Don Manuel tu hermano i el Infante Don Manuel como aquel quete amaba como asy vino en siete dias de molina aqui (3), desta çiudad. Et requiriote sy dixieras tal rason i tu dixisti que la dixieras i aun la dixias donde rescibio Don Manuel grant pesar et afrontote quete quitasses dello i que demandasses perdon adios i tu no lo preciesty. Et por que conosçias que el poder de Dios padre es i no al (4) la su sentençia es cumplida y acabada contra ti. Et seran todas las que el diere por secula seculorum. Otrosi por quanto tu dixisti i disti la tu maldicion adon Sancho tu fijo por la desonrra i deseradimiento i desconoçimiento que te fiso sepas por çierto que el alto Sennor la ha otorgado, y atodos los que del descendieren ca seran tachados y abaxados de grado en grado todavia mas eso mismo el su sennorio de guisa que atiendo verna (5) que los que con el fueron querrian mucho que se abriesse la tierra et que los cogiesse ensy lo qual durara fasta la quarta gernación que descendera de tu fijo Don Sancho ca dende adelante no aura (6) el arbol derecho de la su lina quien aya beneficio en este senorio i sera la gente del en muy grant quexa i en muy grant

(1) Saña, pena, dolor.

(2) Celda.

(3) Ms. 751, dice «hasta aquí».

(4) Aunque no hay solución de continuidad en la escritura del manuscrito, la falta de sentido indica que no está cabal el texto.

(5) Vendrá.

(6) Habrá.

trauaio (1) en guisa que no se sabra aconseiar nin que carrea tomar lo qual resçibiran por los tus pecados. El otro si mas cumplidamente por el yerro y pecado que tu fijo i los del regno fisieron contra ty i este peccado. El alto Sennor embiar le ha de parte de oriente salvaçión del noble Rey i sennor ydonyo i acabado i piadoso en iustiçia i en todas las bondades i noblesas que a rey pertenesçe i sera noble asy. Et al pueblo en tal manera que todos los biuos (2) que so el fueren i los huesos de los finados que iasen en los çimynterios laudaran adios por la su venida. Et por la su bondat. Et tranaiara mucho por lo menguado. Et para esto cumplir sera mucho acorrido del alto Sennor ca el lo merestra (3) mucho i en tal guisa sera que los sus pueblos oluidaran todos los trauios pasados como quier que llegaran ante destos agrant mengua. Otrosí sepa por çierto por la oraçión que fisisti continuadamente á la gloriosa madre de Dios, desque ouysti (4) disiete annos fasta oy rogo muy aficadamente al alto Sennor Jesu-Cristo su fijo que te tirase de la vida enverguennada (5), y trauiosa que vives. Et el alto Sennor por ruego de la uirgen gloriosa Santa Maria su madre tiene por bien que de oy fasta trenta dias cumplidos partirá la tu alma de aquí. Et que se vaya para el parayso purgatorio que es buena esperança. Et despues quando el alto sennor touyere (6), por bien yra ala gloria perdurable, la qual nunca abra fin i estas palabras dichas el angel partiose dende i non dixo más. Et el rey finco por una grant piesça (7), espantado y levantosse donde estava apreces (8), i abrio la puerta del almuxauan. Et fallo fuera en la camara los sus quatro capellanes que nunca le desman-

(1) Trabajo.

(2) Vivos.

(3) Merecerá.

(4) Tuviste.

(5) Vergonzosa.

(6) Tuviere.

(7) Falta esta palabra en el Ms. 751.

(8) Donde estaba rezando.

pararon (1). Et auya gran conorte (2) con ellos en sus tra-
uaios i en resar sus oras. Et fisolis tomar tinta i papel i fisolis
luego escriuir todo lo sober dicho segund que el angel gelo
anya dicho, et en todos los trenta dias cada semana confeso i
comulgo de tercer en tercer dia. Et saluo los domingos nou
comyo en todos los trenta dias cada dia mas de tres bocados
de pan y nou veuya (3) mas de vna ves dagua cada dia i
confirmo sus testamentos i fiso sus caueçaleros (4). Et al
placo de los trenta dias cumplidos sallio deste mundo segund
que el angel dixo et sopo por ruego de la gloriosa. (5)»

¿Qué caracteres de autenticidad nos ofrece este relato? Sin
temor a equivocarnos, podemos decir que es muy sospechoso.
No se trata de un original, pues ya hemos dicho que es un có-
dice de la décimoquinta centuria. Y no siendo contemporáneo,
claro es que tiene que ser, o una copia de algún documento de
época anterior, que no conocemos, ó una reducción á la escri-
tura de una tradición oral. Y, en cualquiera de los dos casos,
¿cómo comprobar la veracidad, la exactitud de la narración?
¿Qué fianza tenemos de la escrupulosidad del narrador?

Pero es que, además, podemos poner en duda la verdad de
lo narrado por prueba indirecta. Hállase el relato, como ya
hemos indicado, entre otros documentos de muy varia índole.
Uno de ellos es una copia del llamado Fuero Viejo de Castilla,
código tachado de apócrifo por distinguidos tratadistas, y a
cuyo examen, que nos dió por resultado esa misma conclu-
sión, hemos dedicado un trabajo en estas mismas páginas.

¿Es un breve resumen de este relato el de Fr. Alonso de
Espina? Bien pudiera ser, pues ambos coinciden en un punto

(1) Desampararon.

(2) Consuelo.

(3) Bebía.

(4) Cabezaleros, esto es, albaceas testamentarios.

(5) Hemos transcrito lo más fielmente posible el manuscrito, a fin de
no despojarle de su carácter.

esencial: el del emplazamiento de Alfonso X, que no aparece en los restantes autores.

El manuscrito de que tratamos nos ofrece otros datos de interés. Es el primero el de la fecha, el sábado 12 de Abril de 1284, con lo cual rectificado queda Colmenares. Pero es de notar que, si fuese exacta esa fecha, resultaría la muerte del monarca el 12 de Mayo, siendo así que ocurrió en Abril.

El lugar también aparece rectificado, pues el anónimo documento pone el suceso en Sevilla, y ya hemos visto que en los autores que lo mencionan señalase a Segovia.

Asimismo aparecen como concedores del castigo que aguardaba á Don Alfonso un fraile agustino, de Molina, y el prior de un convento. Pero lo más interesante del relato es toda la parte que se refiere á las consecuencias políticas del acto de soberbia del monarca y de la rebelión de su hijo. Si como castigo de la blasfemia el Rey Sabio es condenado por Dios a morir destronado por su hijo Don Sancho, éste, por haber servido de instrumento á la Divina justicia, ha de sufrir, y al igual que él, los que a su lado estuvieron y los que de él descendieran, todo el peso de la cólera de Dios, de la que tampoco quedarán libres los pueblos castellanos, que llegarán a *grant mengua*. Véase, pues, cómo se ha ido dilatando la responsabilidad del hecho y la sanción correspondiente. Lo que no fué en sus comienzos más que una temeraria presunción, un soberbio alarde de saber y un irrespetuoso desconocimiento de la omnipotencia divina, convertido está ya en causa de graves quebrantos, de tremendos males para toda una dinastía y para los pueblos que ella gobernara.

¿Cómo explicar estas derivaciones? Aparte el estado de las creencias religiosas, de que luego haremos alguna indicación, hay algo que viene a darnos la clave, a nuestro entender. Si como hemos visto en la rebeldía de Don Sancho contra su padre, puede hallarse el comienzo de todo esto, en otra lucha civil halla su remate. Menester era buscar color de legitimidad a la actitud de Don Enrique contra su hermano Pedro I; y por

si las reales o supuestas crueldades de éste no eran suficientes, alguien, sin duda, quiso llevar más lejos la explicación. Y de la rebeldía de Don Sancho hubo de tomarla. Por eso, el ignorado autor del documento que comentamos, dice: «y a todos los que del descendieren ca seran tachados y abaxados de grado en grado todavia más.... de guisa que a tiempo verna que los que con el fueron querrian mucho que se abriesse la tierra et que los cogiesse ensy, lo cual durara *fasta la quarta gernacion*».

Y para remachar bien la idea, a continuación se habla de un rey adornado de excelentes cualidades, «piadoso en justicia y en todas las bondades y noblezas que á rey pertenecen», en medida tal, que no tiene reparo el autor en asegurar que hasta «los huesos de los finados que yacen en los cementerios» alabaron á Dios por la llegada de tan idóneo y acabado» soberano. Y tal será su acierto en el gobierno, que «los sus pueblos olvidarán todos los trabajos pasados».

¿Se ve claramente cómo y por qué fué urdida toda esa falsa historia? A nuestro juicio, es punto menos que indudable.

Mas si no es cierto el hecho de las palabras atribuídas al malaventurado soberano de Castilla, y menos la serie de revelaciones y milagros que siguió a aquéllas, todo ello tiene, no obstante, un valor representativo, una significación sintomática que merecen la pena de dedicar unas líneas al comentario.

Opina el insigne maestro autor de los *Heterodoxos*, «que es y ha sido España el pueblo menos supersticioso de Europa, por lo mismo que ha sido el más católico y devoto de lo maravilloso real» (1). Sin pretender lanzar una censura contra quien tan legítimamente simboliza todo el prestigio de la intelectualidad y del saber español contemporáneo, se nos antoja que los entusiasmos del creyente pusieron todo su peso en la pluma del

(1) Ob. cit., tomo I, cap. VII. *Artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España desde el siglo VIII al XV*, pág. 570.

escritor al estampar tan rotunda afirmación. ¿Qué significa, si no, aquel medio centenar de nutridas páginas que el propio Menéndez Pelayo dedica al estudio de las supersticiones del pueblo español durante una parte de nuestra vida medioeval? ¿Qué otros muchos trozos que pudiera citarse de su repetida obra? ¿Qué, entre otros mil ejemplos, aquellos eruditísimos artículos en que el Sr. Amador de los Ríos pretendió historiar algunas de las derivaciones supersticiosas de las creencias españolas? (1).

Al repasar los folios de nuestra Historia, fácil y frecuente es tropezar con el elemento maravilloso que la fantasía popular ha puesto en numerosos sucesos, y que la tradición y la literatura han conservado, la una como modo de explicación de los hechos, la otra como material estético apropiado para sus producciones. Porque, como si no arranca de un sentimiento firme y depurado, la creencia religiosa se convierte fácilmente en superstición, en el espíritu español, que por muy varias razones no ha sido nunca serenamente reflexivo, ponderadamente razonador, sino inquieto y fácil á la exaltación imaginativa, con prontitud y con fuerza extraordinarias ha encontrado eco siempre cuanto rompe los límites, precisamente de lo *maravilloso real*, para entrar en los de lo maravilloso imaginativo.

Un erudito escritor dice: «Para los creyentes del siglo XIII, por poco que tuviese de inesperado y peregrino cualquier acontecimiento, se convertía en leyenda milagrosa; por donde se explica cómo el Rey Alfonso y otros hagiólogos levantaron a la tremenda categoría de milagros hechos comunes de la vida ó incidencias de la naturaleza cuyas leyes bastan para explicarlas» (2).

(1) *De las artes mágicas y de adivinación en el suelo ibérico*.—José Amador de los Ríos.—*Revista de España*, núms. 65, 67 y 71.

(2) *Cantigas de Santa María*, de Don Alfonso el Sabio. Las publica la Real Academia Española.—Madrid, 1889.—Vol I. Introducción por el Marqués de Valmar, pág. 69.

La intervención divina en los hechos humanos, y la sanción que de Dios reciben en la misma vida terrena, son dos ideas predominantes en esa creencia supersticiosa. Las apariciones y revelaciones en que, ya directamente, ya por medio de santos o ángeles, el Supremo Hacedor daba a conocer sus designios y sus decisiones, abundan copiosamente en nuestra Historia. Larga enumeración podríamos hacer. Ciñéndonos a la manera con que, según el texto de Espina y el documento transcritos, fué condenado el Rey Sabio, ¿quién no recuerda inmediatamente al monarca castellano que lleva el sobrenombre de «el Emplazado»? (1).

Y es que el vivir medioeval prestaba campo abonado a la semilla supersticiosa. Años de incultura, época de luchas y guerras encarnizadas, nacidas casi siempre de pasiones bajas, de malquerencias y odios mezquinos, la planta parásita de la superstición brotaba lozana en toda la variedad de sus más heterogéneas manifestaciones. Y así no es de extrañar ver en el siglo XIV, como caso quizá el más revelador de ese estado, á un prelado católico, D. Miguel de Urrea, Obispo de Tarragona, gozar fama de nigromante, y cuyo retrato, que figura en la galería del palacio arzobispal de Tarragona, ostenta una inscripción que dice: «*Michæl de Urrea, artis nigromantie peritissimus, Dæmonis arte ejus etiam artem delussit.*» Y en el siglo XV, otro obispo, D. Lope Barrientos, a más de quemar parte de la biblioteca del famoso D. Enrique de Villena, que también fué tachado de nigromante, escribe una obra, dividida en tres partes, dedicada a exponer y condenar toda clase de engaños, hechicerías, adivinaciones, etc., que ya habían

(1) Véase *Memorias de Fernando IV de Castilla*, por D. Antonio Benavides.—Madrid, 1860.—Tomo I.—Ilustración XXXIV, páginas 186 y siguientes.—Esta idea del castigo divino en tal forma de emplazamiento, aparece también en otras tradiciones referentes a hechos de resonancia, por ejemplo, respecto de Felipe IV el Hermoso, de Francia, y al Papa Clemente V, por la expulsión y supresión de los Templarios.

merecido agrias censuras de San Isidoro en sus *Etimologías*, y de San Raimundo Lulio en su *Arbol de la ciencia*.

Hojeando las actas de los Concilios de la Iglesia católica española, no es raro, sino frecuentísimo, hallar nuevas disposiciones en tal sentido. Los Concilios toledanos de 633 y 694, los de León (1012), Coyanza (1020), Santiago (1031 y 56), Oviedo (1050) y el de Alcalá, de 1335, nos ofrecen, con sus prohibiciones y condenas, clara y patente prueba de lo arraigadas que en todas las clases sociales, incluso el clero, se hallaban las prácticas supersticiosas.

Pero es más interesante aún el estudio de nuestro derecho positivo. Nosotros nos fijaremos tan sólo en el momento jurídico que nos interesa, y que tiene tanto más relieve, cuanto que se trata del propio autor de las *Partidas*. Y es notable ver cómo Alfonso X, que a su superioridad mental extraordinaria debió, en gran parte, su fracaso, cedió al espíritu de su época en este punto. Y si en una de sus leyes (I del tít. XXIII de la VII Partida) condena a los «agoreros, vesteros y fechiceros» a que «ninguno dellos non more en nuestro señorío», porque «son omes dañosos e engañadores, e nacen de sus fechos muy grandes males a la tierra»; y en la III del mismo título y Partida dice que «si les fuere probado por testigos, o por conocencia de ellos mismos, que facen e obran contra nuestro defendimiento algunos de los yerros sobredichos, deven morir por ende»; en esta misma ley añade: «Pero los que ficieren encantamiento, o otras cosas con entención buena, assí como sacar demonios de los cuerpos de los omes, o para desligar a los que fuessen marido e mujer, que non pudiessen convenir, o para desatar nube que echasse granizo, o niebla, porque non corrompiessen los frutos, o para matar langosta, o pulgas, que daña el pan, o las viñas, o por alguna otra razón provechosa semejante destas, non deve aver pena, antes decimos que deve recibir galardón por ello.»

Curiosa e interesante, como se ve, es la disposición de esta ley, reveladora incontestable de cuán generalizada era la fe

en las prácticas supersticiosas. No ya en la masa anónima del pueblo, en el conjunto amorfo del espíritu plebeyo, cuya ignorancia y cuya ignavia daban fácil paso a las más absurdas creencias, sino en la mentalidad elevada y en el sólido saber de un hombre como Alfonso el Sabio tenían cabida y aceptación tales supersticiones. Y no es esto solo, sino que no se reducía a la opinión teórica de un hombre de ciencia que en una obra especulativa diera su parecer; era un gobernante, un legislador, un soberano que en las normas jurídicas de un Código, en los preceptos taxativos de una ley sancionaba expresa y rotundamente el ejercicio de supercherías desatinadas.

¿Cómo extrañarnos, pues, de que en un medio social de esta naturaleza se forjaran, admitieran y prosperaran sucesos fantásticos, leyendas milagreras, fábulas maravillosas y estuendas? La imaginación colectiva, en aquellos siglos de inquietud y de casi general ignorancia más que nunca apta para recibir y conservar la huella de lo sobrenatural, pronta estaba a dejarse arrastrar y a prestar asentimiento a cuanto se le ofreciera con caracteres sorprendentes. Y sí los enconos de una lucha y los odios de una contienda y los rencores pasionales de una oposición de personas, más que de ideas, venían a turbar —y esto era el pan de cada día— el paso monótono de la vida ordinaria, no tardaban en surgir en torno de aquellas personas y de los sucesos en que ellas intervenían, leyendas como la que nos ha ocupado, cuyo valor sintomático no debe ser olvidado en la etiología histórica.

JUAN RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO

DESPUÉS DEL BAILE

—Dice usted (1) que un hombre no puede comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que todo depende del medio, que el medio moldea al hombre. Pues yo pienso que todo depende del azar... Verá, le contare una cosa que me ocurrió...

Así hablaba el muy respetado Ivan Vassilievich, tras una conversación, cuyo asunto era que para el perfeccionamiento individual es necesario, ante todo, cambiar las condiciones en las que viven los hombres.

—Le hablaré por mi propia experiencia. Toda mi vida he estado influenciado, no por el medio, sino por cosa muy distinta.

—Cuenta.

Ivan Vassilievich reflexionó, después se encogió de hombros.

—Sí—dijo,—toda mi vida tomó otra orientación, a consecuencia de una noche, o más bien de una madrugada.

—¿Qué le ocurrió a usted?—preguntó uno de nosotros.

—Me ocurrió que estuve muy enamorado... Ya había estado enamorado varias veces, pero aquel amor era mucho más fuerte... Es una antigua historia... Ella tiene ya hijas casadas. Era la señorita B... Sí, Varenka B... (Ivan Vassilievich pronunció el apellido). Aun a los cincuenta años es todavía hermosa. Pero cuando era joven, a los diez y ocho años, era exquisita, esbel-

(1) Publicamos este cuento, inédito en España, que ha visto la luz con motivo del aniversario de Tolstoy.

ta, graciosa, elegante y majestuosa, precisamente majestuosa. Manteníase siempre muy erguida, como si no pudiera estar de otra manera, con la cabeza ligeramente echada hacia atrás... Y con su belleza y su elevada estatura, esa actitud la daba, a pesar de su delgadez, un aire regio que, sin su acariciadora sonrisa, hubiese mantenido a distancia a todo el mundo. Siempre alegre, con los ojos brillantes, encantadores, todo su joven ser era delicioso.

—¡Oh, oh! ¡Qué bien describe Ivan Vassilievich!

—Por muy bien que se describiese, no se podría dar una idea de lo que ella era... Pero no se trata de esto... Lo que voy a contar se remonta a la década de los años 40. Mi mayor placer lo constituían los bailes. Yo bailaba bien; no era feo...

—No se haga el modesto—interrumpió una dama.—Conocemos su retrato al daguerreotipo. No hay que decir que no era usted feo, era usted muy guapo.

—Pues bien, sea; era guapo. Pero no se trata de eso. En el período en que mi amor llegaba al colmo, el último día de las fiestas de Carnaval, fuí a un baile a casa del mariscal de la nobleza, un anciano muy distinguido, rico, hospitalario y chambelán de la corte.

Aunque aficionado al champaña, no bebí, porque, sin beber, estaba embriagado... embriagado de amor. Pero en cambio, bailé, hasta no poder más, valeses, polkas, y, por supuesto, lo más a menudo posible con ella; llevaba guantes de piel blancos que la llegaban hasta su codo, delgado, puntiagudo, y zapatitos de raso blanco.

Ese antipático Ansisimoff, el ingeniero, me birló la mazurca. Todavía no se lo he perdonado. Realmente, no bailé la mazurca; pero, con el corazón, casi todo el tiempo la bailé con ella. Sin recatarse, cruzando toda la sala, venía derecha a mí, y yo me lanzaba sin esperar la invitación, y ella me daba las gracias con una sonrisa de inteligencia. Cuando me presentaron y, por no adivinar mi posición, hubo de tender la mano a otro caballero, hizo un movimiento con sus delgados

hombros, y a modo de sentimiento y de consuelo me sonrió. Durante las figuras de vals de la mazurca, valsé mucho tiempo con ella, y con la respiración anhelosa, sonriente, me decía: «¡Más!» Y yo valsaba, valsaba sin sentir mi cuerpo. Bailando en su compañía no me daba cuenta de la marcha de las horas. Los músicos, con el encarnizamiento del cansancio, ya conocen ustedes esto, seguían tocando el mismo motivo de la mazurca. En los salones, los papás y las mamás habían dejado ya las mesas de juego, en espera de la cena. Los criados circulaban presurosos llevando cosas. Eran más de las dos; había que aprovechar los últimos instantes para invitarla una vez más, y por centésima vez dimos juntos la vuelta al salón. «¿Cuento con que el rigodón, después de cenar, es mío?»—le dije al acompañarla a su sitio.—«Sin duda, si no me raptan»—me contestó sonriendo.—«No lo permitiré»—repliqué yo.—«Deme usted el abanico»—me dijo.—«Siento devolvérselo tan pronto»—contesté tendiéndole un abaniquito blanco, sin valor.—«Tome usted, para que no lo sienta»—y arrancó del abanico una plumita y me la dió. Tomé la pluma, y únicamente con la mirada pude expresarla toda mi felicidad y mi agradecimiento. No solamente estaba alegre, contento; me sentía feliz, bueno. Ya no era yo, sino un sér no terrestre, inmaterial, ignorante del mal y apto para el bien solo. Guardé la pluma en mi guante y permanecí en pie, sin fuerzas para alejarme de ella.—«Mire usted, piden que baile papá»—me dijo señalando la arrogante figura de su padre, coronel, con charreteras de plata, que estaba en el quicio de una puerta, rodeado de damas.

Nos acercamos, el coronel se negaba, diciendo que no sabía bailar; sin embargo, sonriendo, se quitaba con la mano izquierda el sable, que entregó a un joven servicial que estaba a nuestro lado, y después se puso el guante de la mano derecha:—«Preciso es que todo sea como ustedes quieran»—dijo sonriendo, y tomó la mano de su hija, se puso en facha y esperó la música. Al primer compás de la mazurca golpeó enérgica-

mente con un pie, lanzó el otro hacia adelante, y su arrogante persona, unas veces suavemente y a compás, otras ruidosamente, chocando los pies uno con otro, empezó a moverse enrededor de la sala. La graciosa Varenka volaba a su lado, ya alargando, ya acortando los pasos de sus piecitos calzados con los zapatos de raso blanco. Toda la sala seguía los movimientos de la pareja. Y yo, no solamente la admiraba, sino que la miraba con un enternecimiento entusiasta.

Veíase que había debido de bailar muy bien en su tiempo; pero ahora estaba un poco pesado, y sus piernas no eran ya lo suficientemente ágiles para los pasos graciosos y rápidos que se esforzaba en dar. Sin embargo, dió dos vueltas; y cuando, separando y juntando rápidamente las piernas, cayó de rodillas, aunque un poco pesadamente, y ella, sonriente, recogíendose graciosamente la falda, giró en torno de él, todos aplaudieron estrepitosamente. Se levantó con cierto esfuerzo, cogió tiernamente, de una manera encantadora, a su hija por las orejas, le dió un beso en la frente, y me la trajo, creyendo que estaba bailando con ella. Le dije que no era su pareja.—«No importa; dé usted ahora una vuelta con ella»—me dijo sonriendo con ternura y volviendo a ponerse el sable. Así como en cuanto se sale una gota de la botella, vacíase a borbotones todo su contenido, así mi amor por Varenka vertía toda la capacidad de amar oculta en mi alma. En aquel momento mi amor abarcaba á todo el universo.

De vuelta a casa, me quité el capote; pensé poder dormir, pero pronto vi que era absolutamente imposible. No, me sentía demasiado feliz, no podía dormir. Además, tenía calor en aquella habitación demasiado caldeada, y sin quitarme el uniforme, pasé al vestíbulo, en donde me puse el capote, abrí la puerta de la calle, salí... Había salido del baile a las cuatro dadas; mientras que volví a casa y estuve un rato en ella, habían transcurrido dos horas, de suerte que cuando salí despuntaba el día. Era Carnaval; hacía niebla; la nieve húmeda se derretía en las calles y caía de todos los tejados. Los B... vivían al final

de la población, cerca de una explanada, en cuyo extremo estaba el paseo público, y del otro lado el Instituto de señoritas.

Al llegar a la explanada, cerca del lugar en donde se encontraba su casa, percibí en el otro extremo, en dirección del paseo público, algo compacto y confuso, y oí los sones de una flauta y unos tambores, que venían de allí. Todo cantaba en mi alma, y de tiempo en tiempo oía el tema de la mazurca. Pero lo que acababa de oír era otra cosa: una música cruel, maligna. «¿Qué es eso?», pensé, y tomando a campo traviesa el camino resbaladizo, me dirigí hacia donde se oían los sones. Después de haber andado un centenar de pasos a través de la niebla, empecé a distinguir varios individuos con trajes oscuros. Eran evidentemente soldados, probablemente en ejercicio, y, en compañía de un herrero con gabán de piel de cordero sucia y delantal, que llevaba algo y marchaba delante de mí, me acerqué más.

—¿Qué hacen?—pregunté al herrero que se había detenido a mi lado.

—Castigan a un tártaro por deserción—contestó con acritud el herrero, señalando a los soldados.

Miré en la misma dirección, y advertí entre las filas algo espantoso que avanzaba hacia nosotros. Ese algo que avanzaba era un hombre, desnudo hasta la cintura, atado a los fusiles de dos soldados que lo arrastraban. A su lado iba un militar de alta estatura, con capote y gorra, cuyo aspecto me recordó alguien conocido.

Estremeciéndose con todo el cuerpo, con los pies chapoteando en la nieve derretida, el hombre castigado avanzaba hacia mí, bajo los golpes que sobre él caían por derecha y por izquierda, echándose unas veces hacia atrás, y entonces los hombres que le llevaban con los fusiles le empujaban hacia adelante; otras cayendo hacia delante, y, entonces, los hombres, para impedirle caer, le tiraban hacia atrás. Y a su lado, con paso firme, marchaba el oficial alto. Era el padre de Va-

renka, con su cara roja, sus bigotes y sus patillas blancos. A cada golpe, el hombre castigado parecía asombrarse; volvía hacia el lado de donde partiera el golpe su rostro crispado por el dolor, y descubriendo sus dientes blancos, repetía algo. Cuando estuvo cerca de mí, pude distinguir sus palabras. No hablaba, sino que sollozaba. «¡Hermanos, tened compasión de mí, tened compasión!» Pero los hermanos no se compadecían, y cuando el cortejo pasó por mi lado, vi al soldado de enfrente avanzar con decisión, agitar el palo haciéndole silbar en el aire, y dejarlo caer con fuerza sobre la espalda del tártaro. Este hizo un movimiento brusco hacia adelante; pero su guardián le contuvo, y le asestaron un golpe análogo por el otro lado... Y de nuevo a un lado, y de nuevo al otro... El coronel seguía andando, mirando unas veces al suelo, otras a la víctima; aspirando el aire con fuerza, dejándole luego salir lentamente entre sus labios.

Cuando la comitiva pasó del lugar en que me encontraba, percibí entre las filas de los soldados la espalda del prisionero. Era algo pintarrajeado, húmedo, de un rojo no natural; no podía creer que fuese un cuerpo humano.—«¡Oh, Dios mío!» murmuraba a mi lado el herrero.

De repente el coronel se detuvo, y luego se acercó rápidamente a uno de los soldados:

—¡Yo te enseñaré!—le oí decir, con acento de enojo.—Tienes miedo de tocarle... Yo te enseñaré.

Y le vi golpear con su mano fuerte, enguantada, el rostro del soldado asustado, anémico, porque éste no había dejado caer el palo con bastante violencia sobre la espalda ensangrentada del tártaro.

—¡Pegad, duro!—gritó, y al volverse me vió.

Fingió no reconocerme, frunció el ceño y se apresuró a desviar su mirada. Yo estaba tan avergonzado que no sabía adónde mirar, como si me hubieran sorprendido en un acto reprehensible. Bajé los ojos y me alejé de prisa.

Durante todo el camino resonaban en mis oídos, ya los

tambores, ya la flauta, ya las palabras: «¡Hermanos, tened compasión!», ya la voz enérgica del coronel, gritando: «¡Yo te enseñaré, yo te enseñaré!» Y mi corazón sentía una angustia, una angustia casi física con náuseas, una angustia tal, que hube de pararme varias veces, con ganas, así me parecía, de arrojar todo el horror que me había causado el espectáculo. No recuerdo cómo, volví a casa y me acosté; pero apenas me había dormido cuando de nuevo volví a oírlo y verlo todo, y salté de la cama.

Pues bien, ¿creen ustedes que mi conclusión fue que había visto una mala acción? No, señores. «Si se hace eso con tal seguridad, si todos lo juzgan necesario, es evidente que saben algo que yo ignoro», pensé. Y traté de saberlo. Pero por más que hice no pude lograrlo, y como no lo supe, no pude entrar en el servicio militar, como tenía proyectado. Y no solamente no serví en el ejército, sino que no serví en ninguna parte, y, como ven ustedes, no he servido de nada.

—¿Y el amor?—le preguntamos.

—¿El amor? Desde aquel día, el amor empezó a disminuir. Cuando ella se ponía pensativa, con la sonrisa en los labios, como le sucedía a menudo, me acordaba al punto del coronel en el lugar del apaleamiento, y me sentía disgustado. Entonces empecé a espaciarse cada vez más nuestros encuentros, y el amor desapareció del todo. Así, ahí tienen ustedes lo que ocurre y cambia por completo la vida de un hombre, terminó diciendo.—Y ustedes dicen...

LEÓN TOLSTOY

CURIOSIDADES TOLEDANAS

Tiene Toledo fisonomía tan marcada, tan propia y tan definida, relieve tan característico, tan especial y tan pronunciado entre todas las demás ciudades de nuestra vieja España, que atrae y fascina verdaderamente con sus memorias históricas de todas las edades, y sus despedazados monumentos.

Jirones gloriosos parecen éstos, del manto señorial y suntuoso con que la engalanaron aquéllas a porfía, y en que se envolvió un tiempo, como augusta soberana, con majestad incomparable. En sus calles, revueltas y pendientes, estrechas y fatigosas, que marchan sin concierto en todas direcciones; en sus encrucijadas y recodos, en sus plazoletas y angosturas, en su desigual y compacto caserío, en su aspecto particular, que con ninguno otro se confunde; en el ambiente que allí flota y se respira, hay tantos dejos del pasado esplendoroso, que el alma de quienes sueñan con él, se siente misteriosamente compenetrada de lo que hemos convenido en llamar *recuerdos*, recuerdos de cosas que en realidad conocemos aún muy imperfectamente, o que nunca conoceremos.

No hay *turista* extranjero que no traiga en su *carnet* de viaje apuntado el nombre de esta ciudad insigne, como uno de los lugares que debe visitar con preferencia en su rápida peregrinación por nuestra España; y todos, o la mayor parte de aquellos que

luego se han creído en el deber de publicar sus impresiones de viaje, tributo más o menos ampuloso le han rendido de su admiración y su entusiasmo.

Desde Alejandro Dumas, que dijo, cual recuerda un escritor francés recientemente: «Il y a là des souvenirs à occuper un historien pendant dix ans et un chroniqueur toute sa vie», y «tout cela sans compter cette majesté des grandes villes mortes ou mourantes, dans laquelle Tolède s'enveloppe avec la dignité d'une reine»; desde Germond de Lavigne, que decía, con no menor entusiasmo, años después, que «c'est une merveille, c'est un trésor d'architecture, un bijou historique, un chaton enchâssé dans un bloc de granit et séparé du reste de l'Espagne par une profonde déchirure au fond de laquelle gronde et bondit le Tage»; que «il faudrait une année pour étudier son dédale inouï de ruelles escarpées, assez semblables à ces sillons que tracent les vers dans les vieux bois», que «il faudrait avoir le temps de pénétrer dans chacune des maisons, dont souvent, hélas! les propriétaires ne se doutent pas qu'ils ont, sous une quintuple couche de chaux, des arcs, des voûtes, des ogives, des colonnettes qui sont des trésors artistiques», y que «pour peu que l'on gratte, partout on découvre des sculptures, des arabesques, des méandres, des feuillages, des animaux fantastiques... à toutes les maisons, de vieilles portes massives bordées de bandes de métal, garnies de marteaux historiés à faire envie aux antiquaires, ferrées de clous rangés avec ordre, serrés et pressés, et dont les têtes, ciselées sont parfois grosses comme des oeufs»; desde estos y otros escritores, de todos los países, hasta el soñador Paul Pourrot, que declaró cómo «Tolède attire par le pittoresque de son site, la beauté de ses monuments, la richesse de ses souvenirs historiques et la charme de ses légendes»,—todos a compás y en diferentes idiomas han cantado, cantan y cantarán las alabanzas de Toledo, mientras subsista.

Las nuevas construcciones con las cuales la vieja ciudad procura remozarse de vez en cuando, perturban como notas dis-

cordantes la grandiosidad de la población, y como que la empequeñecen y la desfiguran, arrebatándole florones de la espléndida corona ceñida por los siglos á sus sienas venerables.

Hay quien pretende que no sólo no debe permitirse alteración alguna en el aspecto exterior del caserío, sino que además, el nuevo, huyendo las influencias modernistas, verdaderamente incalificables, debe inspirarse y aun atemperarse en todo y para todo al antiguo, con el propósito de que no pierda nunca la ciudad su típica fisonomía.

Mas éste y otros romanticismos tan exagerados y tan ciegamente apasionados de lo que fué, y no puede volver a ser, equivale a la condenación perpetua de la Toledo viviente; y sólo habría de ser realizable si se consiguiera que el tiempo retrocediese y se estacionara allí donde cada cual lo juzgase oportuno. Pero no se ha descubierto aún el medio de lograr que retroceda el tiempo, ni el de concertar todas las voluntades, ni hay razón para condenar las aspiraciones legítimas de la vida moderna; y poco a poco, sin que nadie las hurgue, el mismo tiempo hará que las reliquias deleznable del pasado, como el docto Rodrigo Caro decía de las torres de Itálica «a su gran pesadumbre» se rindan sin remedio.

Para el viajero, el arqueólogo y el artista, mina es Toledo inagotable de sorpresas y de encantos; y para el novelador y el poeta, fuente maravillosa, fecunda siempre, y también inagotable.

Sólo para los espíritus ligeros e ineducados, ante quienes permanece muda, Toledo es un poblachón solitario y triste, que vegeta mísero, envuelto en escombros y ruinas, entre el Alcázar de un lado, y la Catedral de otro; donde únicamente se escucha el eco asordante de las campanas de sus cien iglesias y de sus conventos innumerables, y el metálico són agudo del cornetín de órdenes de la Academia de Infantería; donde únicamente se ve también la negra sotana de los clérigos, la hopalanda y la beca de los seminaristas, y los colorines y dorados de los uniformes de los cadetes!

Hay que compadecer con toda sinceridad a quienes no aciertan a distinguir otras cosas en Toledo; a quien, doliéndose de la desaparición de muchas de las riquezas artísticas de aquella población, exclamaba, por ejemplo, no sin exactitud, dirigiéndose a ella:

Hicieron de tus joyas almoneda
Mercaderes sin fin de tierra extraña,
Y tus hijos también.

Pues este poeta, D. Antonio Ferrer del Río, demás de decir el despropósito de que

Sólo es su templo mísera cabaña,

termina la poesía, que es un soneto bastante mediano, lanzando como una maldición estas palabras:

¡Y estás en pie para baldón de España!

Hay, por último, que compadecer de igual manera al inmortal Zorrilla, por aquella famosa octava, que tanto se le reprochó, y de la cual se confesó públicamente arrepentido, en la cual expresaba con juvenil e inconsciente desenfado:

Hoy sólo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil, en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué!
Tiene un templo, sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones,
Un Alcázar, sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pie!

¡Qué de cosas dicen las callejas, los cobertizos, los recodos, las encrucijadas, las cuestas, las ruinas y los desmochados torreones de la sin par Toledo! ¡Qué de misterios guarda aún ocultos su viejo caserío, sus arruinados palacios, su tantas veces restaurado Alcázar, su Catedral incomparable, sus iglesias y sus conventos, donde tantas maravillas soñaron los autores! ¡Qué de fantasías despiertan las artísticas portadas y las salien-

tes laboreadas rejas de muchos de sus edificios particulares! ¡Qué de enseñanzas prodiga a quien acierta a ver en todo ello el proceso de las artes y de las industrias artísticas toledanas en la era medioeval y en la del Renacimiento! ¡Cómo se agiganta, cómo sacude entonces el letargo morboso en que se supone sumida a Toledo, para proclamar, ante sus desvanecidos detractores, cuán grande fué, y cuán merecidas tiene su reputación y su fama universales, preconizadas tantas veces por españoles por extranjeros!

Desde que se cruza el romano *Puente de Alcántara*, desde que se distingue encaramadas en abrupta peña, y por milagro en pie, las ruinas del *Castillo de San Servando*, da Toledo idea de su magnificencia primitiva, la cual es a larga distancia proclamada por la mole ingente del Alcázar famoso, levantado en lo más culminante y visible de las siete eminencias que accidentan la ciudad, a semejanza de Roma.

No voy a descubrir Toledo, como aún lo pretenden muchos de aquende y allende los Pirineos: está tan a la mano, es tan fácil visitarla, recrearse con sus maravillas y prodigios, admirar sus monumentos más salientes, que sería ridículo intentar decir algo interesante y nuevo, después, sobre todo, de tanto y tan bueno como se ha escrito acerca de ella.

No voy á contar tampoco sus leyendas, que, con más o menos galanura, han referido ya muchos autores, y algunas de las cuales sublimó la musa del glorioso Zorrilla... Voy, modestamente, a hablar de algunas curiosidades dignas, a mi juicio, de memoria; a trasladar las impresiones personales y directas, por ellas recibidas en aquella gran ciudad que, de todas sus industrias pasadas, no conserva para muchos sino la del sabroso mazapán, y la de sus célebres espadas y damasquinados.

LAS MOMIAS DE SAN ROMÁN

Es la de *San Román*, una de las iglesias más interesantes que existen en Toledo, por su fábrica, por su historia, por los monumentos litológicos que conserva, y aun por las leyendas mismas, que a ella se refieren.

Antigua parroquia latina, cuya fundación llevan no sin fundamento los autores á los días del glorioso Alfonso VI, suprimida ha sido como tal, y se alza, hoy sin culto, en una de las mayores alturas de las varias en que la población se asienta.

Fué allí, en aquella elevación, donde vetusta leyenda, ya perdida, pero que recogió el Rey Sabio, supone levantó una torre en los remotos tiempos en que andaba Hércules por España, uno de los hijos del troglodita Rocas; es allí, donde gallardea hermosa, la cuadrada y famosa torre mudejar del olvidado templo, descollando con suprema elegancia sobre el case-río; donde construyeron los visigodos en el siglo VII interesante iglesia, que hubieron de convertir los musulmanes en mezquita (1), y que purificaron los conquistadores de 1085 como parroquia, pues hay noticias ciertas de ella en documentos fehacientes de 1116; que fué reconstruída seguramente en la XIII^a centuria con los restos del templo visigodo, que aún subsisten, y en 1221 consagrada por el egregio Arzobispo don Rodrigo; que en mucha parte quedó absorbida por la Orden poderosa de Predicadores al edificar ésta a principios del siglo XV el *Convento de San Pedro Mártir*; que fué reparada en

(1) Claro es, que para hacer esta afirmación, no tengo en cuenta, ni mucho menos, las lápidas arábicas que dicen «hubo en este templo hasta el año de 1572», cuyas estupendas versiones publican como artículo de fe los autores todos, y de las cuales, la una versión es una retahila ridícula, y la otra, conteniendo singularísimas tonterías, hace referencia a «un mero que se llamó ¡GOLONDRINO!». Es bien extraño que los escritores dieran fe a estas *traducciones*, que me parecen una burla hecha a los eclesiásticos por los moriscos en la XVI^a centuria...

tonces para que no se derrumbase, y que, después de varias alternativas, ha venido á ser cerrada, como he dicho, para el culto.

En aquella torre, que es obra evidente de la construcción ejecutada en los días del citado Arzobispo, y que el vulgo sigue llamando erróneamente *árabe*,—arraigada tradición de que se han hecho eco todas las historias, supone pasó la noche del 25 al 26 de Agosto de 1166 Alfonso VIII, niño a la sazón de once años, llevado allí sigilosamente desde Maqueda por el muzárabe don Esteban Illán, y proclamado rey desde ella, con sorpresa y espanto comprensibles de Fernán Ruiz de Castro, y de los partidarios del monarca de León, don Fernando II (1).

Cuando, terminada la labor del día en el solitario templo, uno de los amigos que me acompañaban díjome en cierta ocasión, que en la iglesia se conservaba gran número de momias, despertóse en mí la curiosidad por verlas; y el acólito que me franqueaba la entrada en el cerrado santuario, condújome entonces, en la nave de ingreso, que es la del Evangelio, delante del único altar que, adosado a la misma, en ella existe.

(1) Ha sido, y aún seguirá siendo a pesar de todo, creencia general en cuantos, antiguos y modernos, hablan de Toledo, la de que siendo mezquita, convirtió en iglesia el templo musulmán a sus expensas el muzárabe don Esteban Illán, a quien llaman «ilustre tronco y progenitor de la gran casa de Toledo». El marqués de Mondéjar asienta que resuelto el don Esteban «a introducir escondidamente en aquella ciudad al rey»... «fortaleció la torre de *San Román*, que tenía a su devoción con sus parientes y amigos» (*Crón. del Rey Don Alonso Octavo*, pág. 45). Es muy curioso todo lo que Parro y Martín Gamero dicen en sus obras respectivas, acerca de este acontecimiento; pero tiene de malo que el testimonio monumental, esto es, la torre misma, lo contradice abiertamente. La intervención de don Esteban Illán y del clero muzarábigo en la proclamación de Alfonso VIII, me parece un medio de conseguir, como consiguieron los muzárabes toledanos, la protección del monarca, concediéndoles en 1174, la confirmación del *Fuero* general igualitario de 1118, a fin de neutralizar por lo menos la importancia de los pobladores castellanos y extranjeros. Por algo el clero colocó la efigie de don Esteban Illán en la Catedral, y luego la pintó en las bóvedas del transparente. Don Esteban Illán era guazir en 1170, y murió siendo Alcalde de Toledo el año 1208, según los *Annales I.ºs Toledanos*.

Pseudo-clásico, de líneas rígidas, y madera dorada a trechos, y pintada simulando jaspes de distintos matices, es verdaderamente insignificante su retablo en la relación artística; y en él, en capitales latinas embebidas, se declara sobre estrecho friso: HIZO Y DORÓ ESTE RETABLO DON JUAN SANCHEZ ROMERO PROPIETARIO DE LA VILLA DE TORRIJOS, AÑO DE 1776.

Alzó silencioso el acólito la sabanilla del altar; levantó luego el ara de mármol blanco, y señalándome libre el cuadrado y obscuro hueco así descubierto en la mesa del altar, indicóme era preciso introducirse por allí, para llegar a la cámara misteriosa en que las momias estaban, si persistía en verlas.

Vencida la extrañeza natural que aquel insólito camino en mí produjo, resolvíme sin vacilaciones; y como no era en realidad posible penetrar por hueco tan reducido con las ropas que vestía (estábamos en invierno), quedéme en mangas de camisa, y en tal forma, me dispuse a emprender el viaje.

Tras de repetidas probaturas y no pocos esfuerzos, logré, por último, introducirme en el interior de la mesa del altar, que es también de madera; y a gatas, ya en aquel sombrío y reducido espacio, donde apenas podía rebullirme, no tuve que hacer grandes exploraciones para buscar salida. Señalábanla, a ras del empolvado suelo, varios ladrillos caídos, la luz que llegaba, tenue y medrosa, y un boquete irregular y estrecho, practicado sin duda por la curiosidad de irrespetuosos monaguillos en el panderete que cerró el ingreso de la fúnebre estancia, en la que penetré al fin, y donde pude ponerme en pie dichosamente, y abrigarme con las prendas que me arrojaron desde el templo.

Pequeña, cuadrada, de cruzados hierros y abierta siempre, en lo alto, y a un extremo perforaba el muro que da en aquel recinto a la angosta y pendiente *calle de San Clemente* una ventana, por la cual penetran en el crudo invierno las heladas, las nieblas y los vientos fríos, y en el verano, aunque muy rara vez, algún hilo de sol, errabundo y mísero.

La estancia, de no grandes dimensiones, y no sospechada

E. M.—*Enero 1912.*

desde el interior de la iglesia, se desarrolla en la dirección normal de las naves de la misma, es levantada de techo, de forma casualmente de ataúd, y parece como prolongación irregular del atrio, correspondiendo la parte más ancha a la entrada primitiva, cerrada y obstruída, y disimulada por el altar y el retablo referidos.

El espectáculo que contemplé, no es para dicho, pues no hay palabras que lo pinten.

Multitud incontable de humanos restos, hacinados y confundidos en horrible montón, informe hacia el extremo más estrecho, como arrojados allí a paletadas, sin respeto y sin caridad, mezclados los sexos, las edades, y seguramente las condiciones, como están mezclados y revueltos los terrosos miembros, ofrecen en su conjunto el aspecto de compacta masa gris y polvorienta, sobre la cual resbalaba indiferente la azulada luz del crepúsculo vespertino.

Entremedias de aquella masa, produciendo en ella relieves espantables, asoman cráneos, no descarnados aún enteramente muchos de ellos, brazos sueltos, manos abiertas y en esqueleto, piernas secas y rígidas, torsos huecos de costillares cenicientos, restos de telas sin color definible, todo con la misma tonalidad, tan triste como fatigosa. Conjunto conmovedor y horrible, del cual se desprende el olor especial, y que con ninguno otro se confunde, de materias orgánicas transformadas, mucho más penetrante y repulsivo que el olor condensado en las salas de los Museos Antropológicos y de Anatomía, y cuyas emanaciones hieren ásperas el sentido del olfato.

A mi derecha, en el suelo, apoyados en el muro de cerramiento de la iglesia, aparecen tendidos y de costado diversos cuerpos, bastante más enteros que los del montón; y a su lado, en pie, apoyados asimismo en el muro, como imágenes apolladas, inservibles y de desecho de vetusto retablo, otros cuerpos de párvulos, de edades y sexos diferentes, con jirones todavía de sus ropas.

Los primeros, de adultos, horror ponen sin límite en el

ánimo más entero. Todos se hallan en actitudes violentas, como derribados en tierra por fuerza para ellos insuperable, o accidente inesperado, tremendo y sin defensa; con las facciones contraídas, y expresión bien clara en ellas de pánico invencible, de angustia incomparable, de estéril cólera impotente, de desesperación y de locura.

Uno hay, en particular, caído sobre el brazo izquierdo, con el cráneo pelado ya, pero conservando las facciones, con los dientes, blancos, iguales, completos, fuertes, enclavijados, totalmente al descubierto, pues no tiene aquella boca labios, y los ojos, los ojos sin párpados, redondos, saltones, horriblemente fijos, diciendo así tantas y tantas cosas, revelando tal y tan grande y tan sangrienta agonía, tal suma de sentimientos y de pasiones, desbordantes aún a pesar de los años por aquellas órbitas inmóviles, que el corazón mejor templado se estremece a pesar suyo.

No podía casi moverme, pues mis pies tropezaban con las piernas descarnadas y extendidas de otros cuerpos, cuyo torso desaparece bajo el montón de humanos restos; y girando en torno mío la mirada, atónita en presencia de aquel espectáculo de impiedad inconcebible y de horror sin términos, llamó poderosamente mi atención muy interesante y femenil figura, sentada, mejor dicho, colocada sobre tal hacinamiento de humanas reliquias imponentes, y recostada casi, a mi izquierda, en el lienzo de pared correspondiente a la nave septentrional de la suprimida Parroquia.

Tiene aquella mujer, que es joven, medio envuelto el torso en los restos de burda camisa de lienzo casero, fuerte, de grueso tejido, color grisáceo, y en algunos sitios ensangrentada, y casi desde los muslos ambas piernas con visible desorden al descubierto. La una de ellas, aparece montada y doblada sobre la otra, en la actitud de caída violenta, no en posición natural y acostumbrada. Conservan las líneas mórbidas que tuvieron en vida; y la piel, que parece de extraños jugos alimentada, es suave al tacto, fina, sedosa, sin contracciones, sin

asperezas, tersa, como el mármol pulimentado. Pequeños, de buena escultura, sin juanetes, sin desecación que los desfigure, son los pies, desnudos lo mismo que las piernas.

Gravita el busto sobre las caderas, con marcada inclinación á la derecha; tiene los brazos de buena forma y desnudos también; el de aquel lado, recogido, y el izquierdo, levantado todavía en actitud medrosa y defensiva, como para ampararse y guarecerse tras él, y resguardar así el rostro con la mano, la cual aparece abierta, pero con los dedos caídos en desfallecimiento natural, y algunos ya rotos por las falanges. Muestra la cabeza reclinada sobre el hombro derecho; las facciones son bellas, juveniles, e impregnadas de cierta dulzura que la muerte imprime en algunos semblantes, antes de descomponerlos; los párpados, caídos, a través de las pestañas, que son largas y parecen rubias, dejan ver parte del globo del ojo, y la expresión de aquel rostro es totalmente resignada.

Algo del cabello sobre el cráneo resta; pero envuelto en los tenues hilos de multiplicadas telarañas, no me atreví a comprobar, por cierto respeto aquel detalle. Ofrece por semejante circunstancia el aspecto de haber sido rubio, y en el temporal izquierdo se abre circular agujero, como de seis milímetros de diámetro, el cual, siendo nido de varias generaciones de arañas, perfora el hueso, y es seña indudable de que, producido a quemarropa por un arma de fuego, hubo de penetrar el proyectil en la masa encefálica, ocasionando la instantánea muerte de aquella pobre criatura.

En tal actitud, en tal disposición, y en aquel estado, parece la momia una obra de arte: una escultura, arrancada de la vertiente de alguno de los frontones de la era del Renacimiento. Y con verdad, que podría servir muy bien a un escultor para modelo.

Tan vivamente despertó mi simpatía, que su imagen, toda dulzura, joven, fresca, bella, resignada, no se me borra de la imaginación, desde que mis ojos la contemplaron.

¿Quién fué aquella mujer? ¿Qué ocasión, qué accidente, qué

catástrofe sangrienta le privó de la vida? ¿De quién y de qué fué víctima? ¿Qué horrores presenció y experimentó, llena de sobresaltos? Y ¿qué relación guardan entre sí, por último, todos estos restos humanos, en estado tan distinto los unos respecto de los otros?

Hacíame en vano estas preguntas, a tiempo que de aquel lúgubre recinto silencioso iba poco a poco huyendo la escasa luz crepuscular que por entre los hierros de la abierta ventana penetraba, y sin poder apartar los ojos de la simpática y atractiva figura femenil, que cautivaba mi atención sobre todo, y que se destacaba aún, en medio de las sombras que envolvían el resto de la estancia.

Nadie sabía nada. Allí no había ni un letrero, ni una nota escrita, ni una memoria, ni una fecha, ni la menor indicación siquiera. Nadie tiene ni conserva idea alguna de la procedencia de tantos humanos despojos, como hay en aquella cámara amontonados, Dios sabe desde qué accidente, ni de qué tiempo.

Extraídos de las bóvedas sepulcrales y de los enterramientos primitivos de la que fué Parroquia, los han supuesto algunos, no sin racional fundamento, a mi juicio. Si fuera posible averiguar por los libros de fábrica, si existen, desde cuándo se halla destinado aquel estrecho recinto a depósito de humanos restos, podría sospecharse los hay allí de generaciones que vivieron en el siglo XIII y los siguientes.

Recuerdo al propósito, cierto documento, no conocido ni utilizado hasta ahora por nadie, el cual se conserva en el *Archivo Histórico Nacional*, y lleva la fecha del martes 18 de Setiembre de 1408 (1).

Es una carta del Arzobispo de Toledo don Pedro de Luna, autorizando al Arcediano don Diego Ramírez de Guzmán para ciertas cosas a la iglesia de *San Román* relativas; y entre otros particulares, muy interesantes para la historia de

(1) Sala VI, caj. 224 y 225, 9-E.

aquel templo, da cuenta de cómo los Predicadores de *San Pedro Mártir* adquirieron para su convento «un lienzo de la claustra de la dicha iglesia», en precio de 5.000 maravedises, y que había en la claustra un altar de San Urbano, y el caruero y fuesas de finados, cuyos huesos fueron trasladados dentro de la memorada iglesia.

¿Serían trasladados aquí? Aunque verosímil, esta sospecha es referible solamente, con todo, al hacinado montón informe del fondo de la estancia.

Aquella, en general, fué gente que murió en su lecho, atendida, cuidada, y amortajada; conducida en féretros, según costumbre, á la Parroquia, y sepultada en ella, ya en carneros, ya en enterramiento más o menos suntuoso y propio, ya en fosa común y humilde; pero con todas las solemnidades, con todos los sacramentos quizás, y todas las ceremonias de la Iglesia. Sobre sus sepulcros, o su huesa, fueron colocadas por el amor, por la gratitud o por la vanidad, y según su categoría y el lugar del enterramiento, estatuas yacentes, que en 1408 desaparecieron; aquellas historiadas losas sepulcrales, de rica labor, y timbradas con nobiliario escudo, que forman en gran parte aún el pavimento de la Parroquia, y que ha hollado y desgastado el pie de muchas generaciones, borrando en casi todas el nombre de los difuntos y su alcurnia; aquellas otras lápidas, de curiosísimos epígrafes rimados en alambicado latín, que figuran empotradas en los muros, y que procura deletrear el visitante.

Allí estarán, de cierto, los mortales despojos, entre otros muchos desconocidos, de aquel caballero digno de alabanza, valiente y piadoso, nieto sin duda del famoso don Esteban Illán, que Miguel Illán se llamó en vida, y falleció a 13 de Marzo de 1268 (1); los de cierto joven milite, Diego de nombre, muerto en Noviembre de 1220 (2); los del noble joven Ro-

(1) «Dignus eques lande, | strennus, pius, sine fraude», dice su lápida sepulcral.

(2) «Ingenuus miles, juvenum flos, vas probitatis.»

drigo, hijo de Oveco y de Leocadia, fallecido en Julio de 1262 (1); los del preclaro y generoso milite Ferrán González, que resplandecía entre sus conciudadanos por su probidad, y murió en 24 de Agosto de 1270 (2); los de la virtuosa doña Loba, que falleció en Abril de 1273 (3); los del milite famoso en armas, Alonso Pérez, que era muerto ya en la propia fecha (4), y los de cierto Ruy Díaz, como el Cid, hijo de Diego González, que pasó de esta vida en Agosto de 1281 (5)...

Pero aquella otra gente, cuyos cuerpos se hallan en la parte más ancha y más cercana al extraño ingreso; cuyo estado de conservación es distinto; que aún tienen jirones de ropas, y cuyas actitudes, en especial, por modo no dudoso delatan y patente hacen la violencia de que fueron víctima, aquella gente, repito, está proclamando diferente procedencia, y es incuestionable su intervención en acontecimientos que ha debido registrar la Historia.

Son, los más inmediatos y enteros, representantes de la masa anónima del pueblo. Gente, a quien la muerte ha sorprendido en la calle, defendiéndose y luchando acaso; en el interior, quizá, de su domicilio, a deshora invadido y perturbado por desenfrenados asaltantes, y en aquel lugar sagrado precipitadamente y como a escondidas llevada por manos piadosas, y por ser también el más próximo sin duda.

Por esta causa, sus cuerpos exangües están momificados terrorífica y simultáneamente por la acción del tiempo, y las condiciones particulares del local en que se hizo el depósito.

(1) «Sanguine non modicus..., vir bonus,... blandus, pius ets iuvenilis.»

(2) «Miles generosus,... praeclarus nobilitate | inter concives nimia fulgens probitate.»

(3) «Proba domina... sine culpa, mitis, morosa, | pia, pulcra, nimis generosa.»

(4) «Miles famosus | probus armis et generosus... Largè danda dabat | nullis donanda negabat.»

(5) La lápida de su padre, que era «clarus genere, moribus et opere», lleva la fecha de 17 de Marzo de la era 1314, año 1276 en que falleció: cinco años antes que el hijo.

Por eso, figuran en el borde de aquel revuelto mar de osamentas, y colocados sobre él y fuera de él, enteros, horribles, acusando a alguien de su destrucción terrena, como los niños, sacrificados impiamente por la bárbara y estéril crueldad de sus verdugos desconocidos...

¿Son víctimas, por aventura, de nuestras malhadadas y sempiternas discordias civiles?... ¿Lo son de la cólera salvaje de los invasores soldadós de Napoleón, que tantas fechorías del mismo estilo hicieron por cuantas poblaciones pasaron, y que tos daños causaron en Toledo?...

Así pensaba yo, cuando me determiné a examinar los jirones de las telas que cubrían algunos de aquellos cuerpos. Pedí por el boquete un cabo de vela, pues ya la luz había desaparecido; y el trémulo y rojizo resplandor de la parpadeante llama de la bujía, acrecentó el horror de la fúnebre estancia. Con toda circunspección, y con el mayor respeto, procedí a la indagación apetecida. Entre mis dedos, se deshacían como yesca las cotonías estampadas de las ropas de los párvulos, y las telas descoloridas de los hombres; pero por la factura, por los dibujos, por la clase, y por el corte de las prendas, hube de persuadirme en breve de que aquellos infelices asesinados, no eran víctimas de la soldadesca francesa, ni menos del furor ni de carlistas ni de liberales, en la primera de nuestras desdichadas guerras civiles.

A mi memoria acudió entonces el recuerdo de aquella otra guerra en que empeñó a los españoles la imbecilidad de Carlos II, dividiendo las opiniones, y haciendo que la sangre generosa de los hijos de esta pobre nación, una y otra vez se derramase en los campos de batalla y en las poblaciones de toda categoría, para perder Gibraltar ignominiosamente, y sentar en el trono de los Alfonsos y de los Jaimes al nieto del ambicioso Luis XIV.

Recordé que, al finar del año 1710, tan lleno de amarguras y tan aciago para los toledanos, desde Madrid marchó en retirada el general Staremberg, al frente de holandeses, de portu-

gueses y de austriacos, y que, con el pretexto de defender la línea del Tajo y de fortificarse en la antigua corte visigoda, penetraba en ella por el *Puente de Alcántara*, y señoreaba la ciudad sin resistencia de ninguna especie, y como en militar paseo.

En aquella retirada hacia las comarcas aragonesas, las tropas del Archiduque, ya desmoralizadas y sin freno, ocasión no perdonaron de vejar ni de escarnecer de mil maneras a los españoles, partidarios de Felipe de Anjou; y así, no hubo iglesia, ni convento, ni santuario, ni hogar, ni fábrica, ni edificio, que no fuesen profanados y saqueados, ni niño, ni anciano, ni mujer, ni sacerdote, ni persona de religión, que no fuera víctima de su salvajismo, y de sus brutales atropellos.

Vió Toledo entonces, en la retirada de aquellos que más que soldados eran feroces forajidos, arder el celebrado *Alcázar*, monumento insigne por Alfonso X reedificado, reformado en etapas sucesivas por nuestros monarcas, acondicionado por los Reyes Católicos, y con tanto afán como ilusiones transformado por Carlos I y Felipe II, y contempló lleno de espanto cómo perecían entre las llamas implacables los primores con que le habían acaudalado Covarrubias, Herrera, Vergara y otros afamados artistas.

Las estrechas calles tortuosas de la imperial ciudad, los apartados arrabales, los caseríos de la vega, testigos fueron de la lucha que al fin entabló desesperado el pueblo, en defensa de sus hogares, villanamente profanados...

Aquella, aquella fué indudablemente la ocasión sangrienta en que, satisfaciendo desenfrenados apetitos, gozando en la destrucción y en el crimen, cebando la cólera cobarde del vencido,—a los golpes de la soldadesca de Staremborg, caían sin amparo el padre, el hermano, el esposo, el hijo y el amante, y en que, atropelladamente, después, o durante el choque, huyendo de aquellas furias, por todas partes derramadas, con terror y pavora invencibles eran recogidos en las calles y en las casas los cadáveres y conducidos a los templos más cercanos, donde quedaban depositados a toda prisa, sin orden, sin

concierto, sin ceremonia, en medio del horror más espantable.

Y en alas de la imaginación así despierta, en presencia de aquellos cuerpos momificados, teniendo ante los ojos, iluminada por el resplandor rojizo de la vela, la figura interesante de aquella joven, que después de largos años de su muerte violenta conserva aun fuerza atractiva suficiente para preocupar el espíritu de quien la contempla, veía desarrollarse aterradora y repugnante escena, tantas veces, antes y después y siempre, en todas las guerras por igual reproducida.

Veía, no lejos de aquel sitio, el pobre hogar del menestral o del bracero, solitario, medroso y triste, como abandonado por los hombres, fuera de su recinto lanzados a la lucha. En él, la doncella atribulada y temerosa, toda angustias y sobresaltos, o la madre joven que, estrechando contra el seno entre amargas lágrimas el fruto de sus amores, temblaba al menor ruido... Veía entrar allí en tumulto soldados ebrios y brutales, excitados en medio de risas y chacota por bestiales deseos; sorprender a la indefensa virgen o a la esposa sin amparo; saciar en ellas cobardemente eróticos apetitos, y después de sangrientas burias, después de consumado el nefando crimen, cuando la víctima, sin alientos, desfallecía desnuda sobre el suelo o demandaba piedad de sus verdugos, asesinarla villanos y sin compasión, disparando sobre ella á quemarropa.

¿Cuándo fué aquella estancia fúnebre tapiada?... Decíalo, a mi entender, bien claramente, el retablo de madera allí adosado, y costeadado por la religiosa devoción del propietario de Torrijos, cuyo nombre se lee en la moldura del cuerpo bajo; y mientras pruebas en contrario no haya, ha de creerse, como yo creí y sigo creyendo, fué en tal sitio colocado, quizás, para ocultar en el último tercio del siglo XVIII las huellas de aquella entrada, que nadie sospecha, y borrar la memoria de aquella mortuoria estancia, a la que hañ dado no muy cómodo acceso con su curiosa travesura los acólitos del templo clausurado.

Por otra parte, la fecha de 1774 que lleva la inscripción de

dicho retablo, aleja todo otro supuesto referible a la procedencia de aquellas momias más enteras a que especialmente aludo, las cuales ha presentado alguno como víctimas de la guerra de la Independencia.

Pensando en tales y tan tristes escenas como las imaginadas, con el ánimo profundamente impresionado y conmovido, abandoné como pude, y ya entre sombras, aquel tétrico lugar, y salí de la iglesia preocupado y silencioso, con ansia de respirar sin opresión y libremente el aire de la calle, pero sin lograr que del angustiado espíritu se borrara aquel cuadro de horrores y tristezas, y sin comprender cómo en la piadosa Toledo, que tiene fama de ser población por extremo religiosa; donde se levanta el solio del Cardenal Primado de las Españas, y donde tan abundosa es la clerecía, nadie ha cuidado hasta ahora de que sean devueltos a la tierra aquellos humanos despojos, envoltura de seres cuyos nombres, en realidad, nadie sabrá nunca, y que no podrán ser identificados, pero que fueron, que pensaron, sintieron, creyeron, amaron y padecieron como nosotros!

Guerreros los unos en la edad medioeval, mártires oscuros los otros de nuestras guerras, dignos los conceptúo del respeto, y aun de la veneración acaso de los que hoy vivimos; gentes desconocidas, los más de tiempos diversos, no son menos acreedores al propio homenaje, que es, al fin, una de las obras de misericordia, por parte de la generación presente.

¡Pero allí siguen y allí seguirán hasta que Dios disponga, pues ni clérigos ni seglares se preocupan de tal cosa para nada!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

LA AMÉRICA MODERNA

La doctrina y el ambiente social.—Límites de la acción de las ideas. La razón de ser del socialismo según los países. Europa y América. La vida del trabajador en los Estados Unidos y la debilidad del socialismo norteamericano. El socialismo en la Argentina. La distribución del sindicalismo europeo.—La emigración de capitales españoles. Los valores americanos en España. Los argentinos.—Las comunicaciones entre España y la Argentina. La colonización militar chilena. La provincia de Tacna.—Defensas militares del Perú. Las anexiones y el honor nacional.

La incorporación de ideas en la conciencia social no se realiza como los procesos naturales, que yuxtaponen, funden y trasplantan las materias en nuevos centros de vida. Las ideas políticas, por ejemplo, que se importan en un país, sin que éste tenga las condiciones objetivas suficientes para darles vida, se agostan, sin que su aparición revista otros caracteres que los de una simple imitación. Un hombre no se hará músico comprándose una pianola, ni las lecciones de moral harán florecer en el alma otra cosa que no sea una flor pintada en la imaginación. Sólo lo indiferente espiritual, la Ciencia, puede incorporarse a todas las sociedades, a todos los pueblos que no sean inferiores o degenerados; el Arte tiene ya que pasar a través de los temperamentos; las leyes, como normas de vida social, no son indiferentes ni a la historia ni a la raza de un pueblo... Cuando se plantea el problema de la reforma de ins-

tituciones nacionales o se predicán doctrinas exóticas, se suele prescindir con harta frecuencia de todas estas exigencias. La vida política ofrece muchos casos de este género.

Cada vez que la sociedad sufre una perturbación con las agitaciones obreras, se paralizan las comunicaciones, se estanca el negocio bursátil, se enluta la Constitución, y de las doctrinas de reforma social parece elevarse una llama roja, se oyen las mismas invectivas contra la propaganda de las ideas, como si la simple predicación fuese la causa de los males que se deploran. Los llamados elementos de orden piden represiones, la clausura de círculos políticos y obreros, la suspensión de publicaciones, porque creen que la causa de todas las perturbaciones está en la propaganda de ideas disolventes para el régimen social en que vivimos.

Yo también creo que la dinámica originaria está en las ideas; la idea es una fuerza, sobre todo, cuando está hondamente sentida y el medio social favorece la expansión de la misma, convirtiéndola de simple representación ó imagen que flota como corpúsculo de luz en los senos espirituales del hombre, en fuerza y hecho. Pero las ideas, por revolucionarias que sean, no bajan siempre a la tierra firme de los hechos; muchas son las ideas que, aun habiendo sido propagadas ardientemente, han atravesado el régimen ideal de la conciencia humana, como esas nubes que cruzan el arco del cielo sin desprender una molécula de su agua sobre la tierra. La doctrina ha menester, para arraigar, de un cierto ambiente social que no le crea la propaganda de por sí. ¿Por qué, por ejemplo, los emigrados alemanes que salieron de su patria inflamados por la fe socialista, no han logrado prender su fuego en los Estados Unidos? ¿Por qué el eco retumbante de las predicaciones radicales en Europa no se repite en la Argentina? ¿Por qué, aun dentro de la misma Europa, unos países responden a la agitación sindicalista y otros no? Y, sin embargo, ya en forma de torrentes de literatura, ya en forma de predicaciones, en unos y otros países se derrama la propa-

ganda. Algo hay, sin duda, que opera en la sociedad como coeficiente poderoso a la simple enunciación de las doctrinas, para que éstas puedan ser efectivas.

Realizando yo una labor inductiva, me encuentro con que las condiciones de la vida social son suficientemente distintas para explicar la diferencia de la agitación social en los países aludidos.

¿Por qué hay socialismo en Alemania y no le hay en los Estados Unidos?... Pregúntese a seguida cómo vive el proletario en Alemania y cómo vive en los Estados Unidos. Un gran prestigio socialista, ortodoxo, el profesor Werner Sombart, nos contestaría diciéndonos que el trabajador norteamericano vive mucho mejor que el alemán, y entregaría a nuestra reflexión las siguientes estadísticas:

El salario medio anual, comparado entre ambos países y por grupos de industrias, en 1900, fué el siguiente, calculado en marcos (1 marco = 1,20 pesetas):

INDUSTRIAS	Alemania.	Estados Unidos.
	<i>Marcos.</i>	<i>Marcos.</i>
Confección.....	621,4	1.323,0—2.276,4
Vidriera.....	724,9	2.156,6
Alfarera.....	772,2	1.701,0
Ladrillera.....	556,2	1.482,6
Hierros y aceros.....	792,5-1.014,2	1.642,2—3.074,4
Química.....	929,4	2.060,6
Textil.....	506,0—776,5	1.129,8—2.192,4
Papelera.....	714,4—765,9	1.318,8—2.087,4
Curtidos.....	894,8	1.436,4—1.822,8
Maderera.....	698,0—821,0	1.417,0—1.801,8
Molinera.....	743,0	2.007,6
Azucarera.....	596,0	2.045,4—2.326,8
Tabaquera.....	541,0	1.024,8—1.663,2
Tipográfica.....	893,7	1.747,2—2.234,4

La diferencia a favor del salario norteamericano es bien clara.

Además, las subsistencias, vestidos y habitación no resultan más caras en los Estados Unidos, y en algunas de estas ca-

tegorías de gastos, como en la habitación, son enormemente más bajos, por lo que puede concluirse que el salario nominal y real en los Estados Unidos es muy superior al de Alemania.

Sobre tal base de vida firme, con una clase patronal que asocia a su porvenir el porvenir del obrero, el alma del proletario norteamericano siente la alegría de vivir y no piensa en revoluciones. El aire de contento y entusiástica jovialidad de que habla el Profesor William G. Summer (*air of contentment and enthusiastic cheerfulness*), orea la frente del trabajador; el pesimismo, dice Bryce, es la lujuria de la masa, el optimismo el deleite privado (*pessimism is the luxury of a handful, optimism is the private delight*).

La propaganda de la idea revolucionaria socialista rebotaba en los cerebros del trabajador americano. Era una marcha irregular la que han revelado las estadísticas electorales desde 1900 a 1905 en Alabama, Colorado, Massachussets, Pennsylvania, Texas, New-York, Chicago; tan pronto aparecía un puñado de votos socialistas, como no quedaba ni rastro de los mismos.

Ya estoy viendo venir a los que me objetarán que en los Estados Unidos hubo una explosión anarquista. Es verdad, pero no es menos cierto que fué consecuencia de una terrible crisis económica que, tanto allá como aquí, produce calamidades sociales de todo género. Podría un pueblo que sufre una crisis económica ser comparado en desesperación al coro griego que en la plaza de Tebas pide un remedio a Edipo rey.

Todavía más de los Estados Unidos. Allí, todo ciudadano mayor de veintiún años puede obtener en propiedad 80 acres de tierra cultivable. Por este procedimiento se ha puesto en cultivo en Norte América un territorio mayor que Alemania, en el transcurso de veinte años, desde 1870-1890.

¿Se comprende por qué el inflamado socialista alemán fracasa en los Estados Unidos? Aquí, la tierra libre brinda un hogar al hombre; en Alemania, y más aún en España, el que quiera correr campo atraviesa dos minutos, pronto tropieza

con la estaca del guarda o con el terrible interdicto del propietario.

Resumen de la psicología norteamericana es la arrogante palabra de Roosvel, que exalta la acción, ama la paz y se ríe del misticismo con ganas de burgués sano y tosco humorismo yanqui.

No, no hay que temer la idea ni la propaganda de la doctrina. Ellas se quiebran al contacto de la realidad, cuando ésta es refractaria a aquéllas, y la realidad... todos contribuimos a formarla.

La rabia sindicalista se propaga en Francia y en Italia, pero no en Alemania. ¿Por qué? Porque, digan lo que quieran los germanóforos, en Alemania no se han cometido las atrocidades de Chalón y la Martinica, ni han llegado al poder arlequines como Briand, que escupía desde la Presidencia del Gabinete francés la hostia socialista que tragara pomposamente la víspera. Ni el tipo de constitución económica es igual en Francia e Italia que en Alemania e Inglaterra. En las primeras predomina el artesanado, la sindicación, el movimiento antipolítico sindicalista, por consecuencia; en las últimas, la gran fábrica, la masa proletaria, el movimiento socialista.

La comparación entre Alemania y los Estados Unidos, la podríamos establecer, en cierto modo, entre España y la Argentina. Y es que, por regla general, los países coloniales ofrecen más posibilidades de desarrollo que los países viejos para la clase obrera. No hay que olvidar el caso de los penados ingleses que en la Austrasia se reformaron más por el influjo del medio que les ofrecía mejor vida que por la acción penal. En los países de la vieja Europa hay, por regla general, más abundancia de fuerzas de trabajo que en los países coloniales; por esto los empresarios pueden ser más fuertes ante el obrero y dictarles la ley en cierto modo; en las tierras coloniales el capital está más necesitado de fuerzas de trabajo, y éstas son las que en muchos casos imponen la ley.

En la Argentina hay masa proletaria, pero su principal

preocupación no es mantener la lucha de clases sin cuartel, como en los países en donde se ve acorralada, y la posibilidad de formarse un patrimonio es más reducida. La exigencia ideal de reforma social no es bastante para producir en ella una corriente socialista faltando la exigencia real intensa que se siente en Europa. La ley de Defensa social argentina se ha promulgado contra los anarquistas, no contra los elementos obreros de la República.

La doctrina tiene una eficacia mínima en todas partes si no encuentra ambiente para su vida. Será tan inútil predicar ideas no existiendo ambiente, como perseguirlas habiendo creado antes una densa atmósfera que la haga vivir hasta en la oscuridad.

*
* *

A la emigración de población que caracteres tan agudos ha ofrecido estos últimos años en España sigue con visos muy alarmantes la emigración de capitales, de resultados tan funestos por lo menos como la emigración de población. Aun siendo un mal la emigración de brazos en España, teníamos la compensación de que se impedía así la aglomeración de brazos inactivos y una importación de los ahorros de los emigrantes. Pero con la emigración de capitales se completa el estancamiento de la economía nacional.

En quinientos millones calculaba el Sr. Sánchez de Toca la cantidad emigrada de España en 1910 («Reconstitución de España en vida de Economía política moderna»); en el presente año esta corriente emigratoria se acentuará merced á la atracción de los valores americanos sobre todo.

La Bolsa de Bilbao ya ha admitido a cotización, previo informe de la Junta sindical, valores argentinos, y ahora se trata de que se coticen en la Bolsa de Madrid los títulos de la misma procedencia.

La Cámara de Comercio de Madrid ha dicho lo siguiente, a propósito de este asunto:

E. M.—*Enero 1912.*

«Acepta esta Cámara de Comercio que se coticen en España dichos valores, sometiéndolos desde luego a los tributos que sean de justicia, para que no resulten beneficiados por encima de los nacionales; pero no puede por menos de llamar la atención del Gobierno de S. M. sobre lo que dicha petición significa.

Si en nuestra nación no hubiera capitales disponibles para emplearlos en esos valores, no se nos harían peticiones como la que nos ocupa; demostrándose, por consecuencia, que esos capitales existen, y prueba de ello reciente la tenemos en el aumento del capital del Banco Español del Río de la Plata, evidenciando este fenómeno que hay plétora de dinero paralizado, y que se emplea en valores públicos, nacionales y extranjeros, huyendo del empleo en edificaciones y en negocios mercantiles, y más especialmente en las industrias.

El Gobierno, pues, debe tomar las medidas necesarias para que el capitalista español se decida a industrializar su dinero, único modo de coadyuvar a la prosperidad de la Patria.»

La corriente de emigración de capitales tiene una doble causa en España: la tendencia del capitalista español a invertir su dinero en valores públicos, huyendo de los cuidados y riesgos de la explotación industrial, lo que supone tanto cobardía como ignorancia o falta de formación técnico-industrial y el apartamiento de toda empresa que no dé por lo menos un 8 por 100.

La busca de valores públicos bien retribuidos le hace abandonar el menguado de 3 $\frac{1}{2}$ por 100 de los valores españoles, que no tienen los beneficios de las explotaciones monopolistas, y busca el 5 por 100 pagado en oro, que encuentra en Francia y otros países. Nuestro dinero va así camino de los Bancos franceses, ingleses, suízos, americanos... Los Bancos americanos ofrecen no solamente buenas garantías, sino también buenos intereses en oro. Dividendos del 15 por 100 no son raros en el Banco de Chile, y del 12 por 100 en los Bancos Español de Chile y Río de la Plata. Este Banco, en

media docena de años, ha triplicado su capital hasta llegar a los 100 millones de pesos.

Es totalmente inadmisibile la pretensión de algunos que quieren impedir la cotización de los valores americanos en las Bolsas españolas. No se puede hacer excepción en esta materia. ¿No se cotizan en Madrid las acciones del Banco Nacional de Méjico, del Oriental y del Central Mejicano? ¿No se hace lo mismo con el Río de la Plata? Las obligaciones del Banco Territorial y Agrícola de Puerto Rico, las de la Corunna Waterworks Company Ld., ¿son desconocidas para nuestra Bolsa?

Ciertamente que se podría pedir la igualdad de condiciones a aquellos países cuyos valores cotizamos aquí, por lo que a los nuestros se refiere; pero no podemos cerrar la puerta a los valores extranjeros, ni mucho menos establecer privilegios entre ellos.

Pero hay una razón de decisiva importancia, y es: que a pesar de todos los impedimentos, el capital español buscará la mayor ganancia, esté donde estuviere.

Por otra parte, no deben considerarse perdidos para la economía nacional española los capitales invertidos en valores extranjeros, si bien fuera de desear que hubiese una mayor preferencia por los investimentos nacionales, pues tales capitales han de ser finalmente repatriados, más los intereses de los mismos, que fluirán normalmente a España. Tal vez la acumulación de valores extranjeros en la Bolsa de Madrid imprimiría una actividad bursátil a la plaza española, que la haría más resistente a las influencias de la Bolsa de París.

Bueno es recordar a los que solicitan la prohibición para las cotizaciones de valores americanos, que no se puede pedir tal cosa, y hablar al mismo tiempo de fraternales uniones hispano-americanas.

Fuera del Sr. Sánchez de Toca, no sé de ningún político español que se haya preocupado de este magno problema de emigración de capitales, y dé los remedios al mal. En su obra anteriormente citada escribe:

«Para la dirección y garantía de las inversiones del ahorro de los españoles, que en tan copioso torrente empieza a derramarse en negocios particulares de alta finanza emprendidos fuera de nuestras fronteras, nada sería de tan positiva eficacia como el instituir el patronato de un gran *consortium* de nuestros principales elementos bancarios, teniendo a su frente, en la forma que resultara más adecuada, el inmenso prestigio del mismo Banco, que, por las investiduras de la confianza pública, manifestada con el sufragio universal de los actos sociales, tanto o más efectiva que la investidura electoral de cualquier otro procedimiento de sufragio, resulta ya instituido en incomparable depositario de nuestras supremas reservas bancarias.

»Un patronato financiero de esta condición sería insuperable para actuar como sindicato de aval de emisión y prestar la plenitud de seguridades a la confianza pública, tanto en punto a la calificación preliminar de un negocio, y a movilizar sobre él las clientelas nacionales, respecto a colocación de acciones y obligaciones de una empresa destinada a operar fuera del territorio nacional, cuanto a amparar luego a la masa de los accionistas durante el desarrollo de la gestión contra las maquinaciones de los balances amañados, y las falsedades de los reclamos prodigados mediante venalidad o confabulación de las agencias de la publicidad, y a todas las demás piraterías financieras, sobrado sutiles para no escaparse por entre las mallas más apretadas que puedan discurrir las reglamentaciones orgánicas.»

Desgraciadamente el Banco de España resulta impedido para cooperar a esto con la trascendental eficacia que corresponde a la preeminencia de su posición. Aparece entorpecido para las funciones más esenciales de su institución, tanto por los formalismos a que la inexperiencia o la imprevisión lo encerraron en sus propios estatutos, cuanto por las demás trabas legislativas que, por inconsciencia o deliberadamente, han venido a imponerle.

Entre estas trabas que entorpecen la normalidad de su funcionamiento, descuella el complejo artificio que le sujeta, en cuanto al modo de computar en los balances, la proporcionalidad de los valores. Por ello, cuando se trata de operaciones de importancia y que requieren mayor plazo que el de noventa días, nuestra principal institución bancaria figura actuando como valor muerto en la economía nacional.

Por error fundamental de los estados jurídicos que se le han impuesto, y deficiencias de su régimen estatuario, el Banco, que puede derramar discrecionalmente sus favores por las vías del crédito personal, está imposibilitado para prestar esos mismos beneficios a las grandes Compañías y Corporaciones por las vías del crédito público, bancariamente organizado para las más importantes operaciones. Así, la industria, el comercio, la agricultura, las obras públicas, el crédito colectivo de grandes empresas y Corporaciones resultan, para los negocios mejores, excluidos de las relaciones del patronato bancario con el principal depositario de los capitales y de la confianza nacional. El Banco no puede cooperar a la formación y organización de empresas, ni a suscribir emisiones o a tomarlas en garantía a plazo que exceda de noventa días. No puede desempeñar función de intermediario en los negocios y en primordial finalidad de prestar las iniciales facilidades en la organización del crédito. Ni siquiera puede entrar a estudiar el fondo de un negocio. Lo esencial para él es la *forma*, o sea que el documento que ha de llevar a cartera se ajuste a estrechos formalismos que lo hagan computable para la proporcionalidad.

Cierto es que la vida bancaria española es mezquina para propulsar el fomento nacional. El consorcio que preconiza el Sr. Toca, tiene el lado negativo de la acción que pudiese desenvolver en el crédito público.

*
*
*

Las comunicaciones entre España y la Argentina no responden a las necesidades del intercambio entre ambos países. Tal abandono ocasiona la pérdida de buenos ingresos para la economía nacional española, ingresos que absorben otros países en forma de fletes para sus Compañías de navegación y tarifas de transporte para sus ferrocarriles.

Según proposiciones que se formulan en la Argentina, la organización de dos o tres salidas más de vapores españoles que salgan del Mediterráneo y del Cantábrico de manera que cada diez días o cada semana llegase a Buenos Aires un vapor español, sería muy productiva.

De las cuatro salidas mensuales, dos deberían ser de vapores de lujo, a fin de proporcionar pasaje a los viajeros de primera clase, que podrían dar un contingente de 500 a 600 pasajes; otros dos vapores más modestos completarían la organización, que acapararía el 90 por 100 del tráfico entre España y la Argentina. Con ello ganaría enormemente el tráfico de pasajeros y de mercancías, favoreciendo al mismo tiempo la exportación. Esta línea marítima debería ser completada a su vez con la organización de un servicio de trenes en la Península que pusiera en rápida comunicación a España con Centro Europa.

Un tren de lujo, que desde Cádiz a Hendaya no invirtiese mucho más de veinticuatro horas, a fin de que el trayecto de Cádiz a París se pudiese recorrer en dos días como plazo máximo, convertiría a España en país obligado de tránsito entre la Argentina y España. Así podría hacerse el viaje de Sud América a España en trece días y a París en quince. Con los 100.000 viajeros que van de España a la Argentina, y los 50 millones de pesetas de tráfico, se podría sostener con segura rentabilidad tal organización.

Cada mes llegan a Buenos Aires dos ó tres vapores españoles, lo que no llena las exigencias del movimiento emigratorio con la Península. Puede calcularse en ocho o diez el número de vapores españoles que se podrían utilizar para el intercam-

bio con España. Las Empresas españolas dejan perder una explotación magnífica; las extranjeras que explotan este negocio reparten a sus accionistas el 10 y el 12 por 100, y hacen su negocio con españoles. Se da el caso de que buques italianos que salen de Génova vacíos, van a Barcelona, y después de tocar en otro punto del Mediterráneo español, llegan a Buenos Aires con 1.200, 1.300 y hasta 1.500 pasajeros españoles, y regresan a Génova con lastre, y obtienen ganancia todavía, y no pequeña.

El capitalista español, por su tendencia a invertir el dinero en valores públicos, no llega a rebasar al interés del 4 por 100, mientras que, con algo más de valentía y de espíritu comercial, obtendría el 6, el 8 y el 10 por 100. Esto es algo más racional que esperar el interés del capital propio por obra y gracia del arancel proteccionista.

*
* *

Chile no se aviene á devolver al Perú las dos provincias, Tacna y Arica, que le fueron entregadas en virtud del Tratado de Ancón; el Perú no renuncia a recobrar el pedazo de territorio que constituye para él lo que la Alsacia y la Lorena para Francia.

El Consejo de Estado de Chile ha enviado al Congreso un proyecto del Ejecutivo, encaminado a chilenizar esa parte de territorio peruano, por medio de la colonización, con elementos de población chilena. La empresa es ardua, porque la colonización de un país constantemente amagado por un enemigo, exige que la colonización sea militar. Así lo han comprendido los chilenos al organizar una colonización que brindan a los elementos militares. He aquí el texto del Mensaje enviado a las Cámaras en Noviembre último:

«Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados:
En uso de las facultades que otorgó a Chile el Tratado de Ancón en la provincia de Tacna, y para fomentar en ella la

agricultura y demás industrias, el Gobierno presentó al Congreso nacional, y éste aprobó, la llamada «Ley de colonización de Tacna», promulgada el 7 de Setiembre de 1909.

Aprovechando esas mismas facultades, considera el Gobierno que es de grande interés nacional constituir en dicha provincia la pequeña propiedad con propietarios chilenos.

Ahora se presenta una oportunidad para conseguir este objeto, con la permanencia de los conscriptos que cumplen su servicio militar de Tacna, y con la radicación de los empleados y pensionados fiscales que ahí residen.

Podría fácilmente llevarse a cabo el indicado propósito, y con verdadera eficacia y relativo poco costo, concediendo una gratificación local a los conscriptos y empleados, que se destinaría única y exclusivamente al uso de pequeños bienes inmuebles, adquiridos en dicha provincia por intermedio de la Caja Nacional de Ahorros.

La gratificación se daría por una sola vez a los conscriptos antes de su próximo licenciamiento. En cuanto a los empleados y pensionados, la gratificación consistiría en un tanto por ciento sobre sus sueldos y pensiones, que podría comenzar a descontarse desde luego. Esta obra sería completada con la construcción de habitaciones correspondientes, hechas por el Consejo de Habitaciones para Obreros.

En vista de las anteriores consideraciones, oído el Consejo de Estado para que pueda ser tratado en el actual período de sesiones extraordinarias, tengo a honra presentaros el siguiente proyecto de ley:

Artículo 1.º Los empleados y pensionados que se pagaren por las Tesorerías Fiscales de la provincia de Tacna, tendrán derecho hasta el fin del año 1925 a una gratificación equivalente a un 20 por 100 sobre sus sueldos, pensiones y demás gratificaciones, sujetas a las condiciones señaladas en la presente ley y en el Reglamento respectivo.

Art. 2.º Esta gratificación local no se podrá invertir sino en el pago de las cuotas de bienes inmuebles, adquiridos por

intermedio de la Caja Nacional de Ahorros, dentro de la provincia de Tacna.

Art. 3.º La Tesorería Fiscal entregará directamente a la Caja Nacional de Ahorros las cantidades correspondientes a esta gratificación local, para que sean abonados a una cuenta especial de cada empleado o pensionado, en la cual no se abonarán intereses.

Art. 4.º Comprada una propiedad por la Caja Nacional de Ahorros por cuenta de un empleado o pensionado, en conformidad a los Reglamentos de la Caja, las gratificaciones devengadas y las que se devengaren serán abonadas íntegramente al pago de dicha propiedad. Si terminada de pagar ésta quedare un saldo, no se podrá invertir éste sino en otra propiedad.

Art. 5.º Los empleados y pensionados que compraren estas propiedades pueden hacer voluntariamente mayores abonos.

Art. 6.º Las propiedades adquiridas, en todo o en parte con la gratificación local, quedan hipotecadas a la Caja Nacional de Ahorros, y mientras subsista esta hipoteca no podrán recibir otra nueva, ni ser embargadas ni enajenadas.

Art. 7.º Se concede una subvención de veinte mil pesos anuales a la Caja Nacional de Ahorros de Tacna por estos servicios, desde que se instalare en lugar de su propiedad en Tacna, en Arica y en Tarata hasta 1925.

Art. 8.º La gratificación local para los soldados y conscriptos será de dos mil pesos por una sola vez, y de tres mil pesos para los suboficiales, también por una sola vez.

El comando en jefe de la división determinará la época en que cada individuo del personal de su mando pueda adquirir propiedades con esta gratificación, siempre por intermedio de la Caja Nacional de Ahorros, y a la cual quedarán hipotecadas por el exceso de valor sobre la gratificación local: este exceso no podrá ser inferior a un 25 por 100.

No se les extenderá a los soldados y suboficiales título de-

finitivo de estas propiedades sino después de tres años de ocupación o trabajo personal de la casa o predio.

Art. 9.º Las mujeres casadas y los menores de edad que tengan más de catorce años, se considerarán libres administradores de sus bienes en lo referente a esta gratificación local y a la adquisición y goce de los terrenos y casas adquiridas con ella.—Barros Luco.—Alejandro Huneus G. H.»

Chile no ha buscado labradores para la colonización; en lo demás parece haber imitado a Prusia en su colonización del *hinterland* polaco. Más que las fortalezas, contribuyen a asimilarse un país los elementos nuevos de población; Chile combina ambos elementos.

Por su parte, el Perú contesta a estas medidas organizando la defensa nacional y apuntando a Chile. Los chilenos han buscado instructores alemanes; los peruanos, instructores franceses.

La Misión militar francesa ha hecho los siguientes trabajos:

Ha organizado la Escuela Militar en Chorrillos, para oficiales;

Escuela de suboficiales;

Escuela de Tiro y de Gimnasia para oficiales y suboficiales;

Escuela de Artillería e Ingenieros para jefes y oficiales;

Escuela de Caballería para oficiales y suboficiales;

Escuela Superior de Guerra, preparación para oficiales de Estado Mayor.

Todos sus esfuerzos se encaminan a preparar el ejército peruano de manera que el día fijado alcance los triunfos que el país con toda su alma espera anheloso, y trabajan con todo tesón y entusiasmo, impulsados por amor propio increíble, porque saben que en Chile existen instructores alemanes, los eternos enemigos de Francia.

Se les presenta la ocasión de medir sus propios conocimientos y doctrinas con el de sus adversarios en cabeza ajena; de allí el entusiasmo con que trabajan.

Por su parte, el Gobierno nada les escatima. Ellos proponen sus planes de compra de armamentos, construcción de ferrocarriles, fortificaciones, compra de buques, etc., e incontinentemente son cumplidos por el Gobierno con toda energía y aun a costa de los mayores sacrificios, como lo demuestran los diferentes impuestos que el pueblo mansamente recibe, porque se trata de la defensa nacional, que él considera santa.

En diez y seis años de labor en el ejército peruano, la Misión francesa ha obtenido, más o menos, los siguientes resultados:

Instrucción de 60.000 conscriptos con una sólida instrucción, desarrollada en dos años, que dura el tiempo de la conscripción.

Formación de un numeroso y seleccionado personal de oficiales y suboficiales.

Organización del ministerio de Guerra en departamentos y secciones, conforme á los principios que rigen al ejército francés.

Organización del Estado Mayor General, por idéntico sistema al del ministerio, repartida en secciones y departamentos.

Organización de cinco regiones militares con un Estado Mayor divisionario, servicio del Departamento Administrativo, del servicio sanitario, auditoría, depósito de armamentos, etc.

Construcción de fortificaciones en Lima y el Callao, dotadas con poderosos cañones de largo alcance y gran calibre, para protección de estas ciudades y de su escuadra.

Organización de trenes y columnas, bagajes, compañías sanitarias, con todos sus materiales y útiles para su inmediato empleo.

Construcción de ferrocarriles estratégicos a la Oroya, Primo, etc., que le permitan una rápida movilización de las tropas en todo su territorio de las regiones militares, y le aseguren una pronta reunión de ellos en los puntos que sea necesaria una concentración.

Organización de un criadero de caballos en Tumbes.

Compraron el año pasado 1.000 yeguas argentinas criollas cubiertas por potros, fina sangre de carreras, y son las que sirven de base al criadero.

Dotación de 160.000 fusiles, último sistema, con bala P.

Dotación de 10.000 carabinas Mauser, último sistema, con bala P.

Dotación de 200 cañones de tiro rápido de campaña y de montaña, sistema Schneider Danec, calibre 7,5 centímetros, modelo 1901 y 1904.

Dotación de 110 ametralladoras con todos sus accesorios.

Dotación de 10.000 sables.

Dotación de 1.000 tiros por cada fusil é igual cantidad para cada cañón.

Instalación de una fábrica de cartuchos que funciona desde el año 1909 en Lima, con capacidad suficiente para la producción de dos millones de cartuchos por mes.

Dotación de vestuario y equipo en almacenes para 60.000 hombres.

Han nombrado en cada departamento un comandante de reclutamiento, que se ocupa únicamente en los preparativos para la fácil movilización, o sea el paso de pie de paz al de guerra.

Cada licenciado tiene una libreta de identificación que le indica el lugar donde debe presentarse en caso de guerra, y asimismo la unidad en la cual debe servir.

Sería inoficioso entrar en mayores detalles; creemos que basta y sobra lo anunciado para formarse un concepto de su importancia.

La anexión de territorios ha sido siempre causa de eternas enemigas entre los pueblos; son menos dolorosas las indemnizaciones de guerra, por grandes que sean. La indemnización es un daño económico que el trabajo nacional repara con constancia; pero la anexión de territorios son heridas para el honor nacional que no se borran con dinero.

Por conservar Belfort, estaba dispuesto Thiers á todo: á la prolongación de la guerra hasta la completa pérdida de Francia. Sólo porque no quedase en poder de los alemanes aquella ciudad francesa, se avino el estadista francés á que los alemanes satisficiesen su orgullo entrando en París. Bismark cometió un error al pedir tierra francesa para Alemania, porque con ella se llevó hipotecado el odio francés para siempre. Pudo pedir más dinero, y el canciller prefirió herir en el corazón...

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.



REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—BIOGRAFÍA: Recuerdos de Wagner.—CUESTIONES SOCIALES: El fabianismo y su labor.—HISTORIA: El itinerario de los argonautas, según el poema de Apolonio de Rodas.—Las víctimas del libro.—LITERATURA: La estética naturalista y la realista.—PSIQUIATRÍA: Los vagabundos.—IMPRESIONES Y NOTAS: Las sensaciones de un fumador de opio.—Doña María la Brava.—¡Oh primavera, juventud del año!—La certidumbre de la nada.

BIOGRAFÍA

RECUERDOS DE WAGNER.—He aquí, extraídos de *Mi vida*, de Ricardo Wagner, algunos episodios poco conocidos, tomados de la traducción de Valentín y Schenk, inserta en *La Revue Hebdomadaire* de París.

Su padrastro, Luis Geyer, actor de carácter del teatro Real de Dresde, y pintor de afición de bastante mérito, quiso que Wagner se dedicara á la pintura. «Me acuerdo distintamente que hubiera deseado ver desarrollarse en mí el talento pictórico; su taller, con su caballete y los lienzos que le obstruían, no dejaban de hacerle impresión. Así, me acuerdo que me dediqué con ardor completamente infantil a copiar un retrato del rey de Sajonia, Federico Augusto; pero, en cuanto se trató de reemplazar esta pintorería sencilla por una enseñanza seria del dibujo, abandoné lápiz y pincel; quizá me hizo retroceder la manera pedante de mi profesor, un primo mío muy cargante.

»Desde mi más tierna infancia el teatro ejerció gran imperio en mi imaginación. No penetraba en él únicamente como

muchacho espectador que tiene su puesto en el palco misterioso que comunica con la escena, como abonado de bastidores que admira los trajes extraordinarios y los disfraces característicos que en ellos se encuentran; entraba allí también como actor. Había asistido a *La huérfana y el asesino*, y a otros dramas sombríos que me llenaban de miedo, y en los que mi padrastro tenía los papeles de traidor, cuando me fué necesario aparecer yo mismo en escena. En una pieza montada con motivo de la vuelta de cautividad del rey de Sajonia, *La Viña a orillas del Elba*, puesta en música por el maestro Weber, yo representaba un ángel en mallas, con alas en la espalda, y figuraba en el cuadro vivo, en una posición graciosa, muy difícil de tomar y de conservar. Me acuerdo también de haber recibido en aquellas circunstancias un gran alfeñique, que el rey, según me dijeron, me había enviado especialmente. Por último, me acuerdo todavía de haber representado un papel de algunas palabras en la pieza de Kotzebue, *Odio y arrepentimiento*, y de haberme valido en la escuela del pretexto de una larga escena que tenía que aprender para dispensarme de no haber hecho mis ejercicios.»

A los seis años, Wagner fué enviado a Possendorff, junto a Dresde, a casa de un pastor del campo, donde recibió una educación sana, sólida y sensata. Por las noches, el pastor les contaba la historia de Robinsón. La lectura de una biografía de Mozart interesó mucho a Wagner, y los artículos sobre la guerra de la independencia helénica le excitaron vivamente, provocando su entusiasmo por la Grecia, que se desarrolló más tarde con el estudio de la mitología y de la historia de los helenos. Apenas hacía un año que estaba en el campo, cuando tuvo que volver a su casa para asistir a los últimos momentos de la vida de su padrastro. Su madre, para distraer al enfermo, le invitó a tocar, en la habitación inmediata, lo que había aprendido al piano. «Toqué *Heb'immer Treu und Reidlichkeit*, y mi padre preguntó entonces a su mujer:—¿Tendría disposición para la música?»

Muerto al día siguiente, fué recogido por un hermano del difunto, platero, y llevado a Eisteben. «En sueños, he vuelto a ver frecuentemente la antigua pequeña ciudad con la casa de Lutero y todo lo relacionado con mi estancia dentro de sus muros. Siempre he deseado volver a ella alguna vez para comprobar la pureza de mis recuerdos, y es extraño que nunca haya conseguido realizar este deseo. Vivíamos en la plaza del Mercado. Esta plaza me ofrecía frecuentemente espectáculos singulares, como el de los titiriteros, que se paseaban sobre una cuerda tendida de una torre a otra. Mucho tiempo conservé de este espectáculo cierto interés apasionado por semejantes proezas; con ayuda de la balanza, conseguí andar con bastante destreza sobre una cuerda que había tendida en el patio, y desde entonces me ha quedado cierto gusto por los ejercicios de acrobacia, que siento todavía hoy.»

«La música era honrada en nuestra casa: mi hermana Rosalía tocaba el piano, y Clara empezaba a cantar. Antes, con motivo del cumpleaños de mis padres, se organizaban a escondidas, para sorprenderlos, representaciones teatrales que exigían grandes preparativos. Una de estas fiestas ha quedado grabada en mi memoria. Se había montado una parodia de *Safo*, de Grillparzer, en la que yo formaba parte del coro de muchachos que cantaban ante el carro triunfal de Faón. Traté de reavivar mis reminiscencias, valiéndome de un lindo teatrillo de fantoches que encontré entre las cosas dejadas por mi padrastro, y cuyas espléndidas decoraciones había pintado él mismo. Queriendo dar a mi familia la sorpresa de una brillante representación en aquel escenario, esculpí con gran torpeza varias muñecas, que vestí con trapos quitados a mis hermanas. Luego me ocupé en elaborar un drama medioeval, cuyos papeles pensaba hacer aprender á mis fantoches; pero, apenas había acabado la primera escena, cuando mis hermanas descubrieron el manuscrito y se burlaron de mi drama con grandes carcajadas. Una de las frases de la heroína inquieta, «oigo ya caracolear a mi caballero», fué declamada frecuentemente con

énfasis, con viva irritación mía». Hay que advertir que entonces tenía Wagner ocho años.

»El miedo de los aparecidos fué factor importante en el desarrollo de mi vida afectiva. Desde mi más tierna infancia, ciertos hechos misteriosos e inexplicables ejercieron en mí exagerado imperio. Me acuerdo que cuando me quedaba yo solo en mi cuarto, me parecía que los objetos, los muebles se animaban, y era entonces presa de tal terror, que me ponía a lanzar gritos penetrantes. Hasta mi adolescencia, no pasaba noche que no me despertase gritando, y no me calmaba mientras una voz humana no me imponía silencio; una violenta reprensión, y hasta un castigo corporal, me hacían el efecto de una liberación.

»En el Liceo me interesaba también por las cosas de imaginación; no sé si tenía buena cabeza para los estudios; creo que comprendía y retenía fácilmente lo que me agradaba, mientras que apenas trataba de aplicarme á lo que estaba fuera de mi círculo de ideas. Esta disposición se manifestó sobre todo en el cálculo y más tarde en las matemáticas: en estas dos ramas no conseguía ni siquiera concentrarme un instante sobre los problemas que nos daban á resolver. Las lenguas antiguas tampoco excitaban mi curiosidad, y como la mitología griega fascinaba mi imaginación, me hubiera gustado poder oír á sus héroes en su propia lengua... Mi talento de declamador, sobre todo, me valió la estimación y la amistad del profesor Sillig, de la *Kreuzschule*, de Dresde; tenía de mí tan buena opinión que, ante todos los alumnos, hizo recitar al chiquillo de doce años que yo era, no sólo los adioses de Hector en la *Iliada*, sino también el célebre monólogo de *Hamlet*. Sin embargo, mi espíritu permanecía rebelde a los estudios clásicos, propiamente dichos. Sólo me atraían la mitología la leyenda y la historia.»

A los trece años, su hermana Rosalía fué contratada para el teatro de Praga, y toda la familia marchó con ella, quedando Wagner solo en Dresde. Entonces perdió la costumbre del

trabajo tranquilo, y se hizo turbulento y camorrista, y el elemento femenino empezó a figurar en su existencia, enamorándose por primera vez de una muchacha muy guapa y muy bien educada, llamada Amelia Hoffmann, si su recuerdo no le engaña. De lo que sí se acuerda, es de haber, muchas veces, simulado un sueño irresistible, para obligar a las jóvenes que frecuentaban su casa a sostenerle hasta llevarle a su cuarto; pues en un caso análogo, fortuito, había observado con sorpresa y emoción la turbación deliciosa que sentía cuando así le llevaban. Poco después se verificó el cambio de sus ideas religiosas, y después de abandonar a Dresde por Leipzig, abandonó también sus estudios, todo a consecuencia de un castigo que había parecido injusto en Dresde, y de otro que sufrió en Leipzig. Este fué de tal importancia, que el rector mismo dirigió una queja a Adolfo Wagner, tío de Ricardo. Adolfo calmó a su sobrino, y a guisa de consuelo, le citó el proverbio español «Un rey no puede morir», que para él significaba que un potentado de escuela no confiesa nunca que se ha equivocado.

«El acorde de los instrumentos bastaba para ponerme en excitación mística, así como el roce de los arcos sobre las quintas del violín evocaba en mi espíritu los acentos de bienvenida de todo un mundo de fantasmas. «Añade, de paso, que hay que entender lo que acaba de decir, en su sentido absolutamente literal.» Desde muy niño, el sonido de esas quintas correspondía para mí exactamente al temor de los espectros que en todo tiempo me atormentó. Así es que no pasaba nunca sin inquietud ante el palacio del príncipe Antonio, al extremo de la avenida de Oster, porque allí fué donde, por primera vez en mi vida, oí tocar el violín. Me figuraba que aquel sonido procedía de las estatuas de piedra que decoran el palacio, y algunas de las cuales llevan instrumentos de música. Muy joven todavía, he visto el cuadro, bien conocido, en que un esqueleto toca el violín a un viejo moribundo, y todo lo sobrenatural de aquellas resonancias de quintas se había grabado profundamente en mi alma de niño.»

«Cuando, soñador adolescente, iba casi todas las tardes al Gran Jardín a escuchar la orquesta Zillmann, puede uno figurarse con qué aguda voluptuosidad me impregnaba de todos los matices de armonía caótica producidos por los acordes de los instrumentos: el *la* prolongado de los oboes, que parece despertar los demás instrumentos como el llamamiento de un fantasma, no dejaba nunca de acalenturar mis nervios, que se tentaban. Dado que el *do* en *crescendo*, de la obertura de *Freischütz*, bastaba para sumergirme en éxtasis, el que me hubiera observado entonces habría podido comprender lo que pasaba por mí en materia musical a pesar de mi abominable aporreo del piano. Otra obra ejerció pronto gran atractivo sobre mí: fué la obertura en *mi mayor* de Fidelio, cuya introducción, sobre todo, me agradaba. Tomé informes sobre Beethoven, de mis hermanas, y supe que había muerto hacía poco. La muerte de este compositor, que acababa de entrar en mi existencia de un modo tan vivo, se unió a la emoción extraordinariamente dolorosa en que me había hundido la muerte de Weber, y experimenté por ello un terror singular, que no dejaba de tener relación con el estremecimiento que provocaba en mí la resonancia de las quintas del violín. Desde entonces quise conocer también a Beethoven por sus obras. Llegado a Leipzig encontré la música de *Egmont* sobre el piano de mi hermana Luisa; intenté en seguida hacerme con sus sonatas. En fin, una sinfonía del maestro, la en *la mayor*, que oí en la sala de conciertos de Leipzig, me produjo un efecto indescriptible. El retrato de Beethoven, hecho popular por una litografía muy difundida, vino a reforzar esta impresión; supe su sordera, la vida retirada que había llevado, y me formé de él una imagen sobrehumana a la que nada podía ser comparado. Esta imagen y la de Shakespeare se confundieron en mi espíritu; los volví a encontrar a los dos en mis sueños estáticos; los veía, les hablaba, y al despertar estaba bañado en lágrimas.»

CUESTIONES SOCIALES

EL FABIANISMO Y SU LABOR.—La sociedad Fabiana (*Fabian Society*), de Londres, es un modelo digno de ser imitado, y cuyos comienzos y desarrollo constituyen un ejemplo vivo de lo que puede una voluntad firme, secundada por una inteligencia culta. Eduardo R. Pease, secretario de la sociedad, hace su historia en el *T. P's Magazine*, y de allí entresacamos la materia de este artículo. La palabra *socialismo* no aparece ni siquiera mencionada en las revistas y periódicos ingleses de 1873 a 83. Roberto Owen, que la había inventado, había muerto, y las agrupaciones que había fundado se habían dispersado largo tiempo hacía; las cooperativas de los socialistas cristianos estaban olvidadas; la teoría del individualismo reinaba donde quiera, y toda la juventud inteligente devoraba la filosofía positiva de Augusto Comte. El profesor Tomás Davidson, un escocés que vivía en Nueva York, lleno de ideas altruístas y que soñaba con el ideal de una vida nueva en que los hombres viviesen en el seno de una comunidad de seres superiores, semejante a los conventos de los católicos y budistas, aunque sin celibato, puesto que la educación de los hijos era parte integrante del programa, fué quien más contribuyó al nacimiento de la sociedad, dando algunas conferencias en Londres sobre sus doctrinas.

Era aquélla una reunión singular; ninguno de los asistentes era rico, ni mundano, ni influyente; pero se tomaban en serio, cosa que ocurría entonces frecuentemente a los jóvenes, y que desgraciadamente es rara hoy, en los tiempos de escepticismo que atravesamos. Durante tres meses del Otoño de 1883, discutieron si acometerían la empresa de reformarse a sí mismo o de reformar la sociedad contemporánea, y los medios que habían de emplear para conseguirlo. Entonces se produjo una escisión amistosa: los discípulos puros del profesor David-

son decidieron vivir *vita nuova*, creando la asociación correspondiente.

La otra fracción estimó preferible reformar a sus semejantes, y de ella nació la *Fabian Society*: «Reconocimos, dice Pease, que si teníamos un fin, ignorábamos los medios de alcanzarlo. Ante todo, necesitábamos un nombre, y pensamos en *Facius Cunctator*, aquel general romano que con sus contemporizaciones salvó a Roma atacada por Aníbal; dimos a nuestra sociedad el nombre de *Fabian Society*, y resolvimos no hacer nada antes de saber lo que convenía hacer: esperar el momento propicio, a ejemplo de Fabio, y pegar, como Fabio, fuerte, cuando el momento llegara.» Tal era el programa de la sociedad, algo de lo que hoy se llama *pragmatismo*.

Ya habían publicado su primer folleto *¿Por qué hay tantos pobres?*, redactado por el único obrero de la sociedad, un pintor-decorador de mucho talento, pero muy dado al alcohol, cuando los fabianos hicieron la adquisición de Jorge Bernardo Shaw, que les redactó su folleto núm. 2, en el que afirmaba «que el resultado más evidente de nuestro sistema actual de explotación del suelo y del capital, ha sido la división de la sociedad en dos clases hostiles: una dotada de gran apetito, pero sin tener qué comer, y otra disponiendo de una comida copiosa, pero privada de apetito; que el Estado debería trabajar con los particulares, y especialmente con los padres, para asegurar a los hijos un hogar agradable, y velar por que todo niño pueda encontrar un refugio contra la tiranía o el descuido de sus guardianes naturales; que no es necesario para proteger a los hombres contra las mujeres, asegurarles privilegios políticos, y que los dos sexos deben gozar de los mismos derechos; y que toda persona nacida en el país debe tener asegurada una participación vitalicia en el suelo y en el capital de la nación». Abandonado a sí mismo, Shaw hubiera ciertamente hecho de la *Fabian Society* una cosa sumamente divertida, pero de ningún valor en el orden político.

En 1885 ingresó en la sociedad Sidney Webb, empleado

del *Colonial Office*, hombre de genio, enciclopedia viva y con todas las condiciones de jefe que pudieran apetecerse. El folleto núm. 5 es, quizá, la publicación más famosa de toda la literatura del socialismo inglés: *Hechos para uso de los socialistas sacados de las obras de los economistas y de los estadísticos*. Día llegará en que se reconozca lo que el movimiento socialista debe a Sidney Webb antes de su entrada en escena; el socialismo no era más que un plan teórico de organización social, considerado como igualmente apreciable a todos los países indistintamente, al día siguiente de una revolución que debía producirse hacia 1889, a consecuencia de una sublevación del proletariado, con barricadas, fusiles y bombas de dinamita. Sidney Webb desarrolló la idea de que el socialismo no es un sistema de una pieza, aplicable a una sociedad cualquiera, sino un conjunto de reformas políticas, cada una de las cuales, considerada aisladamente, es insignificante, pero que tienden todas al mismo fin. Mostró que la idea socialista había encontrado ya numerosas aplicaciones; señaló que en la mayor parte de las grandes ciudades hay distribuciones de gas y agua, y otros servicios públicos, cuyo capital es la propiedad de la comunidad, y que son explotados en provecho de todos; que donde quiera hay calles, parques, bibliotecas, museos y edificios públicos, y que el socialismo tendía simplemente a extender estas aplicaciones. Tal es el programa del socialismo inglés moderno, socialismo evolucionista, práctico y constitucional que los oradores fabianos popularizaron de 1885 a 1890.

La Fabian Society era entonces un modestísimo organismo que no contaba con más de doscientos socios, siendo los más notables, con los ya citados, el tesorero Huberto Bland, y sobre todo, la señora Annie Besant, la única reputación hecha, de carácter mundial, con que la sociedad contara, y que cinco años después dejó el socialismo para consagrarse a la teosofía. Lo que distinguía a los fabianos desde sus comienzos era el pensamiento en común. Lo que cada cual escribía, los

otros lo criticaban severamente, y lo que no podía resistir a la crítica, se dejaba a un lado. Como los problemas sociales son complejísimos, para que un hombre solo, por capacidad que tenga, pueda abarcarlos en todos sus aspectos, aquella comunicación de pensamientos daba al trabajo colectivo la mayor autoridad posible.

La primera gran empresa acometida por los fabianos fué la serie de conferencias dadas por siete oradores de la sociedad, en los Willis'Rooms, durante el invierno de 1888 á 89, publicadas después bajo la dirección de Bernardo Shaw, con el título de *Fabian Essays of Socialism*, cuya primera edición, de mil ejemplares, fué vendida a cuatro chelines y seis peniques, y la de 1908, de diez mil ejemplares, a seis peniques, se vendió en un año. El público pudo enterarse entonces de lo que era el socialismo, y con la publicación de los *Ensayos* se cerró la primera etapa recorrida por la sociedad. En la actualidad, la Fabian Society cuenta con mil trescientos miembros residentes en Londres, y otros tantos en el resto del país y en el extranjero, con cuarenta sociedades locales y varias asociaciones especiales en las universidades de Oxford, Cambridge, Londres, etc. Nunca ha tratado de reclutar gran número de adhesiones, y hasta en el comienzo, sobre todo, ha dificultado bastante la adhesión de aspirantes. La regla es que el padrino del pretendiente garantice que éste, en el momento de la elección, goce de todas sus facultades intelectuales. Una vez ocurrió que una señora, cuya candidatura había sido rechazada porque no satisfacía aquella condición, escribió al comité una carta indignada; reunida la asamblea, el padrino empezó por declarar que no era absolutamente exacto que su apadrinado hubiera roto un palo sobre las espaldas de su cochero. Ningún pretendiente puede ser admitido si no afirma su fe en el socialismo firmando la «declaración de principios». Después paga una cotización, en relación con sus medios (se aconseja fijarla en un medio por ciento de la renta personal), y recibe las *Fabian News*, publicación mensual con noticias que interesan a

los fabianos, y todos los folletos nuevos, de los que se han publicado ya 152. Webb ha calculado que entre el momento en que la sociedad preconiza en sus folletos una reforma, por ejemplo, la de las pensiones de vejez, y el en que la ley es definitivamente votada por la Cámara de los Lores, se pasan, por término medio, diez y nueve años. Hoy se han acertado estos términos.

El nuevo miembro puede también juntarse a un grupo. Si se trata de una mujer, puede afiliarse al grupo de las mujeres; si es joven, puede formar parte de la *Fabian Nursery*. Dos veces al mes, de Junio a Octubre, el fabiano puede asistir a las reuniones de conferencias, y durante las vacaciones puede formar parte de la escuela fabiana creada cerca de Arlech, en la costa de Gales. Allí encuentra de 80 a 100 fabianos que asisten a conferencias de política y de socialismo, gozando al mismo tiempo de las bellezas del mar y de las montañas.

HISTORIA

EL ITINERARIO DE LOS ARGONAUTAS, SEGÚN EL POEMA DE APOLONIO DE RODAS.—Tres siglos antes de Jesucristo, bajo el reinado de Ptolomeo Evergetes, escribió Apolonio de Rodas su poema sobre el viaje de Jason al Jardín de las Hespérides, en busca del vellocino de oro. Francisco Nion, en la *Revue Hebdomadaire*, estudia este itinerario, que ha sido desde antiguo un problema de Geografía histórica de los que más han ocupado a los eruditos. La expedición, mandada por Jason, fué el primer viaje de descubrimiento conocido; la primera ofensiva de los griegos, representantes de Europa, contra sus vecinos de Asi, y puede considerarse como origen y causa primera de la guerra de Troya, pues el rapto de Elena, aunque llevado a cabo dos generaciones después, se estima como el desquite del rapto de Medea. En los albores de la Historia, se ve ya aparecer el esfuerzo instintivo que impulsa al Occidente con-

tra el Oriente, y que más tarde prudujo las expediciones de Alejandro y las Cruzadas, y más adelante producirá Dios sabe qué expediciones contra los chinos y los japoneses para libranos del peligro amarillo, no inferior al peligro de los Jerjes, de los Mahomas, de los Atilas y de los Tamerlanes, que esta Europa dividida, llena de ambiciones rivales, no acierta a ver con claridad.

El pretexto de la expedición de los argonautas es bien conocido. Etetes, rey de Colquida, poseía un vellocino de oro, colgado de las ramas de un roble, y guardado por un dragón. Jason, joven tesalio a quien un tirano usurpador quería alejar de Yolcos, su patria, recibió la orden de arrebatarse y traer a Grecia el magnífico despojo; Jason reunió a los más famosos y bravos guerreros helenos; construyó un navío, llamado *Argos*, que marchaba a la vela y al remo, y se lanzó en la aventura. El punto de partida era Pagases, junto a Yolcos, hoy Volo, en el golfo de Magnesia.

En realidad, se trataba de un viaje de exploración, y de una expedición comercial, vestida por la leyenda con ropaje poético. Los griegos de entonces no conocían más que las orillas del mar Egeo y sus islas; no se atrevían a separarse de las costas, ni menos a penetrar en el temible Ponto Euxino, que llevaba todavía el nombre de *Axino* o inhospitalario, cambiado después por el de *Euxino* u hospitalario, como se cambió el cabo de las Tormentas, en cabo de Buena Esperanza. La fábula del vellón de oro, tiene su explicación en el hecho de que una piel de carnero echada en el río Tasis o en cualquiera de los ríos auríferos de la Cólquida (la Mingrelia actual), arrastraba pajitas de oro, llevando así a quien lo encontrara, la noticia de la existencia de arenas auríferas. Aparte de estas riquezas, la Cólquida era una especie de depósito de las mercancías de la India, que del mar Caspio remontaban el río Cyrus, hoy Cur, desde donde, tras un recorrido de cinco días, eran reembarcadas en un afluente del Tasis, y llevadas por él al mar Negro. La expedición de Jason abrió la vía del Bósforo a

los marinos helenos, que fundaron colonias en sus costas, y que acapararon el comercio de aquellas regiones.

Construído y equipado *Argos*, los navegantes se lanzan a la expedición y siguen el litoral, descansando por la noche en tierra; pronto, sin embargo, se envalentonan y se lanzan a través del Archipiélago, abordando en el puerto de Lemnos. Allí hubieran podido quedarse perfectamente, pues las mujeres de la isla se habían quedado todas viudas por el sencillo procedimiento de haber degollado a sus maridos, y acogieron a los expedicionarios muy favorablemente; pero a Jason y a los suyos les debió hacer poca gracia aquel sistema de viudez, y siguieron su camino, tocando en Samotracia, cortando hacia el Quersoneso de Tracia, atravesando en una noche el Helesponto, y desembarcando en la Propóntida, hoy mar de Mármara. Allí habitaban los bebryces, cuyo rey Amycus provoca a los argonautas al combate del cesto. Polus acepta el desafío. Leyendo el relato de Apolonio, se creería leer una gacetilla de periódico, dando cuenta de un boxeo: los dos adversarios se golpean con furia mejillas y mandíbulas, y hacen rechinar los dientes con sus puñetazos; Amycus, irguiéndose sobre la punta de los pies, levanta enfurecido su temible brazo; Polus inclina la cabeza, evita diestramente el golpe, que no hace más que desflorar su hombro, y asesta a su enemigo una formidable puñada en las sienes; Amycus cae de rodillas, y expira.

Las aventuras fabulosas empiezan al pasar del mar de Mármara al mar Negro, en el sitio en que hoy se halla Constantinopla; a la entrada del Ponto Euxino estaban las rocas Cyanneas, dos escollos legendarios que se separaban al acercarse un barco, y dejándole pasar, se cerraban bruscamente sobre él, aplastándolo. Por consejo de un adivino, los navegantes, antes de intentar el paso, soltaron una paloma; el ave franqueó el obstáculo, dejando únicamente la extremidad de la cola entre las rocas; los griegos se lanzaron tras ella, haciendo fuerza de remos entre los escollos, que se separaron de nuevo, y que el *Argos* cruzó como una flecha, viéndose intacto al otro lado

del estrecho, sin que desde entonces volvieran a moverse las Cyaeas.

Llegados a las costas de Bitinia, descubren la desembocadura del Sanguino, hoy Sacaria, y doblan el cabo de Aquerusia, donde había una caverna que pasaba por ser una de las entradas del infierno. Bien recibidos por los mariandimios, rivales de los bebryces, siguen su ruta a lo largo de la ribera pantanosa, y bordean la tumba de Steneleo; tocan en Sinope, en el país de los kalybes, «siempre cubiertos de hollín y de humo», y saludan a los tibasenios, unos sibaritas originales que, después de dar a luz sus mujeres, lanzaban gritos agudos, se metían en la cama, se envolvían la cabeza y se hacían alimentar delicadamente y preparar baños por sus esposas; más allá ven alzarse en el horizonte la cima del Cáucaso, donde Prometeo expía su pecado bajo el pico ensangrentado del buitre, y llegan al final del Ponto Euxino, término de su viaje; remontan el Tasis, y en su desembocadura encuentran la ciudad de Ala, envuelta en un pantano de espesos juncos, donde se oculta el barco: allí vivía Etetes, y allí estaba el vellocino de oro.

Jason, dejando a sus compañeros acampados en el pantano, marcha a la ciudad con dos naturales del país, reclutados en el camino, llevando en alto un caduceo, para indicar que viene como comerciante y no como enemigo. Atraviesan una gran llanura, plantada de sauces y de tamarindos, de los que están colgados cadáveres encerrados en pieles de buey, costumbre que todavía subsiste hoy entre los indios de América. El atrevido aventurero penetra en el palacio del rey, y en seguida conquista a una de las hijas de Etetes, Medea, encantada con aquel griego de cabellos rubios y ensortijados, tan distinto de los hombres de piel atezada que está acostumbrada á ver. Para adquirir el vellocino, Jason se ofrece ante todo como soldado mercenario, pronto a combatir a los enemigos del príncipe, y a someterlos a su imperio. Este acepta, pero quiere que antes Jason le demuestre su fuerza; aquí entra la fábula de los toros de pies de bronce que hay que sujetar bajo el

yugo para hacerles labrar y sembrar los dientes del dragón, de los que nacen gigantes armados. El fondo de estas leyendas es que Jason fué sometido a rudas pruebas, de las que salió airoso, gracias al auxilio de Medea. La hija de Etetes, temiendo la justa cólera de su padre, y dominada por su pasión, se resuelve a huir, y gracias a ella, el vellocino queda en manos de los griegos. Etetes y su pueblo corren tras *Argos*, pero éste es un buen velero, y con viento favorable escapa de sus enemigos.

Toda esta acción está llena de apariciones e intervenciones divinas: Juno y Minerva suplican a Venus que por su hijo Cupido inspire a Medea amor a Jason; pero Venus se queja sencillamente de no tener autoridad sobre el amable niño. «Ayer mismo, les dice, no pudiendo soportar sus bribonadas, quise romper su arco y sus flechas; se puso furioso y hasta llegó á decirme que pronto me haría arrepentir de mi audacia.» Como éste se encuentran en el relato de Apolonio multitud de cuadros mitológicos y dramáticos.

El regreso de los argonautas no es la parte menos extraordinaria del viaje. Un oráculo ha mandado a los navegantes que vuelvan por camino distinto. El vellocino de oro es colocado en la popa, y sirve de cama a Medea. Sin nombrar siquiera la Táuride o Crimea, el poema de Apolonio nos lleva a la desembocadura del Danubio o Ister, que es un extraño río que de un lado desemboca en el mar Negro, y de otro en... ¡el Adriático!, en la Istria actual. La confusión aumenta cuando Apolonia transporta a sus héroes hasta las islas de Hieres, después de haberles hecho remontar el Ródano por el Po. Apolonio considera el Rhin, el Ródano y el Po como ramas de un solo y mismo río; vagan después por los lagos del país de los celtas, los lagos suízos, corriendo el riesgo de caer en el Océano, de donde no hubieran vuelto nunca, y saliendo al fin al Mediterráneo, donde, a través de mil aventuras, encuentran el camino de su patria.

*
* *

LAS VÍCTIMAS DEL LIBRO.—Alberto Cim se ha entretenido en reunir los nombres más conocidos de los amantes del libro que han muerto por él o para él, consagrándoles un artículo en *La Revue*, de París. Bueno es notar, ante todo, que gran número de bibliófilos y eruditos han muerto de más de ochenta años, como si el culto de los libros fuese un elixir de larga vida. Sólo entre los octogenarios del siglo pasado y del presente, pueden citarse a Palissot de Montenoy (1730-1814), que fué administrador de la biblioteca Mazarina; el príncipe de Ligne (1734-1814); el académico Suard (1732-1817); los libreros Guillermo de Bure (1734-1820) y Juan Francisco de Bure (1741-1825); Goethe (1749-1840); el helenista Coray (1748-1833); Sièyès (1748-1836); el vizconde de Bonald (1754-1840); Gabriel Peignot, uno de los creadores de la ciencia bibliográfica (1767-1849); Walckenaer (1771-1852); el conde de Corbière (1767-1853); Tenant de Latour (1779-1862); Jacobo-Carlos Brunet (1780-1867); el académico Villemain (1790-1870); Guizot (1787-1874), y Thiers (1797-1877); el doctor L.-A. Fée (1789-1874); Federico Díez (1794-1876); el gramático B. Jullien (1798-1881); Littré (1801-1881); A. de Quatrefages (1810-1892); Pedro Gustavo Brunet (1805-1896); Luis Lalanne (1815-1898); Eugenio Noel, bibliotecario de la ciudad de Rouen (1816-1899); Carlos Lévêque (1818-1900); Ernesto Legouvé (1807-1903); Gaston Boissier (1823-1908); Leopoldo Delisle (1826-1910); Francisco Ferciaul, actual decano de la Sociedad de literatos de Francia, nacido el 25 de Junio de 1814, etc.

La más antigua víctima del libro, es el filósofo, geógrafo y matemático griego Eratóstenes (276-196 a. d. J. C.), llevado de Atenas a Alejandría por Tolomeo Evergetes, para dirigir la famosa biblioteca de la ciudad egipcia; ciego en su vejez, Eratóstenes prefirió la muerte a la ceguera que le privaba del placer de la lectura, y se dejó morir de hambre. Por motivos análogos, se han suicidado en nuestros días: Carlos Didier (1805-64), autor de *Roma subterránea*, *Un año en España*, *Quinientas leguas sobre el Nilo*, *Los amores de Italia*, *Las noches del*

Cairo, etc., fino y brillante decidor, que se pegó un tiro por no poder soportar la pérdida de su vista; el sabio orientalista Estanislao Guyard (1846-84), que, imposibilitado de trabajar en sus estudios por una enfermedad, prefirió la muerte al descanso forzoso; el célebre naturalista y explorador alemán Emilio Bessels (1847-87), que, habiendo perdido en un naufragio sus colecciones, y en un incendio su biblioteca y manuscritos, no pudo consolarse de tan terribles golpes, y se dió la muerte. El príncipe Napoleón Camerata, primo de Napoleón III, que se mató de un pistoletazo por haber tenido que vender sus libros, aunque, según las Memorias de la Sra. Judith, la causa del suicidio fué el haber sufrido grandes pérdidas en la Bolsa, y carecer de medios para sostener a una pequeña actriz del Gimnasio, llamada Marta, con quien se quería casar, y a cuyo matrimonio se oponía toda la familia, que para impedirlo había cortado los víveres al príncipe. El bibliófilo americano Bryan, que había regalado a la biblioteca del Arsenal una colección de 150 volúmenes magníficos, entre ellos el célebre *Pablo y Virginia*, de Curmer, y *Nuestra Señora de París*, que habían pertenecido a la biblioteca de Julio Janin, ricamente encuadernados; un día, un señor anciano, de aspecto pobre, se presenta en dicha biblioteca; era Bryan, que manifiesta al administrador humildemente su deseo de volver a ver sus libros; le ponen ante sus magníficos volúmenes, y hojeándolos los miraba de tal modo, que hizo temer si pensaría en recuperarlos; Bryan se alejó tranquilamente, y dos días más tarde se supo que se había matado.

Pasando ahora a las víctimas, propiamente dichas, del libro, y prescindiendo de las víctimas indirectas, como Juan Huss y Vanini, mártires de sus ideas; Regio montano, asesinado en Italia por los hijos del traductor Jorge de Trebisonda, por haber descubierto algunas faltas de traducción; el rey Carlos IX, a quien una leyenda hace morir envenenado por hojear un libro; Condorcet, descubierto por un tomito de Horacio, y guillotinado; el librero de Nuremberg, Juan Felipe

Palm, fusilado en 1806 por haber distribuido un folleto contra Napoleón, etc., etc., pueden contarse los siguientes:

El sabio abate Goujet (1697-767), que murió del disgusto que le produjo el ver en otras manos, por haberlos vendido, los 10.000 volúmenes de su biblioteca. «Quien quiera conocer de un golpe todas las miserias de aquí abajo, han dicho José Scalígero y Julio Janin, que venda sus libros.»

El filólogo y helenista Ricardo Brunck (1729-803), obligado por reveses de fortuna a deshacerse de su biblioteca, e inconsolable por la pérdida de sus adorados libros, que murió poco después de la última venta, llorando cada vez que en su presencia se citaba algún autor de los que había poseído.

Un antiguo cura de San Luis de la Isla, muerto de dolor por haber tenido que vender la magnífica colección de obras sobre la Historia de París, que tantos años le había costado reunir; la biblioteca del abate Bossuet (1806-88), que éste era su nombre, vendida en 80.000 francos, estaba estimada en mucho más.

El conde Enrique de la Bedoyère empleó los ocios de su retiro en recoger durante veinte años una colección de libros y estampas relativos a la Revolución francesa; al cabo de ese tiempo, se siente cansado, y pone en venta su colección; pero apenas vendida, siente remordimientos, y quiere a toda costa recuperarla, logrando reconstituirla a costa de tantos sacrificios y disgustos, que al fin le ocasionan la muerte.

El docto médico Santiago Goupil, profesor de Botánica de París, cuya biblioteca fué saqueada durante los trastornos de la Liga, haciéndole morir de desesperación en 1564.

Durante el saqueo del Arzobispado, en 1831, del que el mismo Luis Blanc ha dicho que «lo que se perdió para el arte y para la ciencia en aquel día de locura es incalculable», el publicista y librero Colnet du Ravel vió flotar en el Sena los libros que en otro tiempo había ordenado, y cuyo catálogo había redactado por encargo del cardenal Fesch. Tal fué su pena, que llorando, y herido en el corazón, volvió a su casa para no salir de ella sino en su féretro.

El sabio italiano Urceo (1446-1500), después de haber trabajado en su biblioteca una noche, salió sin apagar la lámpara; el fuego prendió sus papeles y consumió cuanto había en su cuarto; Urceo quiso precipitarse en las llamas para salvar sus libros; pero, espantado por el fuego, huyó y anduvo errante por un bosque durante veinticuatro horas; cuando el hambre le trajo a la ciudad, se refugió en casa de un ebanista, donde vivió medio loco durante seis meses, solo y sin libros.

El marqués de Chalavre se había encaprichado en adquirir un volumen, no sólo inhallable, sino que no existía, pues se trataba de una Biblia que en un momento de buen humor había inventado Carlos Nodier; el marqués murió de desesperación por no poder realizar su sueño. Este marqués legó su biblioteca a la señorita Mars, la actriz, que era poco aficionada a leer, y que encargó a su amigo Merlin que clasificara y vendiera los libros del difunto. Merlin cumplió el encargo tan a conciencia, revisando hoja por hoja cada volumen, que un día entró en la habitación de la señorita Mars, con treinta o cuarenta billetes de 1.000 francos.—«¿Qué es eso, Merlin?—preguntó la Mars.—No sé, señorita.—¿Cómo que no sabe usted, si son billetes de Banco?—Sin duda.—¿Dónde los ha encontrado usted?—Pues en una cartera hecha en el forro de una Biblia muy rara. Como la Biblia es de usted, los billetes de Banco también lo son.» La Mars tomó los billetes e hizo aceptar a Merlin la Biblia; pero los libros del marqués no se libraron de ser vendidos en pública subasta.

Otro grupo de víctimas del libro lo forman los bibliófilos o sabios muertos por accidentes causados por sus libros, como el astrónomo y matemático alemán Juan Stœffler (1472-531); convencido, por el estudio de su tema de nacimiento, que había de morir en determinada fecha, al choque de un cuerpo que le había de caer en la cabeza, invitó a varios amigos aquel día para que le acompañasen, y se encerró en su casa; se habla, se discute, y para cortar la discusión, Stœffler saca un libro de su biblioteca; pero el estante, mal sujeto, vacila y se le viene en-

cima del cráneo con todas sus filas de pesados libros, ocasionándole la muerte pocos días después.

El padre Carmelita Luis Jacobo de Saint-Charles (1608-70), bibliotecario del Cardenal de Retz, y luego del presidente de Harlay, al subir a lo alto de una escalera para alcanzar un libro, se cayó, muriendo de las consecuencias de la caída. La misma suerte sufrieron el célebre organista y compositor inglés Samuel Arnold (1740-1802); el sabio helenista Coray (1748-1833); el bibliógrafo sajón Federico Adolfo Ebert (1791-1834); el famoso bibliófilo español marqués de Morante; el erudito Rovert; el doctor Robinet (1825-99); el abate Pierrfite, historiador del clero borgiano; el poeta dramático alemán Gutzkow (1811-78), muerto en un incendio que produjo estando leyendo en su biblioteca; y el famoso historiador Teodoro Mommsem (1817-1903), que prendió fuego con una bujía a sus largos cabellos blancos, al penetrar en su estudio, muriendo de las consecuencias de sus quemaduras.

Al mismo grupo pertenece también el famoso Antonio María Enrique Boulard (1754-825), el más maniático buscalibros que jamás se haya visto, que había llenado con ellos, desde la bodega hasta las buhardillas, ocho de sus casas de París, amontonando en ellas 600.000 volúmenes; la víspera del día en que iba á comprar la novena casa para sus tesoros, cargó de tal modo los enormes bolsillos de su monstruosa hopalanda, que ningún coche quiso admitirlo, y tuvo que volver a su casa jadeante y sudoroso después de una larguísima caminata. Quisieron impedirle que bajara él mismo a la bodega a colocar sus últimas adquisiciones; pero no quiso escuchar a nadie, y cogió una pleuresía de la que murió.

Otra especie de víctimas son los que han acortado su vida a fuerza de estudiar ó de sufrir privaciones, para conservar o enriquecer sus bibliotecas. Adriano Baillet (1649-706), concentró toda su existencia en sus libros e investigaciones; apenas dormía algunas horas, muchas veces vestido, no salía nunca, y para no perder tiempo, no hacía más que una comida; el exceso

de trabajo y la austeridad del régimen minaron su existencia.

El célebre orientalista Anquetil-Duperron (1731-805), traductor del *Zend-Avesta* y creador de los estudios asiáticos en Europa, había reducido sus necesidades a lo más estricto, viviendo de pan y de leche, privándose de fuego en el invierno, sin colchones y hasta sin sábanas; cuando salía, le tomaban por un mendigo y le ofrecían limosna; al reorganizarse el Instituto, Anquetil fué nombrado para el mismo; pero siempre rebelde al aparato y a los honores, no tardó en dimitir, muriendo poco después. «Voy a partir para un viaje, dijo, mucho más largo que todos los que he hecho; pero no sé dónde llegaré.»

El heroico Lauwers se sometía a las más duras privaciones por aumentar su rica biblioteca. La muerte le sorprendió con las miradas fijas en sus queridas colecciones, de las que no había querido quitar el menor volumen para cambiarlo por un pedazo de pan.

El bibliófilo belga Van Hulsem (1764-1832) murió gloriosamente sobre un montón de libros, herido por un ataque de apoplejía.

El bibliófilo irlandés Walter Fourgon se había establecido en París, ocupando un cuarto bastante grande en la calle Bailleul, número 12; con él no vivía nadie; llevaba siempre el mismo traje, y todos los días volvía cargado de paquetes de libros; era, en efecto, un bibliómano rabioso, y por aumentar su colección se imponía las más duras privaciones. Un día sus discípulos se encontraron con la puerta cerrada, sin que nadie respondiera y sin que el portero hubiera visto salir al irlandés; avisada la policía, se abrió el cuarto y se encontró a Fourgon tendido sobre un montón de libros en medio de la habitación; hecha la autopsia, resultó que Fourgon había muerto de hambre, pues solo vivía de pan mojado en agua tibia; tenía más de 40.000 volúmenes, algunos de gran valor. Con ligeras variantes, esta es la historia del erudito filólogo Alejandro Timoni, del sabio húngaro Montelli, del bibliófilo Chenu, del profesor ginebrino Eusebio Gaullieur, etc.

El fin del filósofo cartesiano católico-liberal Bordas-Demoulin (1798-859), merece especial mención. Descuidado en cuanto a la vida material, Bordas hubiera muerto literalmente de hambre muchas veces a no ser por sus amigos. Días enteros se quedaba en la cama por no poderse tener de debilidad, y siempre se le veía mal vestido y calzado con zapatos viejos de desecho, siempre olvidado de su miseria. La víspera del día en que se metió en la cama para no levantarse ya, había bajado de su buhardilla para comprar con los últimos cuartos que le quedaban su frugal desayuno; pero pasa por una librería de viejo, y ve un folleto que le interesa. Si lo compra, se queda sin comer, sin nada... Bordas no vacila ni un instante: compra el folleto y vuelve tranquilamente a su buhardilla, de donde sale para el hospital y para el cementerio. Esta muerte inspiró a Proudhon una hermosa carta, en la que confiesa haber llorado y haberse reconocido en la vida de Bordas, aunque nunca hubiera llevado el martirio a grado tan sublime. Proudhon, en efecto, puede pasar también como víctima del trabajo intelectual.

También pueden agregarse a la lista de los apasionados del libro, Antonio Magliabecchi (1633-714), uno de los tipos más curiosos de bibliófilos y sabios, que vivía mezquinamente en medio de los tesoros de su biblioteca de Florencia; el prelado polaco José Andrés Zaluski (1701-74), que consagró toda su fortuna a reunir una biblioteca de 200.000 volúmenes, saqueada por los rusos en 1795; Kasciusko (1746-817), el gran patriota polaco, que desde estudiante demostraba su celo y su energía, metiendo los pies por la noche en agua fría para combatir el sueño, para prolongar sus horas de estudio; para levantarse luego a las tres de la mañana se ataba una cuerda al brazo, y el vigilante de noche tiraba de ella para despertarle.

También Napoleón I tiene derecho a figurar en esta lista. Con referencia a un libro de Carlota Desor (*Napoleón en Bélgica y Holanda, 1811*), Federico Masson refiere este hecho, contado por Napoleón mismo: «¿Sabéis, dice, cómo me las arre-

glaba para pagar la pensión de mi hermano? No poniendo nunca los pies en el café ni en la sociedad, comiendo pan seco para mi desayuno y limpiando yo mismo mi ropa. Vivía como un oso, solo, en mi cuartito, con mis libros, mis únicos amigos entonces. Y para proporcionarme esos libros, ¡con qué duras economías sobre lo necesario compraba yo aquel poder! Cuando a fuerza de abstinencias había reunido dos o tres escudos de seis libras me encaminaba, con alegría de niño, hacia la tienda de un librero de viejo que vivía junto al Obispado. Frecuentemente iba a visitar sus estantes, cometiendo el pecado de envidia, pues pasaba mucho tiempo deseando antes de que mi bolsa me permitiese comprar.»

Otro ilustre patriota polaco, el historiador, bibliógrafo y numismático Joaquín Lelewel (1786-861), desterrado de su país y refugiado en Bruselas, en un pobre cuarto de la calle Eperonmiers, Lelewel, a pesar de su miseria, era tan digno y tan susceptible, que no hubiera consentido que nadie le socorriera. Durante un invierno excesivamente riguroso, la colonia polaca de Bruselas se conmovió ante la idea de que hombre de tanto valer se viese obligado a trabajar en una habitación no caldeada, pues Lelewel no tenía con qué comprar combustible; para socorrerlo sin ofenderlo, unos jóvenes polacos alquilaron el cuarto contiguo, y le rogaron que les permitiera pasar por su habitación el tubo, por ser necesario para el buen funcionamiento de la chimenea, que necesitaban colocar en su habitación, pidiéndole mil perdones por la molestia, y manifestándole que sólo se habían atrevido a pedirle este favor por tratarse de un compatriota. Lelewel accedió a la petición, y gracias a esta combinación pudo tener un cuarto abrigado.

Entre los muertos en medio de sus libros, de muerte natural, hay que citar en primer término al Petrarca (1304-74): sus criados se asombraban de no verle salir de su biblioteca; entraron y le hallaron sentado con un libro en la mano. Creyeron que dormía, pero no,

Con su *Virgilio* abierto murió el dulce Petrarca.

El filósofo siciliano del siglo xvi Antonio Flaminio, gustaba tanto de la soledad, que no hablaba con nadie, y vivía sin criado ni criada; compraba su alimento en una posada de la vecindad, y como se hubieran pasado tres días sin adquirirlo, el posadero, inquieto, entró por una ventana en el cuarto del sabio, y le halló muerto en medio de sus libros.

El coleccionista Motteley, enemigo de visitas, y que se negaba a hacer en su casa las reparaciones más urgentes, por temor de que el polvo estropeará sus libros, murió entre ellos en 1850, legando al Louvre sus valiosas colecciones, dejando apenas la suma suficiente para que le pudieran enterrar.

El periodista Armando Bertin (1801-54), director de los *Debates*, se extinguió también en su biblioteca, poco después de la muerte de su mujer. Moribundo ya, se hizo transportar a su biblioteca, cogió el libro favorito de su compañera difunta, y mientras lo contemplaba hojeándolo, llegó la muerte y le cerró los ojos.

Puede cerrarse esta lista, base para un trabajo más completo, con los nombres, famosos en el comercio de la librería, de los dos Brunet, Jacobo-Carlos (1780-876), el autor del *Manual del librero*, y Pedro Gustavo (1805-96), el bibliógrafo bordelés, muertos ambos en su propio reino, en medio de sus libros.

LITERATURA

LA ESTÉTICA NATURALISTA Y LA ESTÉTICA REALISTA. — Zola estimaba que las facultades del crítico tienden a confundirse hoy con las del novelista. Cuando Taine estudia a Balzac, hace exactamente lo mismo que Balzac cuando estudia, por ejemplo, al P. Grandet; el crítico opera sobre un escritor para conocer sus obras, como el novelista opera sobre un personaje para conocer sus actos. Taine es un crítico naturalista, y Zola aprueba mucho su método; pero nunca ha llegado a comprender cómo Taine, por su parte, no aprobaba sus novelas; no se

explicaba que se pudiera ser a la vez naturalista en crítica e idealista en arte. De hecho, sin embargo, como dice Carlos Laló en la *Revue Bleue*, Taine no tenía ningún gusto en pintura por Manet o Cezanne, los grandes amigos de Zola, ni en literatura por Zola mismo, ni por ese realismo francés que Guyot ha propuesto llamar trivialismo. Todas sus preferencias, entre las literaturas contemporáneas, las tenía el realismo inglés, tan sospechoso de idealismo sentimental de Dickens, Thackeray y Jorge Elliot; y en las artes plásticas, a los flamencos soberbios de elocuente trivialidad, prefiere los venecianos, más nobles; a éstos, los florentinos, más puros, y a éstos últimos, en fin, los griegos, más idealistas todavía. ¿Cómo comprender esta asombrosa divergencia entre los gustos personales y los principios de la crítica en un pensador como Taine? Tal es el problema que Laló plantea.

Toda crítica de arte, o toda crítica positiva, se propone tres grandes problemas: Primero. ¿Hay en el arte valores estéticos que estimar, o solamente hechos que consignar? Es el problema discutido entre el normativismo y el especulativismo. Segundo. Si hay tales valores, ¿son generales o individuales, objetivos o subjetivos? Es el problema del dogmatismo. Tercero. Estos valores ¿son propios del arte o tomados por él de otras formas más profundas de la actividad humana como la moralidad, la vida económica o la religiosa? Es el problema del arte por el arte y del arte moral, social, religioso o utilitario. De aquí, que las reconvencciones al método de Taine se reduzcan de ordinario a tres: Tiende a explicar sin juzgar; se aplica a las generalidades, no a las individualidades; procede por consideraciones anestéticas. Realmente, el método de Taine no es tan estrecho: impregnado del espíritu hegeliano, trata de dar a cada momento del pensamiento su puesto legítimo en el desarrollo íntimo y armonioso de la reflexión humana.

Por una reacción, quizá exagerada, contra los antiguos procedimientos de la retórica, Taine se ha esforzado, ante todo, en reducir la estética a un análisis puramente explicativo, es-

perando que se hiciera un análisis más científico. Desde este punto de vista, una obra es un producto natural, como otro cualquiera. Esta ausencia, provisional por lo menos, de toda escala de valores estéticos, se impone más todavía por paradoja, desde el punto de vista del ideal en el arte. «¿Se puede descubrir un principio de subordinación que asigne rangos a las diversas obras de arte?—pregunta Taine. — De primera intención, está uno tentado a decir que no, que todas las obras de arte están a nivel. Y en efecto, si el objeto se hace ideal sólo por ser conforme a la idea, poco importa la idea; es al arbitrio del artista.» Sin embargo, en cuanto Taine abandona la polémica y recobra la serenidad del verdadero sabio, juzga, como sus predecesores, después de haber *explicado*, y toda su reforma se reduce a sacar el juicio de su explicación. «En el mundo imaginario, como en el mundo real—dice—hay rangos diversos porque hay valores diversos. El público y los conocedores asignan los unos, estiman los otros; no otra cosa hemos hecho nosotros mismos, desde hace tres años, al recorrer los cinco siglos de la pintura italiana. Hemos emitido siempre juicios a cada paso. Sin saberlo, teníamos entre manos un instrumento de medida.» «Mi análisis previo, dice en una de sus cartas a Bourget, es siempre rigurosamente determinista, y mi conclusión final es rigurosamente judicial.» ¿Es contradicción del sistema? ¿Es una segunda manera del pensador, viejo y maduro por la experiencia? No; son dos fases necesarias del pensamiento, una jerarquía de momentos o de puntos de vista, cada cual con su valor propio, hasta cuando aparecen en contradicción, muy corriente en el método hegeliano.

En cuanto a la generalidad de los valores estéticos, el método de Taine, sin contradecirse, se desarrolla también en dos *momentos* sucesivos que se completan mutuamente: el de las generalidades y el de las individualidades. La crítica naturalista toma por primer objeto las condiciones generales de un arte, de una escuela, de un artista o de una obra. Esta parte del método ofrece el simple carácter de ser esencialmente in-

ductivo, luego mecánico, y por último, exterior al arte o anestético. Es exterior a las obras o artistas que quiere explicar o juzgar, porque está sacada de los tres célebres factores generales, «la raza, el medio y el momento». Esa acción exterior es completamente mecánica. Factores tan complejos no pueden obtenerse sino por una lenta observación de los hechos, que viene a dar a una ley inductiva. «Esta ley, según Taine, puede expresarse así: La obra de arte está determinada por un conjunto que es el estado general del espíritu y de las costumbres circundantes. Así, los caracteres generales de la raza romana, o anglosajona, explican las propiedades generales de la literatura latina o inglesa, y la corte de Luis XIV constituye toda la tragedia francesa.»

Pero si el método de Taine se atuviese a este primer momento, caería bajo la reconvención que de ordinario se le dirige. Daría cuenta de las generalidades vulgares y de las obras medianas; pero no de las individualidades geniales, creadoras y por definición excepcionales; pero esas, precisamente, son las que constituyen el único objeto interesante de la crítica o de la estética. Para llegar a ese nuevo fin, Taine cambia completamente de actitud; coge la fórmula esencial de la *facultad soberana*, el *carácter dominador* al que todos los demás se subordinan, y procede por deducción para sacar de la ley encontrada todas las consecuencias que contiene. La crítica de las condiciones generales se desarrolla por inducción, y de fuera a dentro; la crítica de las individualidades va de dentro a fuera y opera por deducción; ambas se completan sin contradecirse.

En cuanto al tercer problema del arte por el arte, la doctrina de Taine parte de un naturalismo estrecho; pero para ir más allá. Las tendencias naturalistas del sistema inclinan a subordinar el arte a la ciencia, y los hechos estéticos a los demás hechos naturales. El arte, en tal caso, no es ya un fin en sí, sino un medio para otros fines. Por de pronto, entre los tres grandes factores de toda producción artística, dos son co-

munes a toda actividad humana: la raza y el medio, no peculiares de la evolución estética, sino propios de toda evolución humana. Por otra parte, «la obra de arte—dice Taine,—tiene por objeto manifestar algún carácter esencial o saliente, que lleva alguna idea importante con más claridad y más completamente que los objetos reales». ¿Y qué otra misión tiene la ciencia sino manifestar lo esencial de cada cosa para distinguirla de las demás? Ahora bien; lo esencial para el botánico, no es lo esencial para el paisajista: para el primero, por ejemplo, el número de estambres de una flor es capital, y el color de los pétalos completamente secundario; para los pintores es al revés.

De aquí que de esta definición y de esos factores esenciales se saca una escala de valores naturales y científicos, y hasta morales y sociales si se quiere; pero no una escala de valores de arte propiamente dicha. Taine da tres criterios principales: «la importancia, la eficacia y la convergencia de los efectos». Pero esto se aplica lo mismo a las artes políticas o caritativas que a los cuadros o sinfonías; determinan lo que es grande, sano o normal en cada cosa; pero no lo que es bello. El mismo Taine lo reconoce al decir que «a esta escala de valores morales corresponde, escalón por escalón, la escala de los valores literarios». «La concordancia, añade, es, pues, completa, y los caracteres traen consigo en la obra de arte el valor que tiene ya en la naturaleza.» Pero ¿qué valor: económico, social, higiénico o estético? Taine los confunde, o más bien hace del valor estético una resultante de todos los demás. Y aquí estamos frente al criterio de belleza de todos los que podemos llamar *ascetas*, sabios, cristianos o socialistas—que han subordinado el ideal estético a fines que le son extraños.—Oid a Augusto Comte, a Tolstoi o a Prudhon: el retrato de un golfo o la representación de una pasión culpable, es una cosa fea, siendo el valor del modelo medida de sus obras.

Nada tan nefasto para el crítico o el artista como estas composiciones de todos los valores. «El vestido, dice Taine, es

un exterior y una decoración.» «—Bueno, contesta Laforgue; pero ese exterior me importa á mí, pintor, tanto como vuestro interior a vos, psicólogo.» Por eso Taine no podía quedarse en esto; a su crítica naturalista, superpone, sin confesarlo nunca claramente, una crítica técnica en la que triunfa el arte por el arte. Al lado de la raza y del medio, que son anestéticos, según Lalo (mejor sería decir que son humanos, por afectar a todas las manifestaciones de nuestra actividad), aparece el *momento*, como propiamente estético; pues, como dicen Brunetière y Lanson, sólo designa «la influencia de las obras en las obras»; no la evolución general de la sociedad, con sus cambios en costumbres políticas, familiares o religiosas. Así se explica Enrípides, por Esquilo; Claudiano, por Lucrecio; Voltaire trágico, por Corneille; el Guido, por Vinci. Del mismo modo, la *convergencia de los efectos* se refiere ante todo a los efectos técnicos, que sólo se encuentran en el arte. La intervención de estos dos datos internos y específicos, trastorna todas las demás fuerzas del método; los elementos técnicos no son secundarios, sino fundamentales: «Un cuadro, dice Taine, es una superficie coloreada, en la que los diversos tonos y grados de luz están repartidos con cierta elección: he ahí su *sér íntimo*; que esos tonos y esos grados de luz formen luego figuras, paños, arquitecturas, es para ellos una propiedad ulterior, que no impide a su propiedad primitiva tener toda su importancia y todos sus derechos.» Y entonces, ¿qué importan el medio, la raza, la eficacia y todo lo demás? Un pintor pinta mejor que otro, y he ahí todo el aparato científico de explicación y de juicio trastornado y anulado por ese nuevo factor, la técnica, elemento propio del arte, en virtud del cual se juzga el arte por sí mismo, y no por la moral, la ciencia o la sociedad. Es una crítica técnica y propiamente estética que completa la crítica científica y naturalista, y que explica perfectamente que Taine no sintiera gusto ninguno por Zola, ni por ninguno de los partidarios de la escuela mal llamada realista, que no sólo es *trivialista*, como la llama Guyot, sino *feísta*. El

espíritu aristocrático (en el sentido estrictamente etimológico de la palabra) de Taine, no podrá avenirse con los gustos que por la pintura de los tipos más soeces y de las pinturas más groseras sentía Zola.

PSIQUIATRÍA

LOS VAGABUNDOS.—La vagabundería es común a todos los pueblos y a todas las edades; porque, como dice P. Consiglio en los *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires, los dos factores principales del fenómeno: las enfermedades nerviosas y mentales de cada período histórico, por una parte, y las condiciones políticas y sociales de cada país, por otra, son, con ligeras variantes, las mismas en todas las naciones. Los vagabundos pueden dividirse en dos grandes grupos: *psicópatas* y *anómalos*. Los primeros son interesantísimos, jurídicamente, por su responsabilidad moral: son los *degenerados migratorios* de Foville, impulsados a vagabundear por sus condiciones anormales permanentes, o subsiguientes a crisis (*viantantes locos* de Tissié). Estos tipos de vagabundos se hallan en todas partes sin carácter especial que los distinga, como no sea su neurosis fundamental; así tenemos los casos de *fugas* o *crisis ambulatorias*, precursoras de los histéricos y epilépticos; los *sonámbulos*, que a veces emigran y hasta desertan en estado de vigilambulismo automático, con apariencias de actividad psíquica o con aspectos mentales y acciones producidas por una nueva personalidad, desdoblada de la ordinaria o normal; los *migratorios perseguidos* en la fase delirante o alucinatoria de la paranoia, que cambian con frecuencia de domicilio y hasta de países, para sustraerse a la acción nociva de supuestos adversarios, llegando en ocasiones, en sus sueños morbosos de grandeza, a convertirse en apóstoles, profetas, reformadores religiosos, sociales y políticos, como ocurre con muchos anarquistas. También se encuentran accesos de automatismo emigratorio en los enfermos de *frenosis maniacodepresiva*, en

el estado de excitación, como desahogo de la expansión centrífuga de sus energías tumultuosas e incongruentes que a veces dan lugar a los tipos *coprolálicos* y *logorreicos*. Otra categoría está formada por muchos imbéciles que vagan por su inestabilidad psíquica y volitiva.

El segundo grupo de vagabundos, el de los *anómalos* o *anormales*, es el que nos suministra las verdaderas crisis *vagabundas* de los degenerados, de los psicasténicos, de los insuficientes. Estas crisis se desarrollan súbitamente, sin fin determinado, por la exigencia o el capricho de la variación, por una confusa aspiración de novedad, o como proyección centrífuga de su impotencia íntima. Entre ellos son interesantísimos los *obsesos*, entre los que Consiglio distingue dos clases: los *obsesos ideativos*, cuya mentalidad gira en torno de uno o varios conceptos hasta convertirlos en fanáticos, delincuentes sectarios y agitadores, llegando hasta el heroísmo y el martirio, y los *obsesos emotivos*, que en estado de completa sanidad, son presa de la necesidad irresistible de andar, experimentando ansiedad por la fuerza del impulso y el sentimiento desagradable de impotencia psíquica ante la coerción morbosa; son individuos, como dice Baschide, de visión mental hiperestésica, en los que frecuentemente la obsesión va seguida de crisis cefalálgica, cuya tensión interna rompe la descarga motriz en forma de crisis *vagabunda*. También entran en esta zona gris de la anormalidad humana, tipos que gozando originariamente de excelentes condiciones de vida, caen inconscientemente por involución precoz cerebral, sin acertar luego a levantarse; tales son los enfermos de *frenastenia hebefrénica* o *dementia precox* de Kraepelin, y especialmente los *eboides* de Kahlbaum.

La gran masa de los vagabundos, no está, sin embargo, constituida por individuos tan anormales como los descritos, sino por otros cuya anormalidad arranca del estado incompleto y de la escasez real de las energías nerviosas y de la potencialidad psíquica, individuos que, en términos generales, aunque no

exactos, pueden llamarse, con Benedick y Charcot, *neurasténicos*, o mejor, *psicasténicos*, para indicar precisamente esa falta de poder que les hace menos activos, menos completos, menos disciplinados en su conducta, menos aptos, en una palabra, para la vida del grupo colectivo a que pertenecen. Congénita o adquirida tal deficiencia, esos infelices quedan, ordinariamente, a los lados o en el fondo de las grandes corrientes humanas, vencidos en la lucha por la vida, por no tener su sistema nervioso tensión suficiente para reaccionar de modo normal en el disfrute de todos los bienes de la civilización. Son los vencidos de la selección social por la miseria, las necesidades, los placeres, los estímulos tóxicos a que se recurre para espolear el organismo, todo lo cual aumenta el número de los débiles y de los incapaces que se refugian en el suicidio, caen en la locura o se adaptan al parasitismo, la vagancia y la mendicidad.

La génesis social del fenómeno se halla en las condiciones mismas en que se ha desenvuelto la vida social. En los tiempos primitivos el hombre era fatalmente vagabundo; la caverna o la gruta le hospedaba, la caza y los frutos naturales le alimentaban, y él cambiaba de residencia por las exigencias del clima y de la alimentación. En la fase agrícola de la humanidad, que creó la vida sedentaria, la propiedad y el trabajo disciplinado, la vagabundería pasó a ser anormal; biológicamente representaba el atavismo, y tenía sus aspectos útiles como la conservación de algunos residuos ventajosos de la fase anterior (el pastoreo, la caza, etc.), y sobre todo, por ser causa de viajes y descubrimientos, estímulo para el desarrollo de las comunicaciones y del comercio, etc. Esa vagabundería produjo los grandes fenómenos medioevales de las irrupciones bárbaras, y las Cruzadas. En la civilización actual, los bohemios, los refractarios, los amorfos de la civilización moderna, reproducen las condiciones de la vida primitiva en una especie de atavismo psíquico. En la Edad Media, el principio social era inmovilizar al operario mediante la propiedad, la servidumbre de la gleba y los gremios; así tenía asegurada la satisfacción de

todas las necesidades de la vida, siendo muy raro el que hacía, y el que, por carácter independiente o revoltoso, prefería trabajar por sí, convirtiéndose en *outlaw* o *wargus*. Pero si el vagabundo del trabajo era poco frecuente y menos posible el esquirol, no faltaban caminos para que la anomalía del temperamento, y la incapacidad para el trabajo regular y continuo, hallase esa apariencia exterior de ocupación que caracteriza la vagabundería; tales eran las grandes oleadas de emigración, las correrías de las mesnadas aventureras, etc. «Todo suceso servía de pretexto para estas migraciones, como dice Ferrero: la carestía, el terremoto, la peste, los eclipses, las predicciones de los adivinos; pero la verdadera causa interior era el placer por la vida aventurera libre de todo pensamiento, sobre un futuro demasiado lejano; la voluntad de la despreocupación, que afloja el freno de las pasiones, especialmente de la más fuerte de todas, la ociosidad.»

El fenómeno continúa, a pesar de los esfuerzos que se hacen por mejorar las condiciones económicas de la vida, y hasta quizá se ha agravado, porque con la libertad han venido las crisis periódicas de falta de trabajo y de miseria, y la competencia obligada de los *outsiders*, *krumiros* o *esquirols*, que constituyen una verdadera forma de vagabundería funcional. Y de aquí otra distinción en la segunda categoría de vagabundos, que no deja de ser importante, tanto para la profilaxis como para el pronóstico de este caso de patología social: vagabundos *forzosos*, que carecen de trabajo (desocupados), y vagabundos *voluntarios*, que no quieren trabajar.

Como se ve, el vagabundo es producto de una doble serie de causas, que constituyen el factor biológico y el factor social del fenómeno. Sobre la base de una anomalía más o menos marcada de una imperfección del carácter, las causas sociales obran como motivos determinantes de formas y con eficacia distinta, según su complejidad é intensidad, estática o dinámicamente, en los cambios que algunos hechos históricos aportan a la orientación de la vida social; así vemos que en ciertos

períodos de la historia, y coincidiendo con fenómenos que se repiten, la vagabundería se intensifica y se extiende, como en las irrupciones bárbaras, en el proselitismo cristiano, en las Cruzadas, en las guerras de religión y en las expediciones de conquista del Nuevo Mundo. Fundamentalmente, sin embargo, los vagabundos son los débiles de la supervivencia humana, los *degenerados*, como Sergi los define, precipitados del agregado humano, escorias que se encuentran a los lados del camino de los pueblos, seres que sucumben, no por la muerte, sino por acciones torpes, indignas o humillantes, en el ocio, en el crimen, en la depravación.

El vagabundo, en general, como ha demostrado Sergi, sale total o parcialmente de las leyes de la conveniencia, y reproduce fatalmente en todo tiempo y en todo pueblo las dos características primitivas del hombre, conservadas todavía en muchas tribus salvajes: la inercia y la tendencia á la vagancia. Este fenómeno es completamente independiente de las formas de gobierno; pero sus modalidades dependen esencialmente del estado social del país, y en especial de las condiciones del trabajo, lo que demuestra, en resumen, la gran influencia del ambiente social en la producción y desarrollo de la vagabundería.

Si a los vagabundos por enfermedades psíquicas o neuróticas, por anomalías de organización o por desviaciones de la personalidad, añadimos los desocupados forzosos, los emigrantes periódicos, los criminaloides, los inválidos, los mendigos, los reprendidos y los vigilados judicialmente, los licenciados de presidio y los salidos de los hospitales, se verá cómo se forma la enorme corriente de la vagabundería y las relaciones obligadas entre ella y la criminalidad, pues ésta se nutre de la constitución anómala del vagabundo y de las precarias condiciones económicas y políticas de la vida, que engendran la miseria física y moral. No todo vagabundo, sin embargo, es un criminal, sino más bien, como dice Rivier, un débil y un soñador, que aborrece la vida regular, que huye del fastidio de la

uniformidad de la tarea ordinaria, que quiere emociones, aventuras, cambios de vida y ambiente; puede estar inclinado al delito, y lo está seguramente a la criminalidad leve; pero se distingue del verdadero criminal en que carece de la disposición específica para la delincuencia, que, según Lombroso y Ferri, constituye la *neurosis criminal*, y es, por otra parte, una derivación de la criminalidad, como lo es la prostitución, y a veces el suicidio; la vagabundería es una válvula de seguridad para las tendencias antisociales del delincuente.

En Europa abundan los vagabundos, aunque no tanto en unas naciones como en otras, y más bien como mendigos, especialmente en las ciudades. En todos los países existen las tres clases de desarraigados sociales de Sergi: los *pordioseros*, entre los que hay enfermos e ineptos, sedentarios y nómadas; los *sin casa ni hogar, sin oficio ni beneficio*, que viven de mediadores, de encubridores, de hurtos leves, de *chantages* y de *souteneurs*; y los de oficios vagabundos, como los charlatanes, saltimbanquis, gitanos, vendedores ambulantes, a los que pueden agregarse casi todos los emigrantes.

Todos estos vagabundos pueden dividirse, con Riviére y Florián, en vagabundos de provincia y vagabundos de ciudad. Los primeros son los desertores de la industria y de los campos, que prefieren al trabajo la vida precaria, errante; esquiroles de la siega y de la vendimia, sin sentimiento alguno de solidaridad; los segundos son los desperdicios sociales de todas clases, que viven en los bajos fondos sociales, y forman focos permanentes de infección criminal y de perversión de costumbres.

Aparte de todas estas influencias externas y sociales, el tipo puro y genuino del vagabundo es el del individuo que, por defecto espiritual o por anomalía de temperamento, tiene miedo y horror al trabajo, y es refractario a toda ocupación metódica; éste es el tipo que más especialmente interesa al psicólogo, como los otros importan al sociólogo. Charcot fué el primero que, en 1889, vislumbró el fondo anómalo del vagabundo, y lo

diagnosticó de *neurasténico*, por la inestabilidad mental y la abulia, que le hacen tornadizo y vago; pero se preguntó si el vagabundo lo es por ser neurasténico, o se hace neurasténico por su vida errante y precaria, su desnutrición y demás factores externos de agotamiento. La cuestión, aunque estudiada a fondo por Benedikt, no está resuelta de un modo definitivo, porque más bien que al vagabundo en general, hay que estudiarla individualmente, por la multitud de formas que hemos visto reviste la vagancia, y por los distintos factores que, según los casos, la producen y la desarrollan.

IMPRESIONES Y NOTAS

LAS SENSACIONES DE UN FUMADOR DE OPIO.—Julio Boissière escribió en 1886 unas notas sobre sus impresiones personales como fumador de opio, que Juan Ajalbert ha publicado en la *Nouvelle Revue*, con el título de «Ocurrencias de un intoxicado». «El opio, dice, no me proporcionaba ningún placer, pero me daba el medio más seguro de ver de cerca a los chinos y a los annamitas, de estudiar costumbres nuevas, de habituar mi oído a las extrañas gamas que suben y bajan las palabras en las lenguas del extremo-orienté. Luego, cogida mi costumbre en el cebo de las tertulias llenas de conversaciones fecundas en nuevas enseñanzas, instalé, para multiplicar las ocasiones, un *fumadero* en el fondo de mi casa china, y todos los días, de ocho a doce de la noche, venían a conversar conmigo mandarines o letrados libres, iniciándome en sus libros, en sus literaturas, en sus creencias; quedé aliviado de un enorme aburrimiento, cuando hube encontrado este inteligente empleo de las veladas, un medio de evitar la sala de café, con el odioso suplicio del dominó y del señor que hace gala de ingenio al poner un doble. Con el olfato acariciado por las emanaciones fuertes y dulces del opio y el oído halagado por el glogloteo de la pipa de agua, vivía ligeras horas gozando con todos los sentidos de la claridad azul y amarilla, de preciosas chuche-

rías y originales aforismos; a veces nos callábamos, y un letrado salmodiaba monótonas melodías, que yo escuchaba quemando a trechos una toma de opio con una sola y larguísima aspiración, y lanzando con lentitud el humo espiraliforme. Más de una vez, después de haber fumado con exceso, huía de mí el sueño hasta el alba, hasta la diana clamada por los clarines en la ciudadela vecina. Yo permanecía acostado en agradable somnolencia, sin cambiar de postura hasta la mañana, sin visiones, esas visiones nacidas del *haschisch*, que los novelistas hacen hijo del opio, absolutamente feliz, y siguiendo la pista de vagas ideas agradables, ligadas por el hilo de ternísimas transiciones. Por la mañana, el estómago se rebelaba, y la jaqueca oprimía mi frente y punzaba mis sienes; por la noche, olvidado el odioso mal, volvía a empezar. Luego tomé la costumbre de leer fumando; el opio decuplicaba el interés de las cosas leídas como de las cosas oídas y vistas.

«¿Hace el opio necesariamente a sus fieles progresivamente anémicos de alma y cuerpo? El abuso es evidentemente peligroso, como en todas las cosas; pero los cuerdos saben preservarse del abuso. Algunos celestes piensan que el gusto del opio no es ruinoso: retiene al joven en la casa y le impide correr tras las mujeres, siendo de notar que al arrollar su pipa en su cama de campo, el chino piensa en sus negocios y busca nuevas combinaciones comerciales. De todos los pueblos, el chino es el que consume más opio; y, sin embargo, el espíritu chino, en su vigorosa originalidad, apenas parece oscurecido o debilitado por la negra droga; lejos de perderse en las extravagancias del bebedor de cerveza, el celeste ha dado al mundo libros desprovistos de todo fárrago trascendental, desenvolviendo los preceptos más claros de la moral práctica; lejos de fumar hasta atenuar su facultad generadora, inunda los tres continentes con su flujo; lejos de entregarse con los ojos abiertos a los éxtasis del sueño, es el comerciante sin rival, capaz de arruinar al judío y al armenio mismos, y de hacerlos arrodillar de admiración ante su genio.»

No está mal hecha la defensa del opio; pero Julio Boissière murió extenuado, a los treinta y dos años, no sin antes escribir esta interesante página: «Frecuentemente he intentado librarme del Amo, y siempre, el recuerdo de las horas inteligentes, dulcemente pasadas en compañía de letrados, me volvía a poner bajo su látigo; y más aún, la vista de las hermosas pipas pesadas, que ostentan su curiosa colección en la bandeja incrustada de nácar: pipas de marfil venidas de Hué, de corteza de limón, interiormente sostenida por una armadura de alambre, de bambú de China, de concha, de tortuga de mar, de madera de trac; por último, una pipa fabricada en Tuyen-kuan por un mandarín enamorado de novedades poco ordinarias, una pipa hecha de una madera perfumada, que deja gusto de sándalo en las papilas nerviosas de la lengua. Para el viaje, los fumadores poseen lamparas minúsculas de cobre y pipas desmontables; el aparato completo, con las agujas, los recipientes para el agua y cajas de cuerno de búfalo, cabe en una caja rectangular del tamaño de un libro.»

*
* *

MARÍA LA BRAVA.—En la acogida que París hace a las literaturas y a los espectáculos extranjeros, España ocupa su puesto, y hasta un puesto especial. Salvo algunos guitarristas y bailarines, indispensables para la reconstrucción exacta de ciertos espectáculos, no hay en París importación española, como dice J. E., en «Las Migajas de la vida», de la *Revue Hebdomadaire*: «Nuestras escenas no se ven invadidas por compañías venidas de Madrid y de Sevilla, con armas y bagajes, como vienen de Londres, San Petersburgo o Viena. Somos nosotros, escritores o artistas, los que franqueamos los Pirineos y nos esparcimos por la Península, para volver cargados con rico botín, que presentamos a nuestros compatriotas en su lengua. Así conocen un aspecto de ese tesoro latino que les es naturalmente familiar: en la Ópera, es el reestreno de *España*, de Cha-

vrier; en la Opera Cómica, *La Jota*, de Raul Laparra, sucediendo a *La Habanera*, del mismo autor; *La Hora*, española, de Mauricio Rabel, se da en el mismo teatro; *La mujer y el muñeco*, de Pedro Louys, tuvo numerosas representaciones en casa de Gemier; Carlos Cottet expone en la Galería Petit admirables vistas de España. En literatura, me limitaré a citar las páginas que Eugenio Monfort ha consagrado a España en su volumen *De Mesina a Cádiz*. ¡Cuán lejos estamos, en esas visiones claras, en esas observaciones justas, en esas anotaciones exactas, de las tonterías del romanticismo! Y lo más triste es que los horrores psicológicos de los románticos se agravaban con el cuidado ridículo de verismo en los detalles exteriores: costumbres, muebles, chucherías, cosas poco interesantes cuando hay almas que conocer. ¡Y si siquiera en eso hubieran acertado! Pero aquellos anticuarios conocían mal su oficio, y llenaban su tienda de oropeles. Así pasa con Víctor Hugo en aquel verso:

Salamanque s'endort au son des mandolines;

pues en España no se toca la mandolina, ni en Salamanca ni en ninguna parte.»

Cottet ha contemplado, con mirada aguda, ardiente y sincera, a todas las horas del día y de la noche, el recogimiento de Salamanca, *la ville rose*, la ciudad rosa, epíteto admirablemente escogido para caracterizar a la pequeña Roma española, por el tono delicadamente rosado de sus edificios monumentales. En torno de sus dos hermosas catedrales, que se hierguen como arrogantes guardianas de sus viejas tradiciones, descansa la ciudad como agobiada por la grandeza de su pasado. En otro tiempo tuvo plétora de vida, de acción y de belleza, al igual de las grandes ciudades del mundo medioeval, París, Oxford, Bolonia y Florencia. Como Florencia, fué tan batalladora como intelectual; como Florencia (aquí el cronista de la *Revue Hebdomadaire*, que con tanto acierto va hablando, incurre en el defecto de cambiar la máquina fotográfica por la imaginación), muchos de sus palacios señoriales llevan,

a guisa de principal ornamento de arquitectura, almenas desde donde se mataban entre sí las familias rivales (esto lo ha visto J. E. en las ilustraciones de los *Cuentos picarescos* de Balzac, de Gustavo Doré).

La historia de los Manzano y de los Enríquez, que por cierto está mejor recogida en la obra de Cottet que en el drama de Marquina, la he contado yo en mi *Reina del Tormes*; pero prefiero citar textualmente el párrafo en que la resume el escritor francés, que seguramente ha leído la mía: «En 1464, los dos jóvenes Manzano jugaban a la pelota con Pedro Enríquez; surge una riña, en la que muere Pedro. Quedaba su hermano Luis, un vengador. En la primera ocasión, los Manzano le atraen a una emboscada, se desembarazan de él y escapan a Portugal. Pero habían contado sin la madre, D.^a María de Monroy. Ésta arma a sus criados, y al frente de ellos se lanza en busca de los asesinos; los descubre y les corta las cabezas; vuelve entonces a Salamanca, va derecha a la iglesia en que yacían sus dos hijos, y arroja sobre su tumba las cabezas, por ella cortadas, de los dos cobardes Manzano. El pueblo la llamó *la Brava*, y canta todavía sobre ella esta arrogante copla:

No llora la gran matrona
Al ver sus pechos abiertos;
Que, en no llorar hijos muertos,
Quiere ser más que leona.

»Salamanca reposa al pie de su catedral; pero las madres españolas mecen a sus hijos cantándoles las hazañas de la *gran matrona*, y crían siempre leones (gracias, por mi parte de español y de salmantino). Leones, a veces camorristas como los Manzano, hasta con sus mejores amigos, es en ellos simple exceso de temperamento bravo, sin que pueda haber desconocimiento grave ni duradero de sus aliados naturales por la raza, por la historia, por intereses profundos. Que no haya por nuestra parte tampoco, añadámoslo, para ser justos, descuidos culpables en el sostenimiento de relaciones estrechas que todos

nuestros hombres políticos de todas opiniones han reconocido ser siempre necesarias para la vida de las dos naciones.» (¡Choque usted, amigo!)

*
* *

¡OH PRIMAVERA, JUVENTUD DEL AÑO!—*L'Intermédiaire* dedica un artículo de H. Goudchaux, al origen de los dos famosos versos:

¡Oh primavera, juventud del año!
¡Oh juventud, primavera de la vida!

El primer verso no ofrece duda ninguna: los eruditos están de acuerdo, hasta el presente, por lo menos, en que su origen arranca de la escena primera del acto tercero de *Il Pastor Fido*, de Guarini (1537-1612), que comienza así:

O primavera, gioventù dell'anno,
Bella madre di fiori,
D'erbe novelle, e di novelli amori,
Tu torni ben, ma teco
Non tornaro i sereni
E fortunati di de le mie gioje.

En cuanto al dístico entero, no se ha encontrado hasta hora más que en un solo sitio: el epígrafe XIV de las *Hojas de Otoño*, de Víctor Hugo, fechado en Mayo de 1830. Entonces se ha supuesto que Víctor Hugo, conociendo el primer verso de Guarini, y dada su afición al contraste, lo había invertido. Hay quienes sostienen, sin embargo, que el dístico pertenece á Metastasio, a Goldini y hasta al Tasso; pero ¿dónde en Goldini, en Metastasio o en el Tasso? Eso es lo que nadie dice con exactitud, y mientras no se encuentren otras pruebas, fuerza es atribuir la paternidad del primer verso a Guarini y la del segundo a Víctor Hugo.

*
* *

LA CERTIDUMBRE DE LA NADA.—Entre las muchas informaciones abiertas por revistas y periódicos, es curiosa la formulada por Renato Alberto Fleury en *La Renaissance Contemporaine*:

«¿Es que la nada, si tuviérais certidumbre de ella, no estropearía, hasta quitarles todo gusto, los placeres terrestres? ¿No debe admitir la razón, que si la muerte es la nada, abolición de la conciencia y de la memoria, la vida terrestre pierde todo su valor?» Remigio de Gourmont se fija en las contestaciones de Rosny y Le Dantec, y dice en el *Mercur de France*:

«Todo el mundo sabe, por lo menos a cierta edad, que los amores más fervientes no son eternos, lo que no nos impide amar siempre con la misma confianza y la misma ceguera. Hasta puede decirse que amamos las cosas porque son fugitivas. Amamos las flores que van a marchitarse, el sol que va a desaparecer, las luces que van a extinguirse. La eternidad de las cosas nos daría un extraño hastío o una extraña indiferencia. Lea Fleury, en los *Viajes de Gulliver*, la historia de los hombres inmortales, y verá qué horror se siente por la duración infinita de los hombres. La respuesta de Rosny no deja de turbarnos bastante: «Por mi cuenta—dice,—desde hace muchos años, la muerte pudre toda alegría, y cuanto más avanzo en edad, más inútil me parece haber nacido.» Pero Rosny es demasiado filósofo para erigir en regla universal una impresión personal, y añade: «Para todos aquellos, y son legión, que apenas entrevén la muerte y que no piensan en ella casi nunca, la vida puede ser deliciosa. El pesimismo y el optimismo no dependen de un argumento, dependen de la cantidad de ilusión y del poder de previsión de los individuos. Mientras los hombres estén contruídos para el optimismo, ninguna razón, buena ni mala, los convertirá prácticamente al pesimismo.» No por eso se retendrá menos la sincera confesión con que comienza la carta. Hay espíritus que no piensan más que en vivir; preciso es reconocer que hay otros a quienes apenas deja la preocu-

pación de la muerte, y que sienten, minada por ella, toda su vida.

Muy de otro modo piensa Le Dantec. La idea de la muerte le regocija, aunque le gustan bastante los placeres de la vida. «¡Carpe diem! es una antigua fórmula siempre buena. Ayer asistí a un concierto delicioso, durante el cual gocé mucho; hoy no me acuerdo ya ni de uno solo de los motivos melódicos que me mecieron; y, sin embargo, volveré a empezar el sábado próximo si nada me lo impide. Por mi parte, no siento pensar que moriré un día completamente; no me gustaría un concierto que no tuviera fin. Mi vida tiene valor para mí mientras vivo. El resto os lo abandono.»

Hay que atenerse además, para resolver el problema, dice Gourmont, a los datos inmediatos de la observación. Todo lo que vive, muere, y muere enteramente. No se ve por qué el hombre había de librarse de esta condición misma del sér. No se distingue de los demás mamíferos por ningún órgano especial. Sin duda que su cerebro está un poco más desarrollado, y el pensamiento, que es su secreción, como decía Taine, es un poco más activo y más complejo; pero un cerebro de hombre y un cerebro de carnero están hechos exactamente de la misma materia, que la muerte del individuo disuelve y deja, por consiguiente, impropia para la función que desempeñaba. El pensamiento no es algo que se pase por el aire, es producto de un órgano. Sin cerebro no hay pensamiento; el pensamiento está ligado al buen funcionamiento del cerebro, hasta el punto de que una simple picadura en la materia cerebral o su más benigna inflamación, abole o restringe considerablemente el movimiento psíquico.

Esta intervención de Gourmont en la polémica, ha provocado una hermosa réplica de Fleury, que insertamos íntegra: «Persisto en pensar que la vida, limitada por la muerte, carece de importancia y de precio.» Vos decís: «El señor Fleury parece darnos la elección entre la nada y la vida eterna, como si nuestra opinión pudiera pesar algo en nuestro destino.» No

es eso precisamente: os hablo, y sobre todo pienso, no en lo objetivo, sino en lo subjetivo. Mi idea es, exactamente, la siguiente: Si no creéis en un más allá consciente, no podéis dar ningún valor a la vida presente, y debéis estimar equivalentes todos los contrarios.» Y mi idea es tal, porque precisamente ignoro yo si hay o no una sobrevida. Yo deseo que la haya, pero no sé nada de ella. Hay gentes que saben que no la hay, y a esos pido que sean lógicos, y que retiren todo sentido y todo alcance «al relámpago que brilla fugitivo entre dos noches eternas».

«Decís: «¿En qué se hace indiferente el sér feliz o desgraciado, durante esta vida, si la muerte, como es muy probable, es su fin seguro? Los hombres no piensan así»... Ciertamente; pero los hombres no reflexionan: la mayor parte no piensan nunca en la muerte. La muerte los sorprende siempre; sólo el instinto los guía, y es innegable que el instinto saca de la vida un placer soberano. En algunos, hasta la visión intermitente de la tumba exaspera esa voluptuosidad. Pero el encanto de la vida no es el valor de la vida. Personalmente, vivir me apasiona; soy polífilo en grado extremado; pero cuando la nada me ocupa y me persuade, mi polifilia me parece una vanidad absoluta, aunque conserve para mi sensibilidad un sabor delicioso. El problema que yo he planteado no interesa a nuestra afectividad; es puramente lógico, intelectual, abstracto, matemático. Para resolverlo no hay que decir: «La vida me embriaga, luego vale»; hay que tratar de saber si lo que se aniquila, vale; si lo que se aniquila, es verdaderamente; puesto que el *valor* implica el *sér*. El consentimiento universal de nuestros instintos debe, pues, aquí dejarse á un lado.

»Decís: «La eternidad de las cosas, nos daría hastío é indiferencia». Sí, si fuese monótona y si fuésemos débiles; no, si tuviese variedad y nosotros la energía necesaria para vivirla. Baudelaire, en alguna parte de sus obras póstumas, llama a los materialistas miedosos o perezosos, y yo creo que es muy justo. Reclamar la vida eterna (activa y no beata), exigir de

la Naturaleza más, quizá, de lo que nos concede, es cosa de espíritus y de corazones que no están cansados y que sienten sus fuerzas en aumento. Ciertos viejos se van saturados y fatigados de ella, pero de la vida terrestre, no de otras formas de existencia. Convertirse en Faustos interplanetarios, no les será probablemente desagradable.

»Decís: «La vida presente, no tenemos más que eso.» ¿No sería más justo decir: «La vida presente, no somos más que eso»? Nosotros no poseemos nuestra vida ni ella nos posee; no hay distinción posible entre ella y nosotros; ella no está a la derecha y nosotros a la izquierda; ella y nosotros somos uno. Ahora bien; este *uno* es poco, y, á decir verdad, no es nada. Luego la vida y nosotros no somos nada, aunque nos engrandezcamos por la acción (acción de una hora), y por el sueño, que en seguida se extingue. Nuestra vida y nosotros no somos nada, porque todo lo que nace está ya como muerto, si la muerte es la muerte.

»Decís: «Lo que vive, muere enteramente», y despacháis así todo espiritualismo. Si discutiera vuestro método de despachaderas, saldría de mi cuestión, que no es la realidad de la sobrevivida, sino el valor de la vida en la hipótesis de la no sobrevivida. Y como os he importunado ya suficientemente, quiero detenerme aquí.»

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La diagnostica anatomo-patologica.—Guida alla tecnica delle autopsie e alle ricerche di istologia patologica, pel Dott. Giovanni Orth, professore di anatomia patologica e di patologia generale e direttore dell' Istituto patologico di Berlino.

Es la traducción italiana de la sétima edición alemana de la gran obra del profesor Orth; traducción publicada por la casa editorial «Unione tipografico-editrice torinese», y hecha por el profesor de Medicina legal de Turín, Mario Carrara, ayudante antiguo de César Lombroso, y su sucesor hoy en la cátedra que tuvo a su cargo el maestro.

Es obra de gran interés y utilidad para cuantos estudien las cuestiones de Medicina legal, y singularmente para los médicos, a los cuales enseña la técnica de las autopsias, en toda la amplitud de las mismas, en todas las aplicaciones que pueden tener y con respecto a todas las partes del cuerpo. El traductor ha completado el texto alemán con adiciones originales.

El libro habrá de tener unas 740 páginas de volumen, en 4.º, ilustradas con 450 grabados. Al presente se han publicado la primera y la segunda entregas de 160 páginas cada una, cuyo precio es cuatro liras por entrega. Comprenden toda la *parte general* de la obra (35 páginas), consagrada al examen de cuestiones generales de técnica de las autopsias y de diagnóstica, tanto macroscópica como microscópica, y buena porción de la *Parte especial*, o sea todo lo relativo a la inspección externa del cadáver y de sus distintas regiones y órganos; se-

ñales y cronología de la muerte; inspección del cadáver de los recién nacidos; manchas de sangre; examen interno del canal vertebral; examen de la cavidad craneana en sus diferentes elementos; examen de la cara y de sus órganos (nariz, ojos y oído), y examen de las cavidades torácica y abdominal, con sus múltiples órganos, el cuello, etc.

Storia dell'Inquisizione.—Fondazione e procesura, per Eurico Carlo Lea L. D. Traduzione italiana della signorina Pía Cremonini, preceduta da una istoriografía dell'Inquisizione della traduttrice.—Turín, Fratelli Bocca, editores.—Un volumen de XXIV-687 págs., perteneciente a la «Biblioteca di scienze moderne», 18 liras.

Dice el autor de este libro en el prólogo del mismo:

«En mi narración, no me he detenido a hacer consideraciones morales; pero si los acontecimientos que refiero no han sido presentados en manera tal que de ellos brote una lección, reconozco haber fracasado en mi intento.»

Efectivamente, la obra, aun cuando de índole histórica, resulta a la vez, como parece deben serlo todas las análogas (recuérdese lo de la *historia magistra vitae*), un tratado de implícita enseñanza moral. Y la lección que el Sr. Lea se ha propuesto que los lectores saquen por sí mismos de ella, puede, creo yo, ser condensada en la forma siguiente (a lo menos así la he interpretado yo): «Toda persona, individual o social, procura sobreponerse a las demás que con ella conviven, y hacerlas aceptar su propio criterio y sus propias determinaciones como regla de conducta, empleando al efecto los medios que mejor cuadran o que tiene más a mano para el logro de su fin, aun cuando esos medios sean no sólo espirituales y suaves, sino incluso duros y violentos. Toda persona es, por lo tanto, mientras puede, antiliberal e inquisitorial, y persigue a cuantos no se le someten de su grado, constituyéndose en rebeldes, heterodoxos, herejes, contumaces, etc. La Iglesia católica no se ha sustraído a esta ley; antes bien, su poder ha sido de los más intolerantes y tiranos a este respecto. Valién-

dose de su posición predominante, como depositaria en la tierra de Jesucristo y su doctrina, ha colocado bajo su férula a todo el mundo cristiano, empezando por los reyes y emperadores y concluyendo por el último súbdito. Tan luego como pudo, dejó de ser perseguida y mártir para convertirse en tirana y martirizadora. La Inquisición religiosa, con el auxilio del propio «brazo secular», esclavo suyo, ha sido un arma más terrible para esta persecución, especialmente en algunos siglos.»

La lectura atenta del interesantísimo libro a que la presente nota se refiere, enseña todo esto con gran claridad y con un aparato completo de erudición y abundantes referencias documentales; como enseña asimismo, por manera innegable, la superioridad moral de los herejes sobre la Iglesia oficial, dura, despiadada, rencorosa, rapaz, corrompida... lo mismo que lo es siempre, a la corta o a la larga, todo poderoso. Enseña también que la Inquisición fué un producto natural, y podríamos decir necesario, de los tiempos, que se fué incubando, desarrollando y creciendo lentamente por sus pasos contados, sin que pueda decirse fundada e implantada de golpe y porrazo (falta de precedentes preparatorios) por obra de una sola persona individual, aun llamándose ésta papa ó soberano de soberano.

No comprende el libro la historia completa de la Inquisición, sino la de la mitad de ella, diríamos. He aquí lo que el mismo Lea dice: «La historia de la Inquisición se divide, de modo naturalísimo, en dos grandes partes, cada una de las cuales puede ser considerada como un todo independiente. El límite que separa la una de la otra es la Reforma. Debe, sin embargo, hacerse una excepción por lo que toca a España, donde la Inquisición Nueva fué fundada por Fernando e Isabel. En esta obra me he esforzado por ofrecer un cuadro imparcial de dicha institución en el primer período de su existencia. Respecto de la segunda parte, tengo ya recogido abundante material, del cual espero poder servirme algún día a fin de llevar a cabo también la historia del segundo período.»

De desear hubiera sido el total cumplimiento de esta promesa, que la muerte ha impedido llevar a efecto completamente. Con ello tendríamos una historia seria de la institución tan discutida, por lo regular con sobra de parcialidad y falta de cultura, lo mismo por la parte de los adversarios que por la de los defensores. Si la obra de Lea no es absolutamente definitiva, porque de esta clase no las hay en realidad, sí es, sin la menor duda, notabilísima y altamente recomendable, por el dominio de la materia, estudiada siempre en fuentes directas y de primera mano, y por la mesura, discreción y templanza con que está escrita, bien lejos del tono declamatorio y huero, muy frecuente en casos como el de ahora.

En el libro hay también varios apéndices con documentos originales sobre la Inquisición.

La vita sessuale e le malattie nervose, pel Dott L. Lowenfeld. Traducción italiana de la cuarta edición alemana. Torino, Unione tipografico-editrice torinese, 1911. Volumen de 382 páginas, con XVI más de prólogos, 6 liras.

No hay quizá ninguna otra parte del organismo humano cuyo funcionamiento se proyecte en el del sistema nervioso con tanta intensidad y acción tan eficiente, y en su caso tan trastornadora, como la concerniente a la vida sexual. Ciertos neurólogos y psiquiatras contemporáneos encuentran la raíz de todas las perturbaciones psíquicas en las funciones de reproducción, y la mayoría de ellos atribuye a estas funciones, de todos modos, una participación etiológica preponderante.

Al estudio de tal problema está consagrado el presente libro del Dr. Lowenfeld, especialista en enfermedades nerviosas, en Munich, y autor de diferentes obras y otros escritos referentes a la dicha especialidad. En él se halla reunida toda la materia tocante a las perturbaciones nerviosas de origen sexual; y como ha ido pasando por diferentes ediciones, merced a la buena acogida que desde un principio tuviera, el autor ha sabido aprovechar esa circunstancia para irlo mejorando y com-

pletando, de manera que en esta última edición, sobre la cual está hecha la traducción italiana del Dr. Panichi, revisada y prologada por el profesor Juan Mingazzini, Director de la Clínica de enfermedades nerviosas en la Universidad de Roma, está tratado el asunto por múltiples aspectos, con la indicación de cuanto acerca del mismo puede saberse en el día de hoy: desde la fisiología del instinto sexual y las relaciones del mismo con la pubertad, hasta las anomalías (lo mismo cuantitativas que cualitativas) de este instinto (es decir, la llamada, desde Krafft-Ebing, Psicopatía sexual), pasando por las perturbaciones nerviosas en la época de la pubertad, en la de la menstruación, el embarazo, en el climaterio o menopausia, tanto natural como artificial; por las debidas a la abstinencia sexual en los hombres y en las mujeres, al onanismo, el contacto sexual preventivo, etc. Por último, en esta cuarta edición se ha añadido un capítulo relativo a la profilaxia y la terapéutica de la neurastenia sexual. Además, contiene el libro un nutrido apéndice bibliográfico sobre las cuestiones en él tratadas.

Orientaciones necesarias. Cuba y Panamá, por el Dr. F. Carrera Justiz. Habana, 1911. Un volumen de XIX-435 páginas, sin indicación de precio.

La próxima apertura del canal de Panamá tiene que producir notables transformaciones de muchas clases, económicas, mercantiles, industriales, políticas, militares, etc., en la vida del mundo. Va a ser un acontecimiento de gran trascendencia. Lo colosal de la empresa misma es un poderoso indicio de ello, pues no hubiera sido acometida como no se hubiera previsto que los resultados de ella habrían de corresponder a la magnitud del esfuerzo.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Las Memorias del Dr. D. Federico Rubio</i> por el Dr. Luis Marco..	5
<i>Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud</i> , por el Dr. D. Federico Rubio.....	15
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos</i> , por Miguel de Unamuno.....	78
<i>Alfonso X el Emplazado: Noticias acerca de un milagro</i> , por Juan Ruiz de Obregón y Retortillo.....	95
<i>Después del baile</i> , por León Tolstoy.....	115
<i>Curiosidades toledanas</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	122
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay.	140
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	158
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	203